

EL AMANTE DE LA CHINA DEL NORTE

MARGUERITE DURAS

MARGUERITE DURAS es el seudónimo de Marguerite Donnadieu, nacida en Gia Dinh, Indochina, en 1914, de padres franceses. Trasladada a París, estudió Derecho, Matemáticas y Ciencias Políticas. Aunque publicó su primera novela en 1943, adquirió fama entre el gran público en 1958 con el guión de *Hiroshima, mon amour*, película realizada por Alain Resnais, y con la novela *Moderato cantabile*, saludada por la crítica como una notable aportación al *nouveau roman*. De su extensa producción narrativa cabe destacar *El square*, *Los caballitos de Tarquinia*, *El vicecónsul*, *El arrebatado de Lol V. Stein*, *El amor*, *El amante* (Premio Goncourt 1984) y *El dolor*. Ha escrito también teatro y guiones cinematográficos y ha dirigido varias películas.

Título original: L'amant de la Chine du Nord

Traducción: Beatriz de Moura

Escaneado por Anelfer

Corregido por Leticia Quagliaro

Noviembre 2002

ISBN: 84-473-0007-2

Para Thanh

El libro podría haberse titulado: L'Amour dans la rue (El amor en la calle) o Le Román de l'amant (La novela del amante) o L'Amant recommencé (El amante recommenzado). Finalmente pudimos elegir entre dos títulos más amplios, más verdaderos: El amante de la China del Norte o La China del Norte.

Supe que él había muerto hacía años. Era en mayo del 90, hace pues un año ahora. Nunca había pensado en su muerte. También me dijeron que había sido enterrado en Sadec, que la casa azul seguía allí, habitada por su familia y niños. Que había sido querido en Sadec por su bondad, su simplicidad y también que al final de su vida se había vuelto muy religioso.

Abandoné el trabajo que estaba haciendo. Escribí la historia del amante de la China del Norte y de la niña: ella todavía no estaba allí en El amante, faltaba el tiempo alrededor de ellos. Escribí este libro en la enloquecida felicidad de escribirlo. Permanecí un año en esta novela, encerrada en todo aquel año del amor entre el chino y la niña.

No he ido más allá de la partida del trasatlántico de línea, o sea de la partida de la niña.

No había imaginado en absoluto que pudiera producirse la muerte del chino, la muerte de su cuerpo, de su piel, de su sexo, de sus manos. Durante un año reencontré los tiempos de la travesía del Mekong en el transbordador de Vinh-Long.

Esta vez al hilo del relato apareció de repente, en la luz deslumbradora, el rostro de Thanh —y el del hermano pequeño, el niño diferente.

Permanecí en la historia con toda esa gente y sólo con ella.

Volví a ser escritora de novelas.

Marguerite Duras
Mayo de 1991

Una casa en medio de un patio de escuela. Está completamente abierta. Parece una fiesta. Se oyen valsos de Strauss y de Franz Lehar, y también *Ramona y Noches de China* que salen por ventanas y puertas. El agua chorrea por todas partes, dentro, fuera. Lavan la casa a raudales. La bañan así dos o tres veces al año. *Boys* amigos y niños de la vecindad han ido a mirar. Ayudan con grandes chorros, lavan, el embaldosado, las paredes, las mesas. Mientras lavan, bailan con música europea. Ríen. Cantan.

Es una fiesta viva, feliz.

Es la madre, una señora francesa, quien toca al piano la música en una habitación contigua.

Entre los que bailan hay un joven, francés, guapo, que baila con una chica muy joven, francesa también. Se parecen.

Ella es la que no tiene nombre en el primer libro ni en el que lo había precedido ni en éste.

El es Paulo, el hermano pequeño adorado por su joven hermana, la misma a la que no se nombra.

Otro joven llega a la fiesta: es Pierre. El hermano mayor.

Se sitúa a unos metros de la fiesta y la mira.

Largo tiempo la mira.

Y luego lo hace: aparta a los pequeños *boys* que huyen asustados. Avanza. Alcanza la pareja del hermano pequeño y la hermana.

Y luego lo hace: coge al hermano pequeño por los hombros, lo empuja hasta la ventana abierta del entresuelo. Y, como si le obligara a ello un deber cruel, lo tira afuera como lo haría con un perro.

El hermano pequeño se levanta y sale huyendo, grita sin palabra alguna.

La joven hermana le sigue: salta por la ventana y le da alcance. El se ha tumbado junto al seto del patio, llora, tiembla, dice que prefiere morir a eso... eso ¿qué?... Ya no lo sabe, lo ha olvidado ya, no dijo que era el hermano mayor.

La madre está otra vez al piano. Pero los niños de la vecindad no habían vuelto. Y los *boys* habían dejado a su vez la casa abandonada por los niños.

Ha llegado la noche. Es el mismo decorado.

La madre sigue allí donde hubo la «fiesta» de la tarde.

El lugar está otra vez en orden. Los muebles están en su sitio.

La madre no espera nada. Está en el centro de su reino: esa familia, apenas entrevista.

La madre ya no impide nada. Ya no impedirá nada.

Dejará que se haga lo que deba ocurrir.

Y ello a lo largo de la historia que aquí se cuenta.

Es una madre desalentada.

Es el hermano mayor quien mira a la madre. Le sonrío. La madre no le ve.

Es un libro.
Es una película.
Es de noche.

La voz que habla aquí es, escrita, la del libro.
Voz ciega. Sin rostro.
Muy joven.
Silenciosa.

Es una calle recta. Iluminada por farolas.
Empedrada, parece. Antigua.
Bordeada de árboles gigantes.
Antigua.

A cada lado de la calle hay villas blancas con terrazas. Rodeadas de rejas y de parques.
Es un puesto avanzado en la selva al sur de la Indochina francesa.
Es en 1930.
Es el barrio francés.
Es una calle del barrio francés.
El olor de la noche es el del jazmín.
Mezclado al desabrido y dulce del río.
Delante de nosotros camina alguien. No es la que habla.
Es una chica muy joven, o una niña tal vez. Sí, eso parece. Su andar es ágil. Va descalza. Esbelta. Tal vez delgada. Las piernas... Sí... Eso es... Una niña. Ya grande.
Camina en dirección al río.

Al final de la calle, esa luz amarilla de los fanales de carburo, esa alegría, esas llamadas, esos cantos, esas risas, es en efecto el río. El Mekong.
Es un pueblo de juncos.
Es el inicio del delta. Del final del río.

Cerca de la carretera, en el parque que la bordea, esa música que se oye es la de un baile. Llega del parque de la Administración General. Un disco. Olvidado sin duda, que gira en el parque desierto.
La fiesta del puesto estaría pues allí, detrás de la reja que bordea el parque. La música del disco es la de un baile norteamericano de moda desde hace unos meses.

La chica se desvía oblicuamente hacia el parque, va a ver el lugar de la fiesta detrás de la reja. La seguimos. Nos detenemos frente al parque.

Bajo la luz de un farol, una pista blanca atraviesa el parque. Está vacía.
Y allí está, una mujer con un vestido largo rojo oscuro avanza lentamente en el espacio blanco de la pista. Viene del río.
Desaparece en la Residencia.
La fiesta debió de acabar pronto por el calor. Queda ese disco olvidado que gira en un desierto.

La mujer de rojo no ha vuelto a aparecer. Debe de estar en el interior de la Residencia.

Las terrazas de la primera planta se han apagado y poco después de su paso, en la planta baja, en el corazón de la Residencia, se han iluminado unas lámparas.

La pista queda vacía.
La mujer de rojo no vuelve.

La chica vuelve por la carretera. Desaparece entre los árboles. Y luego héla ahí otra vez. Vuelve a caminar hacia el río.

Está ante nosotros. Se le sigue viendo mal el rostro en la luz amarilla de la calle. Parece no obstante que sí, que es muy joven. Una niña tal vez. De raza blanca.

La pista se ha apagado a su vez. La mujer de rojo no ha vuelto.
Queda esa luz de débil intensidad en el centro de la Residencia.

Poco después de que se haya apagado la pista es cuando llega desde la Residencia, tocado al piano, aquel aire de vals muerto. El de un libro. Ya no sabemos cuál.

La chica se detiene. Escucha. La vemos escuchar.
Ha girado la cabeza en dirección a la música y ha cerrado los ojos. La mirada cegada está fija.
La vemos mejor. Sí, lo es, muy joven. Todavía una niña. Lloro.

La chica está inmóvil. La chica llora.

En la película, no se llamará por el nombre este vals.
En el libro, aquí, diremos: el Vals Desesperado.

La chica seguirá escuchándolo una vez que haya terminado.

A la chica, en la película, en este libro, aquí, la llamaremos la Niña.

La niña sale de la imagen. Abandona el campo de la cámara y el de la fiesta.

La cámara barre lentamente lo que acabamos de ver, luego se gira y retoma la dirección que ha tomado la niña.

La calle vuelve a estar vacía. El Mekong ha desaparecido.
Hay más claridad.

No hay nada más que ver sino la desaparición del Mekong, y la calle recta y sombría.

Es un portal.
Es un patio de escuela.
Es la misma noche. La misma niña.
Es una escuela. El suelo del patio es de tierra batida.
Está desnudo y reluciente, alisado por los pies descalzos de los niños del puesto.

Es una escuela francesa. Está escrito en el portal: Escuela Francesa para Chicas de la Ciudad de Vinh-Long.

La niña abre el portal.
Vuelve a cerrarlo.
Atraviesa el patio vacío.
Entra en la casa en funciones.

La perdemos de vista.
Nos quedamos en el patio vacío.

En el vacío dejado por la niña se produce una tercera música, entrecortada de ataques de risa locos, estridentes, de gritos. Es la mendiga del Ganges que atraviesa el puesto como cada noche. Para siempre intentar alcanzar el mar, la carretera de Chittagong, la de los niños muertos, los mendigos de Asia que, desde hace mil años, tratan de reencontrar el camino hacia las aguas ricas en peces de la Sonde.

Es la habitación de la madre y de la niña.

Es una habitación colonial. Mal iluminada. No hay mesitas de noche. Una única bombilla en el techo. Los muebles son una gran cama de hierro de dos plazas, muy alta, y un armario de luna. La cama es colonial, barnizada de negro, adornada con bolas de cobre en los cuatro cantos de la cabecera y del pie igualmente negros. Parece una jaula. La cama está encerrada hasta el suelo en una inmensa mosquitera blanca, como nieve. Las almohadas no son cuadradas, son largas, duras, de crin. Van sin funda. Los pies de la cama están en remojo en los recipientes con agua y guija que los aísla de la calamidad de las colonias, los mosquitos de la noche tropical.

La madre está acostada.

No duerme.

Espera a la niña.

Ahí está. Llega de afuera. Atraviesa la habitación. Tal vez reconozcamos su silueta, su vestido. Sí, es la misma que caminaba hacia el río en la calle recta que bordea el parque. Va hacia la ducha. Oímos el ruido del agua.

Vuelve.

Es entonces cuando la vemos. Sí. Claramente, es todavía una niña. Todavía delgada, todavía casi sin pechos. El cabello es largo, castaño rojizo, ondulado, lleva zuecos indígenas de madera ligera con tiras de cuero. Tiene los ojos verde claro con estrías oscuras. Las mismas, dicen, que las de su padre fallecido. Sí, era ella, la niña de la calle recta que había llorado con el vals. Era también la que sabía que la mujer que había tocado ese vals era la misma que la que vestida de rojo había pasado por la pista blanca. Y además la que sabía también que ella, la niña, era la única en todo el puesto en saber estas cosas. En todo el puesto y más allá. Así era la niña. Lleva la misma blusa de algodón blanco que su madre, con tirantes adicionales, hecha por Dô.

Separa los dos paños de la mosquitera, la remete rápido debajo del colchón, penetra igual en la abertura de la mosquitera, vuelve a cerrarla. La madre no dormía. Se sienta al lado de la niña y le trenza el cabello para la noche. Lo hace mecánicamente, sin mirar.

A lo lejos, apenas, ese rumor del pueblo del río que no se extingue hasta el amanecer.

La niña pregunta:

—¿Has visto a Paulo?

—Vino, comió en la cocina con Thanh. Luego volvió a marcharse.

La niña dice que ha ido a la fiesta a ver si él estaba allí, pero que la fiesta había terminado, que ya no había nadie.

Dice también que irá a buscarlo más tarde, que sabe dónde se esconde. Que está tranquila cuando está afuera, lejos de la casa. Que sabe que él la espera siempre cuando se ha escapado, para no volver solo a casa —no fuera a ser que Pierre estuviera allí esperándole para pegarle otra vez. La madre dice que cuando está afuera es cuando tiene miedo, de las serpientes, de los locos... y también de que se vaya... así... que de pronto no reconozca nada, y que se escape. Dice que eso puede ocurrir con ese tipo de niños.

La niña, en cambio, es de Pierre de quien tiene miedo. De que mate a Paulo. De que lo mate, dice, tal vez incluso sin saber que le mata.

Dice también:

—No es verdad lo que dices. No tienes miedo por Paulo. Tienes miedo por Pierre.

La madre no hace caso de lo que dice su hija. La mira largo tiempo, tierna de repente, más allá de los comentarios del momento. Mientras cambia de conversación:

—¿Sobre qué escribirás cuando hagas libros?

La niña grita:

—Sobre Paulo. Sobre ti. Sobre Pierre también, pero sobre él será para hacerle morir.

Se gira brutalmente hacia su madre, llora acurrucada junto a ella. Y luego grita aún bajito:

—¿Pero por qué le quieres así y no a nosotros, nunca...?

La madre miente:

—Os quiero igual a mis tres hijos.

La niña grita una vez más. Como para hacerla callar. Para abofetearla.

—No es verdad, no es verdad. Eres una mentirosa... Responde por una vez... ¿Por qué le quieres así y no a nosotros?

Silencio. Y la madre contesta en un soplo:

—No sé por qué.

Largo tiempo. Añade:

—Nunca he sabido...

La niña se tumba encima del cuerpo de su madre y la besa llorando. Le cierra la boca con la mano para que no siga hablando de ese amor.

La madre se deja insultar, maltratar. Sigue en esa otra región de la vida, la de esa preferencia ciega. Aislada. Perdida. A salvo de toda ira.

La niña suplica: pero no hay nada que hacer.

—Si no se va de casa, algún día matará a Paulo. Y tú lo sabes. Eso es lo más terrible...

Sin voz, bajito, la madre dice que lo sabe. Que por cierto ayer por la noche había escrito a Saigón para pedir que repatriaran al hijo a Francia.

La niña se incorpora. Lanza un grito sordo, de alivio y de dolor.

—¿Es cierto?

—Sí.

—¿Estás segura?

La madre cuenta:

—Esta vez sí. Anteayer había vuelto a robar en el fumadero de opio. Pagué por última vez. Y luego escribí a la Dirección de Repatriación. Y esta vez eché la carta al buzón esa misma noche.

La niña ha abrazado a su madre. La madre ya no llora: una muerta.

La niña llora bajito:

—Es terrible tener que llegar a eso... es terrible.

La madre dice que sin duda, sí, pero que ella, ella ya no sabe... Que sí, que es terrible en efecto, pero que ella, ella ya no sabe nada de todo esto. La madre y la niña están abrazadas. La madre, siempre sin verter lágrima. Muerta en vida.

La niña pregunta si él lo sabe, él, el que va a partir.

La madre dice que no. Que lo más difícil era eso, tener que comunicarle que se había acabado.

La madre acaricia el cabello de su hija. Dice:

—No debes sentir lástima por él. Es terrible decirlo para una madre, pero aun así te lo digo: él no lo merece. Debes saberlo: Pierre es alguien que no merece que se sufra por él.

Silencio de la niña. La madre añade:

—Lo que quiero decir es que Pierre ya no merece que le salven. Porque Pierre está acabado, es demasiado tarde, es alguien que está perdido.

La niña grita entre sollozos:

—Por eso es por lo que le quieres.

—No lo sé muy bien... Sin duda. Sí, también es por eso... Tú también es por eso por lo que lloras. Es lo mismo.

La madre toma a la niña en sus brazos. Y le dice:

—Pero a ti también te quiero mucho, a Paulo y a ti...

La niña se había alejado de la madre y la había mirado. Había visto que la madre acababa de hablar con inocencia. La niña habría aullado, la habría insultado, matado. No hizo sino sonreír.

La madre había vuelto a hablarle a esa «niña pequeña», la última de sus hijos, le había dicho que le había mentado acerca de las razones para pedir que repatriaran a Pierre, para separarse de él. Que no era sólo por culpa del opio.

La madre cuenta¹:

—Hace un mes o dos, ya no me acuerdo, estaba en la habitación de Dô, llegasteis para cenar, Paulo y tú. No di señales de vida. Me ocurre a veces, vosotros no lo sabéis, para poder veros juntos a los tres, me escondo en la habitación de Dô. Thanh llegó, como de costumbre, puso encima de la mesa el *thit-kho* y el arroz. Y salió.

«Entonces Paulo se sirvió. Pierre llegó después. Paulo había cogido el trozo más grande del plato de *thit-kho* y tú dejaste que lo hiciera. Es cuando llegó Pierre cuando tuviste miedo. Pierre no se sentó enseguida. Miró su plato vacío y miró el plato de Paulo. Rió. Su risa era fija, aterradora. Me dije que cuando él estuviera muerto tendría la misma sonrisa. Paulo al principio rió, dijo:

»—Es una broma.

«Pierre cogió el trozo de carne del plato de Paulo y lo puso en el suyo. Y se lo comió —un perro parecía. Y aulló: un perro, sí eso era.

»—Pedazo de idiota. Tú bien sabes que el trozo grande es para mí.

«Fuiste tú quien gritaste. Preguntaste:

»—¿Por qué para ti?

»Y él dijo:

«—Porque es así.

«Y tú gritaste muy fuerte. Temí que te oyeran desde la calle. Gritaste:

«—Quisiera verte muerto.

»Pierre cerró los puños a punto de destrozar la cara de Paulo. Paulo se puso a llorar. Pierre gritó:

«—¡Fuera! ¡Fuera ahora mismo!

«Salisteis corriendo, tú y Paulo.»

La niña pide perdón a su madre por haberle gritado. Lloran juntas, tumbadas rectas en la cama.

La madre dice:

—Fue ahí cuando empecé a entender que tenía que desconfiar de mí misma. Que Paulo estaba en peligro de muerte, por culpa mía. Y sólo ayer fue cuando escribí a Saigón para que lo repatriaran. Pierre... es como si fuera aún más mortal que cualquier otro para mí...

Silencio. La madre se gira hacia su hija —llorando esta vez.

—Si no hubieras estado aquí, Paulo habría muerto hace mucho tiempo. Y yo lo sabía. Eso es lo más terrible: yo lo sabía.

¹ En caso de cine se podrá elegir. O bien permanecemos sobre el rostro de la madre que cuenta sin ver. O bien vemos la mesa y los niños «contados» por la madre. La autora prefiere esta última propuesta.

Largo silencio.

Un arranque de ira se apodera de la niña. Grita:

—No lo sabes, quiero a Paulo más que a nada en el mundo. Más que a ti. Paulo vive desde hace tiempo en el temor de ti y de Pierre. Es como mi novio, Paulo, mi niño, es para mí el mayor de los tesoros...

—Lo sé.

La niña grita:

—No. No sabes. Nada.

La niña se tranquiliza. Toma a su madre entre sus brazos. Le habla con una dulzura repentina, le explica:

—Tú ya no sabes nada. Tienes que saberlo, esto. Nada. Crees que sabes y no sabes nada. No es culpa tuya. Es así. No es nada. Nada. No debes hacerte daño con esto.

Silencio.

El rostro de la madre está fijo, aterrado.

El rostro de la niña está también asustado. Están tiesas las dos cara a cara. Y de pronto bajan la mirada de vergüenza.

Es la madre quien baja la mirada. Y calla. Rematada, parece. Y además quien se acuerda de ese niño que está afuera, y grita:

—Vé a buscar a Paulo... rápido... de pronto tengo miedo por él.

La madre añade:

—Mañana vuelves al colegio, tendrás que acostumbrarte a dormir más pronto, eres ya como yo, alguien de la noche.

—Da igual...

—No.

La niña entró en la casa, por el lado del comedor que da al gran patio de la escuela.

Todo está abierto.

Está de espaldas, frente a la terraza y a la calle.

Busca al hermano pequeño. Mira. Avanza entre los árboles. Mira por debajo de los macizos.

De pronto queda como disuelta en la luz lunar, luego reaparece.

La vemos en distintos lugares del patio. Va descalza, silenciosa, vestida con el camisón de niña.

Desaparece en un aula vacía.

Reaparece en el gran patio iluminado por la luna.

Luego la vemos frente a algo que ella mira, pero que todavía no vemos: Paulo. La vemos avanzar hacia él: el hermano pequeño del baile. Duerme en la galería que rodea las aulas, detrás de una tapia, a la sombra de la luna. Ella se detiene. Se tumba a su lado.

Lo mira como si fuera sagrado.

El duerme profundamente. Los ojos entreabiertos como los niños «esos». Tiene el rostro liso, intacto, de esos niños «diferentes».

Ella besa el cabello, el rostro, las manos encima del pecho, llama, le llama bajito: Paulo.

El duerme.

Ella se levanta y le llama todavía más bajo: Paulo. Tesoro mío. Niño mío.

El se despierta. La mira. Y luego la reconoce.

Ella dice:

—Ven a acostarte.

El se levanta. La sigue.

Los pájaros nocturnos gritan.

El hermano pequeño se detiene. Escucha los pájaros. Vuelve a caminar. Ella le dice:
—Ya no debes tener miedo. De nadie. Ni de Pierre. Ni de nada. De nada. Nunca más.
¿Me oyes? Nunca más. Nunca. Júralo.
El hermano pequeño lo jura. Y luego olvida. Dice:
—La luna despierta los pájaros.
Se alejan. El patio vuelve a estar vacío. Les perdemos. Vuelven a reaparecer. Siguen caminando por los patios de la escuela. No hablan.
Y luego la niña se detiene y señala el cielo. Dice:
—Mira el cielo, Paulo.
Paulo se detiene y mira el cielo. Repite las palabras: el cielo... los pájaros...

El cielo, lo vemos de un extremo a otro de la tierra, es una laca azul horadada de brillos.

Vemos a dos niños que miran juntos este mismo cielo. Y luego les vemos por separado mirándolo.
Y luego vemos a Thanh que llega desde la calle y va hacia los dos niños.
Luego volvemos a ver el cielo azul acribillado de brillos.
Luego se oye el vals sin palabras llamado «desesperado» silbado por Thanh sobre un plano fijo del azul del cielo.

A veces cuando eran muy pequeños, la madre les llevaba a ver la noche de la estación seca. Les decía que miraran bien ese cielo, azul como en pleno día, ese alumbramiento de la tierra hasta donde alcanza la vista. Que también escucharan bien los ruidos de la noche, las llamadas de la gente, sus risas, sus cantos, también el lamento de los perros, atormentados por la muerte, todas esas llamadas que hablaban a la vez del infierno de la soledad y de la belleza de los cantos que hablaban de esa soledad, había que escucharlas también. Que lo que solía ocultarse a los niños había por el contrario que decirselo, al igual que lo de mirar el cielo, la belleza de las noches del mundo. Los hijos de la madre le habían pedido muchas veces que les explicara lo que ella entendía por eso. La madre había contestado siempre a sus hijos que no sabía, que nadie sabía eso. Y que eso también había que saberlo. Saber, ante todo, esto: que no se sabe nada. Que incluso las madres que decían a sus hijos que lo sabían todo, no sabían.

La madre. Les recordaba también que aquel país de Indochina era su patria, la de ellos, de esos hijos, los suyos. Que allí es donde habían nacido, que allí también fue donde había encontrado a su padre, el único hombre a quien había amado. Ese hombre a quien ellos no habían conocido porque eran demasiado jóvenes cuando él había muerto y todavía tan jóvenes después de esa muerte que ella les había hablado muy poco de él para no ensombrecer su infancia. Y también que había pasado el tiempo y que el amor por sus hijos había invadido su vida. Y luego la madre lloraba. Y luego Thanh cantaba en un idioma desconocido la historia de su infancia en la frontera de Siam cuando la madre lo había encontrado y se lo había llevado a su *bungalow* con sus demás hijos. Para enseñarle el francés, decía, y para que le lavaran, y que comiera bien, y eso cada día.

Ella también, la niña, se acordaba, lloraba con Thanh cuando él cantaba esa canción que él llamaba la de «La infancia lejana» que contaba todo lo que acabamos de decir acerca de la canción del Vals Desesperado.

Es el río.

Es el transbordador en el Mekong. El transbordador de los libros.

Del río.

En el transbordador está el autobús de los indígenas, los largos León Bollée negros, los amantes de la China del Norte que miran.

Se va el transbordador.

Cuando se va, la niña sale del autobús. Mira el río. Mira también al chino elegante que está en el interior del gran coche negro.

Ella, la niña, va pintada, vestida como la joven de los libros: con el vestido de seda indígena de un blanco amarillento, con el sombrero de hombre «de la infancia y la inocencia», con el ala plana, en fieltro-flexible-color-palo-de-rosa-con-larga-cinta-negra, con esos zapatos de baile, muy usados, con el tacón completamente gastado, en-lamé-negro-por-favor, con motivos de estrás.

De la limusina negra acaba de salir otro hombre que el del libro, otro chino de Manchuria. Es un poco distinto al del libro: es más robusto que él, tiene menos miedo que él, más audacia. Tiene más belleza, más salud. Es más «de cine» que el del libro. Y también se muestra menos tímido que él ante la niña.

Ella, en cambio, sigue siendo la del libro, bajita, delgada, atrevida, difícil de captar el sentido, difícil de decir quién es, menos guapa de lo que parece, pobre, hija de pobres, antepasados pobres, granjeros, zapateros, primera en francés siempre en todas partes y odiando Francia, inconsolable del país natal y de infancia, escupiendo la carne roja de los steaks occidentales, enamorada de los hombres débiles, sexual como aún no ha encontrado a otra. Loca por leer, por ver, insolente, libre.

El es un chino. Un chino alto. Tiene la piel blanca de los chinos del norte. Es muy elegante. Lleva el traje en tela de seda cruda y los zapatos ingleses color caoba de los jóvenes banqueros de Saigón.

El la mira.

Se miran. Se sonríen. El se acerca.

Fuma un 555. Ella es muy joven. Hay algo de temor en su mano que tiembla, aunque apenas, cuando él le ofrece un cigarrillo.

—¿Fuma?

La niña hace una señal: No.

—Perdóneme... Es tan inesperado encontrarla aquí... Usted no se da cuenta...

La niña no contesta. No sonrío. Le mira fuerte. Feroz sería la palabra para decir esa mirada. Insolente. Descarada es la palabra de la madre: «No se mira así a la gente». Se diría que no oye bien lo que él le dice. Mira el traje, el coche. Alrededor de él, el perfume del agua de colonia europea con, más lejano, el del opio y la seda, del bóbice de seda, del ámbar de la seda, del ámbar de la piel. Ella lo mira todo. Al chófer, el coche y, una vez más, le mira a él, al chino. La infancia parece en su mirada de una curiosidad

desplazada, siempre sorprendente, insaciable. El la mira mirar todas esas novedades que transporta aquel día el transbordador.

La curiosidad de él empieza ahí.

La niña dice:

—Su coche ¿qué es?...

—Un Morris León Bollée.

La niña hace la señal de no conocerlo. Ríe.

Dice:

—Nunca he oído un nombre así...

El ríe con ella. Ella pregunta:

—¿Quién es usted?

—Vivo en Sadec.

—¿Dónde en Sadec?

—En la orilla del río, es la gran casa con terrazas. Justo pasado Sadec.

La niña busca y ve lo que es. Dice:

—La casa color azul claro del azul de China...

—Eso es. Azul-de-China-claro.

El sonrío. Ella le mira. El dice:

—Nunca la he visto en Sadec.

—Mi madre fue enviada a Sadec hace dos años y yo estoy interna en Saigón. Es por eso.

Silencio. El chino dice:

—Ha echado de menos Vinh-Long...

—Sí. Eso es lo que nos ha parecido lo más bonito.

Se sonrían.

Ella pregunta:

—¿Y usted?...

—Yo, vuelvo de París. Hice mis estudios en Francia durante tres años. Hace ya unos meses que volví.

—Estudios ¿de qué?

—Nada del otro mundo, no vale la pena hablar de ello. ¿Y usted?

—Preparo mi bachillerato en el colegio Chasseloup-Laubat. Estoy interna en la pensión Lyautey.

Añade como si tuviera algo que ver:

—Nací en Indochina. Mis hermanos también. Nacimos todos aquí.

Ella mira el río. El está intrigado. Su temor ha desaparecido. Sonríe. Habla. Dice:

—Puedo acompañarla hasta Saigón si quiere.

Ella no duda. El coche, y él con su aire burlón... Ella está contenta. Se nota en la sonrisa de los ojos. Le contará a su hermano pequeño Paulo lo del León Bollée. Eso él lo entenderá.

—Bueno.

El chino dice —en chino— a su chófer que recoja la maleta de la niña en el autobús y la ponga en el León Bollée. Y el chófer lo hace.

Los coches han subido por la rampa del transbordador. Están en la orilla. La gente va hacia ellos a pie. Ellos dos se detienen ante los vendedores ambulantes. La niña mira los pasteles —hechos de maíz reventado en leche de coco y azucarados con melaza y envueltos en hojas de plátano.

El chino le ofrece uno. Ella lo coge. Lo devora. No dice gracias.

¿De dónde viene ella?

Esa delicadeza del cuerpo la haría pasar por mestiza, pero no, los ojos son demasiado claros.

El la mira devorar el pastel. Es en ese momento cuando la tutea:

—¿Quieres otro más?

Ella ve que él ríe. Dice que no, que no quiere.

El segundo transbordador ha dejado la otra orilla. Se acerca.

De pronto la niña mira con fascinación el transbordador que llega. La niña olvida al chino.

En el transbordador que llega reconoce el Lancia negro descapotable de la mujer con el vestido rojo del vals de la noche.

El chino pregunta quién es.

La niña duda en contestar. No le contesta al chino. Dice los nombres «por decirlos». En una especie de secreto encantamiento, dice:

—Es Madame Stretter. Anne-Marie Stretter. La mujer del administrador general. En Vinh-Long la llaman A.M.S...

Sonríe, se excusa por saber tanto de ella.

El chino está intrigado por lo que dice la niña. Dice que debió de oír hablar de esa mujer en Sadec. Pero dice que no sabe nada de ella. Y luego no obstante se acuerda... de repente... de ese nombre...

La niña dice:

—Tiene muchos amantes, es de eso de lo que se acuerda...

—Creo... sí... Debe de ser eso...

—Hubo uno, muy joven, se habría matado por ella... no sé muy bien.

—Es guapa... creía que era más joven... dicen que está un poco loca... ¿no?

Acerca de la locura, la niña no tiene opinión. Dice:

—No sé acerca de la locura.

El coche —se han ido. Están en la carretera de Saigón. El la mira fuerte. El tuteo todavía involuntario del chino se mezclará con el usted:

—Te ofrecen muchas veces una plaza en el transbordador, ¿no?

Ella hace una señal: Sí.

—¿A veces rehusas?

Ella hace una señal: Sí, a veces.

—Sólo cuando hay... niños muy pequeños... lloran todo el rato...

Ríen los dos, algo distraídamente al parecer, un poco demasiado. Ríen igual los dos. Un modo de reír muy de ellos.

Después de esa risa ella mira afuera. El mira entonces las señales de miseria. Los zapatos de raso negro roído, la maleta «indígena» de cartón piedra, el sombrero de hombre. El ríe. Su risa la hace reír a ella.

—¿Va al colegio con esos zapatos? La joven mira sus zapatos. Quizá por primera vez, diríase, los vea. Y ríe como él. Dice: Sí...

—¿Y también con ese sombrero?

Sí. También. Ríe aún más. Es una carcajada, tan natural es esa risa. El ríe con ella, igual.

—Hay que decirlo... Le queda muy bien... el sombrero, es magnífico hasta qué punto le va... como si lo hubieran hecho para usted...

Ella pregunta riendo:

—¿Y los zapatos...?

El chino ríe aún más. Dice:
—De los zapatos no opino.
Ríen a carcajadas mirando los zapatos negros.

Es ahí, fue ahí, después de esa risa, cuando se invirtió la historia.

Dejan de reír. Miran a otra parte. Afuera, hasta donde alcanza la vista, los arrozales. El vacío del cielo. El calor macilento. El sol velado.
Y por todas partes los senderos para las carretas de búfalos conducidas por niños.
Están en la penumbra del coche encerrados juntos.
Es esta pausa en el movimiento, en el hablar, las falsas miradas en dirección a la monotonía exterior, la carretera, la luz, los arrozales hasta el ras del cielo, lo que hace que esta historia calle poco a poco.

El chino ya no le habla a la niña. Como si la dejara. Como si estuviera en la distracción del viaje. Mira afuera. Ella, en cambio, le mira la mano que está encima del brazo del asiento. El ha olvidado esa mano. Pasa tiempo. Y luego, de repente, sin saberlo del todo, ella se la coge. La mira. La sostiene como un objeto al que nunca antes hubiera visto tan de cerca: una mano china, de un hombre chino. Es delgada, con una ligera inflexión hacia las uñas, un poco como si estuviera rota, víctima de una adorable dolencia, tiene la gracia del ala de un pájaro muerto.

En el anular lleva una alianza de oro con un diamante insertado en el espesor central del oro.

Ese anillo es demasiado grande, demasiado pesado para el anular de esa mano. Esa mano, ella no lo sabe muy bien, debe de ser bella, es más oscura que el nacimiento del brazo. El reloj que está cerca de la mano, la niña no lo mira. Ni el anillo. Está deslumbrada por la mano. La toca para vep. La mano duerme. Ella no se mueve.

Y luego lentamente se inclina hacia la mano.

La husmea. La mira.

Mira la mano desnuda.

Luego bruscamente abandona. Ya no la mira.

No sabe si él duerme o no. Suelta la mano. No, no duerme al parecer. No sabe. Le da la vuelta a la mano, con mucha delicadeza, mira la palma de la mano, el interior, desnudo, toca la piel de seda cubierta de un fresco trasudor. Luego vuelve a colocar la cosa en el mismo sitio donde estaba en el brazo del asiento. La acomoda. La mano, dócil, se deja.

No se ve nada del chino, nada, ni el asomo de un despertar. Tal vez duerma.

La niña se gira hacia afuera, hacia los arrozales, el chino. El aire tiembla de calor.

Es un poco como si ella se hubiera llevado la mano en el sueño y la hubiera conservado allí.

Deja la mano lejos de ella. No la mira.

Se duerme.

Está dormida, parece.

Ella, en cambio, sabe que no, eso cree, que no. No se sabe.

¿Dormía el chino? Nunca lo sabrá. Nunca lo supo. Cuando ella se había despertado él la miraba. El la había visto dormirse y fue entonces cuando ella se despertó.

No hablan de la mano. Como si nunca hubiera ocurrido. El dice:

—¿En qué curso estás?

—En segundo.

—¿Cuántos años tienes?
Ligera vacilación de la niña.
—Dieciséis años.
El chino duda.
—Eres muy pequeña para dieciséis años.
—Siempre fui pequeña, seré pequeña toda mi vida.
El la mira muy fuerte. Ella no lo mira. El pregunta:
—¿Mientes a veces...?
—No.
—Es imposible. ¿Cómo haces para no mentir?
—No digo nada.
El ríe. Ella dice:
—También me da miedo la mentira. No puedo evitarlo, como la muerte, un poco lo mismo.
Ella añade, afirma:
—Usted, usted sí que no miente.
El la mira. Busca. Dice, sorprendido:
—Es verdad... es curioso...
—¿No lo sabía?
—No... había olvidado o tal vez... nunca lo he sabido.
Ella lo mira. Le cree. Dice:
—¿Cómo hace para no mentir...?
—Nada. Será sin duda porque en mi vida no tengo nada para mentir... no sé...
Ella tiene ganas de besarlo. El lo ve, le sonrío.
Ella dice:
—Se lo habría contado a su madre.
—¿El qué? Ella duda, dice:
—Lo que nos ha pasado.
Se miran. Está a punto de decir que no entiende... Dice:
—Sí. En seguida. Habríamos hablado toda la noche. Ella adoraba este tipo de cosas... inesperadas, se dice, ¿no?
—Sí. También se dice de otra manera.
El la mira. Dice:
—Y tú... a tu madre... ¿se lo dirás?
—Nada —ríe—, sólo la idea...
El chino sonrío a la niña. Dice:
—¿Nada de nada? ¿Nunca?
—Nada. Nunca. Nada.
Ella coge su mano, besa la mano.
El la mira con los ojos cerrados.
Ella dice:
—Te has equivocado, no habrías contado nada a tu madre.
Ella sonrío, amable, dulce. Lo mira.
El dice:
—Por lo demás tengo veintisiete años. Sin profesión...
—Y además chino...
—Además sí... —él la mira bien—. Qué encantadora eres... ¿Ya te lo han dicho antes?
Ella sonrío.
—No.
—Y guapa. ¿Te han dicho que eras guapa?

No, no se lo han dicho. Que era bajita, sí, pero guapa, no. Ella dice:

—No —sonríe—, todavía no me lo han dicho.

El la mira. Dice:

—Te gusta que te lo digan...

—Sí.

El chino ríe de otra manera. Ella ríe con él.

—Nunca te han dicho nada entonces...

—Nada.

—Y que te deseaban... ¿te lo han dicho?... No es posible que no, te lo han dicho.

La niña no ríe igual.

—Sí... unos gamberros... pero no era nada, se burlaban... Mestizos sobre todo. Nunca franceses.

El chino no ríe. Pregunta:

—¿Y chinos?...

La niña sonríe. Dice, sorprendida:

—Chinos tampoco nunca, es verdad...

Silencio.

El chino tiene de repente la sonrisa de un niño.

—¿Y a ti te gustan los estudios?

Ella se lo piensa, dice que no sabe muy bien si le gustan o no, pero tal vez sí, sí le gustan. El dice que a él le habría gustado ir a la universidad de letras de Pekín. Que su madre estaba de acuerdo. Que era su padre el que no había querido. Para esas generaciones de chinos era el francés y el inglés-americano lo que había que aprender. Olvida, también fue a Estados Unidos precisamente para eso, durante un año.

—Para ser qué más tarde...

—Banquero —sonríe— como todos los varones de mi familia desde hace cien años.

Ella dice que la casa azul es la más bonita de todo Vinh-Long y Sadec juntos, que su padre debe de ser millonario.

El ríe, dice que los niños, en China, nunca saben a cuánto asciende la fortuna del padre.

Olvida: todos los años hace prácticas en las grandes bancas de Pekín. Se lo dice.

Ella dice:

—¿No en Manchuria?...

No. En Pekín. Dice que, para su padre, Manchuria no es lo bastante rica dado el nivel de la actual fortuna de la familia.

Cruzan los pueblos del arroz, de niños y perros. Los niños juegan en la carretera entre las hileras de chozas. Los vigilan esos perros, los amarillos y delgados del campo. Una vez pasado el coche, vemos a los padres apartar unas ramas para ver si todavía están todos allí, niños y perros.

Es después del pueblo cuando ella vuelve a dormirse. Siempre te duermes en las carreteras de Camau entre arrozales y cielos cuando tienes un chófer que te lleva.

Ella abre los ojos. Vuelve a cerrarlos. Dejan de hablar. Ella le deja hacer. El dice:

—Cierra los ojos.

Ella cierra los ojos como él quiere.

Su mano acaricia el rostro de la niña, los labios, los ojos cerrados. El sueño es perfecto

—él sabe que ella no duerme, lo prefiere.

El dice en voz baja, muy lentamente, una larga frase en chino.

Con los ojos cerrados ella pregunta qué ha dicho —él dice que es sobre el cuerpo de ella... que es imposible decirlo... decir qué es... es la primera vez que le ocurre...

La mano se detiene bruscamente. Ella abre los ojos y vuelve a cerrarlos. La mano se reanima. La mano es suave, nunca es brusca, de una discreción pareja, de una suavidad secular, de la piel, del alma.

El también ha vuelto a cerrar los ojos al acariciar los ojos de ella, sus labios. La mano abandona el rostro, baja a lo largo del cuerpo. A veces se detiene, aterrada. Luego se retira.

La mira.

Se gira hacia fuera.

Pregunta con la misma suavidad que la de su mano qué edad tiene de verdad.

Ella duda. Dice excusándose:

—Soy todavía pequeña.

—¿Cuántos años?

Ella contesta a la manera de los chinos:

—Dieciséis años.

—No —sonríe él—, no es verdad.

—Quince años... quince años y medio... ¿vale?

El ríe.

—Vale.

El silencio.

—¿Qué quieres?

La niña no contesta. Tal vez no comprenda.

El chino no hace la pregunta, dice:

—El amor, nunca lo has hecho.

La niña no contesta. Intenta contestar. No sabe contestar a eso. El hace un movimiento hacia ella. Por su silencio él nota que ella tendría algo que decir. Algo que ella todavía no sabría decir y de lo que sin duda ella no conoce sino lo prohibido. El dice:

—Te pido perdón...

Miran hacia fuera.

Miran el océano arrocero de Conchinchina. El llano de agua atravesado por los estrechos caminos rectos y blancos de las carretas de los niños. El infierno del calor inmóvil, monumental. Hasta donde alcanza la vista la llanura fabulosa y sedosa del delta. La niña, ella, hablará más tarde de un país indeciso, de infancia, de los Flandes tropicales apenas liberados del mar.

Atraviesan la inmensidad sin hablar.

Y luego ella es quien cuenta: ese país del sur de la Indochina del sur tenía el mismo suelo que el mar y eso durante millones de años antes de que hubiera vida en la tierra, y que los campesinos siguen haciendo como los primeros hombres, ganar suelo al mar y encerrarlo entre taludes de tierra batida y dejarlo allí durante años y años para quitarle la sal con el agua de la lluvia y convertirlo en un arrozal prisionero de los hombres para siempre jamás. Ella dice:

—Nací aquí, en el sur, mis hermanos también. De modo que nuestra madre nos cuenta la historia del país.

La niña se ha amodorrado. Cuando despierta, el chino le dice que A.M.S. les ha tomado la delantera. Que era ella quien conducía, que el chófer iba a su lado. La niña dice que a menudo conduce ella misma. Duda y dice:

—Va a hacer el amor con sus choferes tan bien como con los príncipes cuando visitan Conchinchina, los de Laos, los de Camboya.

—Y tú lo crees.

Ella duda aún y cuenta:

—Sí. Una vez fue con mi hermano pequeño. Lo había visto en el Círculo, una noche, lo había invitado al tenis. El fue. Después fueron a la piscina del parque. Hay allí un *bungalow* con duchas, salas de gimnasia, casi siempre está desierto.

El chino dice:

—Así que tal vez sea también un rey tu hermano pequeño.

La niña sonrío. No contesta. Descubre que es cierto, que ese hermano pequeño es un príncipe de verdad. Prisionero en su diferencia para con los demás, solo en ese palacio de su soledad, tan lejos, tan solo que es como si fuera el nacer de cada día, el vivir.

El chino la mira:

—Estás llorando.

—Es lo que has dicho de Paulo... es tan cierto...

El sigue preguntando, bajito:

—¿Fue él quien te lo dijo?

—No. El, lo que es él, no dice nada, casi nada, pero sé todo lo que diría si hablara.

Ella se acuerda, ríe mientras llora:

—Después ya no quería ir al tenis con A.M.S. a jugar con ella. Tenía miedo...

—¿De qué...?

—No sé... —ella descubre algo—. Es verdad... nunca se sabe de qué tiene miedo mi hermano pequeño. No se puede saber de antemano.

—¿Qué es lo que tanto te gusta en esta mujer...?

Ella busca. Nunca se ha planteado la pregunta. Dice:

—Creo, la historia.

Atraviesan una zona distinta del trayecto. Los pueblos son más numerosos, las carreteras, mejores. El coche va muy lentamente.

El dice:

—Vamos a llegar a Cholen. ¿Te gusta Saigón o Cholen?

Ella sonrío:

—...No conozco más que los puestos avanzados en la selva... ¿tú, sí...?

—Sí. Me gusta Cholen. Me gusta China. Cholen es también China. En Nueva York y en San Francisco, no.

Callan. Ha vuelto a hablar con su chófer. Dice a la niña que el chófer sabe dónde está la Pensión Lyautey.

Miran afuera, la llegada a la ciudad.

Iban a separarse. Ella recuerda qué difícil, cruel, era hablar. Las palabras eran inencontrables tan fuerte era el deseo. No habían vuelto a mirarse. Habían evitado manos, miradas. Había sido él quien había impuesto aquel silencio. Ella dijo que aquel silencio suyo, sólo suyo, las palabras eludidas debido a aquel silencio, incluso su puntuación, su distracción, aquel juego también, lo infantil de aquel juego y de sus llantos, todo aquello habría podido ya señalar que se trataba de un amor.

Siguen en coche todavía bastante tiempo. Ya no se hablan. La niña sabe que él ya no dirá nada. El sabe que ella por lo mismo tampoco.

La historia ya está ahí, inevitable ya,

La de un amor cegador,

Siempre por venir,

Jamás olvidado.

El coche negro se ha detenido delante de la pensión Lyautey. El chófer coge la maleta de la niña y la lleva hasta la puerta de la pensión.

La niña baja del coche, va lenta, dócilmente, hacia la misma puerta.

El chino no la mira.

No miran hacia atrás, ya no se miran. Ya no se conocen.

Es el patio de la pensión Lyautey.

La luz es menos viva. Es de noche. La copa de los árboles está en el crepúsculo. El patio está débilmente iluminado mediante toda una red de lámparas metálicas verdes y blancas. Los juegos son vigilados.

Hay allí chicas jóvenes, unas cincuenta. Las hay en bancos de jardín, en los peldaños de los pasillos circulares, hay otras que van y vienen a lo largo de los edificios, de dos en dos, charlando y riendo a carcajadas, de todo y de cualquier cosa.

Está la del banco, tumbada, la nombrada aquí y en los demás libros con su verdadero nombre, la de la milagrosa belleza a quien ella, ella desearía fea, sí, la de ese nombre de cielo, Hélène Lagonelle conocida como la de Dalat. Ese otro amor suyo, de la niña, jamás olvidado.

Ella la mira y luego, lentamente, le acaricia el rostro.

Hélène Lagonelle se despierta. Se sonríen.

Hélène Lagonelle dice que más tarde le contará una cosa terrible que ocurrió en la pensión Lyautey. Dice:

—Te esperaba para eso, y luego me he dormido. Llegas antes que de costumbre.

—En el transbordador encontré a alguien que estaba solo y que me ofreció un lugar en su coche.

—¿Un blanco?

—No. Un chino.

—A veces son guapos los chinos.

—Sobre todo los del norte. Como él.

Se miran. La niña sobre todo.

—¿No fuiste a Dalat?

—No. Mis padres no pudieron venir a buscarme. No dijeron por qué. Pero no me he aburrido.

La niña la mira con atención, repentinamente inquieta por las ojeras negras debajo de los ojos y por la palidez del rostro de Hélène. Le pregunta:

—¿No estarás algo enferma?

—No, pero me siento cansada todo el tiempo. En la enfermería me dieron un tónico.

—¿Qué te han dicho?

—Que no era nada. La pereza tal vez... o el período de aclimatación... después de Dalat, que todavía dura.

La niña intenta superar una especie de inquietud, pero no lo consigue, nunca lo conseguirá del todo. La inquietud permanecerá hasta su separación.²

—¿No ibas a contarme algo...?

Hélène Lagonelle cuenta enseguida y de un tirón lo que ocurrió en la pensión Lyautey.

² Hélène Lagonelle murió de tuberculosis en Pau adonde su familia había vuelto diez años después de que ella dejara la pensión Lyautey. Tenía veintisiete años. Había vuelto de Indochina donde se había casado. Tenía dos hijos. Había permanecido siempre tan bella. Según unas tías suyas que llamaron tras la aparición del libro —*El amante*.

—Imagínate, hay una, las vigilantas, la han descubierto, hace de prostituta todas las noches, ahí detrás. No nos habíamos dado cuenta de nada. Sabes quién es: es Alice... la mestiza.

Silencio.

—Alice... ¿Y con quién va así?

—Cualquiera... transeúntes... hombres en coche que se detienen, también va con ellos. Van a la zanja detrás del dormitorio... siempre al mismo sitio.

Silencio.

—¿Los has visto?...

Hélène Lagonelle miente:

—No, me dijeron ellas, las demás, que no vale la pena mirar, que no se ve nada...

La niña pregunta qué dice Alice de esa prostitución.

—Dice que le gusta eso... incluso mucho... que a esos hombres no se les conoce, no se les ve, casi nada... y que eso es lo que le gusta... cómo se dice...

La niña duda y luego dice la palabra «por Alice».

Dice: Gozar.

Hélène dice que eso es.

Se miran y ríen por la felicidad de reencontrarse.

Hélène dice:

—Mi madre dice que no hay que decir esta palabra, incluso cuando la entiendes. Que es una palabra de mala educación. Tu hermano pequeño ¿qué palabra dice?

—Ninguna. No dice nada mi hermano pequeño. No sabe nada. Sabe que eso existe. Verás, la primera vez que te ocurre... da miedo, crees que te estás muriendo. Pero él, mi hermano pequeño, debe de creer que la palabra queda oculta. Que no hay una palabra adrede para decir las cosas que no se ven.

—Háblame de tu hermano pequeño.

—¿La historia de siempre...?

—Sí. Nunca es la misma pero tú, tú no lo sabes.

—Íbamos a cazar juntos en el bosque a la orilla de la desembocadura del *rac*³. Siempre solos. Y luego una vez ocurrió. Vino a mi cama. Los hermanos y las hermanas somos desconocidos los unos para los otros. Eramos todavía muy pequeños, siete ocho años tal vez, vino y luego volvió todas las noches. Una vez mi hermano mayor lo vio. Le pegó. Ahí fue cuando empezó, el miedo a que él le mate. Fue después de eso cuando mi madre me llevó a dormir con ella en su cama. Pero seguimos igual. Cuando estábamos en Prey-Nop íbamos al bosque o a las barcas, por la noche. En Sadek íbamos a una aula vacía de la escuela.

—¿Y entonces?

—Entonces cumplió diez años, luego doce luego trece años. Y luego una vez gozó. Entonces lo olvidó todo, fue tan feliz que lloró. Yo también lloré. Era como una fiesta, pero profunda, sabes, sin risas, y que te hacía llorar.

La niña llora. Hélène Lagonelle llora con ella. Siempre lloraban juntas sin saber por qué, de emoción, de amor, de infancia, de exilio.

Hélène dice:

—Sabía que estabas chiflada pero no hasta este punto.

—¿Por qué estoy chiflada?

—No sé decirlo pero lo estás, chiflada, te lo juro. Es tu hermano pequeño tal vez, lo quieres tanto... te vuelve loca...

³ *rac*: brazo estancado en la desembocadura de un río. (N. de la T.)

Silencio. Y luego H el ene Lagonelle hace la pregunta:

— Le has contado a alguien más antes que a mí todo eso sobre tu hermano pequeño?

—A Thanh, una vez. Era de noche, en el coche, íbamos a Prey-Nop.

— Llor  Thanh?

—No lo sé, me dorm ı.

La niña se detiene y luego dice aún:

—Además estoy segura, un día Paulo encontrar a a otras mujeres en Vinh-Long, en Saigón, incluso blancas, en el cine, en las calles y sobre todo en el transbordador de Sadec naturalmente.

Ríen.

H el ene pregunta a la niña por Thanh, si han hecho el amor juntos o no.

La niña dice:

—No quiso. Se lo he pedido muchas veces pero nunca ha querido.

H el ene se pone a llorar. Dice:

—Te ir as a Francia y me quedaré sola del todo. Creo que mis padres ya no quieren saber de mí en Dalat. Ya no me quieren.

Silencio. Y luego H el ene olvida su suerte. Vuelve a hablar de Alice, la que hace el amor en las zanjas. Habla bajito. Dice:

—No te lo he dicho todo... es que Alice se hace pagar... y muy caro... Lo hace para comprarse una casa. Es huérfana Alice, no tiene parientes, nada, dice que una casa, incluso pequeña, ya es algo, para saber dónde meterse. Alice dice: nunca se sabe.

La niña cree siempre en lo que dice H el ene. Dice:

—Creo en lo que dices pero tal vez no es sólo por la casa por lo que les hace pagar a los hombres y por lo que vuelven, es que a ellos también les gusta.  Cu nto se hace pagar?

—Diez piastras. Y cada vez la misma noche.

—No están mal diez piastras, ño?...

—Eso me parece... pero no sé nada de los precios, Alice sí, incluso los precios de las blancas de la Rue Catinat.

La niña. Lágrimas le brotan de los ojos. H el ene Lagonelle la coge entre sus brazos, le grita:

— Qu  te pasa?...  Es por lo que he dicho?

La niña sonríe a H el ene. Dice que no es nada, que es cuando se habla de dinero, cosas de su propia vida.

Se abrazan y permanecen abrazadas, enlazadas, besándose, callando, queriéndose fuerte. Y luego H el ene vuelve a hablarle a la niña. Dice:

—Hay otra cosa que quería decirte, y es que yo también soy como Alice. A ella le gusta este tipo de vida. A mí también me gustaría. Estoy segura. Te señalo que yo, yo preferir a hacer de prostituta a cuidar de los leprosos...

La niña r e:

—Pero qué dices...

—Aquí todo el mundo lo sabe... menos tí.  Qu  te crees?... Nos obligan a estudiar aparentemente para que encontremos un trabajo cuando dejemos el internado pero es falso. Nos cogen internas para después enviarnos a los lazaretos, con los leprosos, los apestados, los coléricos. Si no, no encuentran a nadie para hacer... eso...

La niña r e fuerte:

— Pero te la crees realmente esta historia?

—Como dos y dos son cuatro me la creo.

—Siempre te crees lo peor, ño?

—Siempre.

Ríen. No por ello H el ene Lagonelle pone en duda lo que cuenta Alice.

La niña pregunta a H  l  ne Lagonelle qu   m  s cuenta Alice sobre esta historia.

H  l  ne dice que Alice lo encuentra todo muy natural. Que no hay dos hombres iguales, dice: como en todas partes y para lo que sea. Que los hay muy muy extraordinarios tambi  n. Los hay a quienes les da miedo hacerlo. Pero los que m  s le gustan a Alice, y tambi  n hay muchos de   sos, son los que le hablan como a otras mujeres, los que la llaman por otros nombres, los que le dicen cosas en lenguas extranjeras. Que tambi  n hablan de sus mujeres, los hay muchos, de   sos. Hay quienes la insultan. Y otros que le dicen que no han querido a otra en toda su vida.

R  en, las dos amigas. La ni  a pregunta:

—  Tiene miedo a veces Alice?

—  De qu   tendrá miedo?...

—De un asesino... de un loco... no se sabe, antes...

—No me lo dijo pero tal vez s   un poco... nunca se sabe en este barrio, ño?

—Puede ser. Son los blancos los que lo dicen y ellos en cambio nunca vienen aqu  , as   que...

H  l  ne Lagonelle mira a la ni  a, largo tiempo, y luego pregunta:

—A ti,   te da miedo el chino?

—As   as  ... un poco... pero de quererle tal vez. Tengo miedo de... No quiero querer m  s que a Paulo hasta mi muerte.

—Sab  a eso... algo como eso...

H  l  ne llora. La ni  a la toma entre sus brazos y le dice palabras de amor.

La ni  a ya no sabe lo que dice a H  l  ne. Y H  l  ne de repente tiene miedo, un miedo terrible por encima de todos los dem  s, de ocultarse la verdad acerca de la naturaleza de esa pasi  n que sienten la una por la otra, y que las deja cada vez m  s tan solas juntas, dondequiera que se encuentren.

Es la carretera del liceo. Son las siete y media, es por la mañana. En Saigón. Es el frescor milagroso de las calles después del paso de las regadoras municipales, la hora del jazmín que inunda la ciudad con su olor —tan violento es que «marea», dicen algunos blancos recién llegados. Para después añorarlo cuando abandonan la colonia.

La niña viene de la pensión Lyautey. Va al liceo.

A esa hora la Rué Lyautey está casi desierta.

La niña es la única en la pensión en hacer estudios secundarios en el liceo de Saigón, así pues en pasar por allí.

Es el inicio de la historia.

La niña todavía no lo sabe.

Y luego, ante ella, de repente, a lo largo de la otra acera, a su izquierda, parada, está la historia, el coche del transbordador, muy largo muy negro, tan bonito, tanto y también tan caro, tan grande. Como la habitación de un gran hotel.

La niña no lo reconoce en seguida. Se queda allí, parada ante él. Mirándolo. Y reconociéndolo. Y luego reconociéndole. Y luego viéndole, a él, al hombre de Manchuria dormido o muerto. El de la mano, el del viaje.

El hace como si no la hubiera visto.

Está allí donde estaba, a la derecha en el asiento trasero.

Ella lo ve sin tener que mirarle.

El chófer también está en su lugar, perfecto, él también con la cabeza vuelta hacia el lado opuesto al de la niña quien lentamente, distraída, diríase, está atravesando la calle.

Para ella, la niña, esta «cita de reencuentro», en ese lugar de la ciudad, había quedado siempre como el del inicio de su historia, aquél por el cual se había convertido en los amantes de los libros que había escrito.

Ella creía, sabía que era allí, en esa escena exterior, a partir de una especie de conocimiento que habían tenido de su deseo, una vez eliminado todo razonamiento, cuando ya no se prohibieron nada, cuando se convirtieron en amantes.

Tal vez ella dude de que deba hacerlo o tal vez no sepa que ha atravesado ya el espacio de la calle que los separa.

No se mueve al principio.

Va lentamente hacia él detrás del cristal.

Se queda allí.

Se miran muy rápido, el tiempo de ver, de haberse visto.

El coche está en sentido contrario al camino de ella. Ella apoya su mano en el cristal. Luego aparta la mano y apoya la boca en el cristal, besa allí, deja su boca allí. Sus ojos están cerrados como en las películas.

Es como si se hubiera hecho el amor en la calle, había dicho ella.

Igualmente fuerte.

El chino había mirado.

A su vez había bajado los ojos.
Muerto del deseo por una niña.
Mártir.

La niña había vuelto a atravesar la calle.
Sin girarse había retomado el camino del liceo.
Había oído el coche marcharse sin hacer ruido por una carretera como de terciopelo,
nocturna.

Nunca, en los meses que siguieron, hablaron del espantoso dolor de aquel deseo.

El liceo.
Ya no hay alumnos en los pasillos. Han entrado todos en las aulas.
La niña llega con retraso.
Entra en su aula. Dice: «Perdóneme».
El profesor da una clase sobre Louise Labé.
Se sonríen con la niña.

El profesor reemprende la clase sobre Louise Labé —se niega a llamarla por su apodo
«*la belle Cordière*». Primero da su opinión personal sobre Louise Labé. Dice que la
admira enormemente, que es una de las pocas personas en el pasado a quien le hubiera
gustado conocer y escuchar leer poesía.

El profesor cuenta que, cuando Louise Labé iba a ver a su impresor-librero para
entregarle el manuscrito de algunos poemas suyos, ella siempre le pedía a una amiga
que la acompañara. Esta había dejado lagunas acerca de este particular al justificar el
por qué de ese deseo de quien había escrito los poemas, de ese hacerse acompañar por
otra mujer. El profesor dijo que tal vez ese hacerse acompañar tenía valor de
autenticación, sobre todo por parte de una mujer. El profesor decía que se dejaba a los
alumnos que vieran en ello lo que quisieran. Un chico dijo que era por el temor de
Louise Labé a que los hombres la abordaran por las carreteras. Una chica dijo que era
por temor a que le robaran los poemas. La niña dijo que las dos mujeres, Louise Labé y
la que la acompañaba, debían de conocerse tan bien que jamás Louise Labé se había
planteado la cuestión de saber si se la llevaba o no por sus poemas o por otra cosa.

Es un jueves por la tarde. Casi todas las internas van de paseo.
Atraviesan el patio central. Van en filas de dos en dos. Todas con el vestido blanco del
equipo del internado, los zapatos de tela blanca, los cinturones blancos y los sombreros
igualmente de tela blanca. Lavable.

La pensión se vacía. En cuanto las pensionadas se han ido un abismo de silencio se
produce en el patio central, provocado al parecer por la ausencia total y repentina de las
voces.

Es un lugar cubierto en la pensión vacía. Es en el ángulo de dos pasillos al que dan el
portal y las aulas de la escuela del internado. De ese lugar cubierto llegan voces de
jóvenes amigas y un aire de baile. Proviene de un fonógrafo colocado en el suelo. El
aire es un pasodoble muy clásico, el del momento del descabello en las arenas de
España. El aire es brutal, de una magnífica escansión popular.
Hablan poco salvo de los consejos de la niña para el baile.

Están descalzas en las baldosas de los pasillos. Llevan vestidos cortos a la moda de entonces, en algodón claro impreso de motivos florales igualmente claros.

Son guapas, han olvidado que ya lo saben.

Bailan. Son de raza blanca. Han sido dispensadas del paseo reglamentario de las mestizas abandonadas —por blancas, por pobres que sean sus familias— por simple petición suya.

Hélène Lagonelle pregunta a la niña quién le enseñó a bailar el pasodoble.

—Mi hermano pequeño, Paulo.

—Lo ha aprendido todo, el hermano pequeño.

—Sí.

El silencio es total cuando cesan las voces.

Hélène Lagonelle dice que empieza a querer a Paulo.

Dice que no entiende por qué sus padres la dejan allí. No estudia, nada. Dice que sus padres lo saben, que intentan deshacerse de ella. ¿Por qué? No lo sabe.

—No puedo soportar la idea de estar aquí tres años más. Prefiero morir.

La niña ríe:

—¿Desde cuándo ya no lo soportas?

—Desde que has encontrado al chino.

Silencio. La niña suelta una carcajada:

—¿Desde hace tres días, entonces?

—Sí... pero había empezado antes, muy fuerte. No es sólo por eso. Es también porque te mentí. Empecé a pensar en tu hermano pequeño... por la noche...

Están en la sombra fresca. Bailan. Algo de sol cae desde una ventana alta como en las cárceles, los internados religiosos, para que los hombres no puedan entrar. En un rincón, al sol, están sus sandalias desabrochadas, tiradas allí, de por sí turbadoras.

Sentado y apoyado contra un pilar del pasillo, hay un joven boy de blanco, uno de los que cantan por la noche cerca de las cocinas los cantos indochinos de la infancia de las jóvenes. El las mira. Está inmóvil como clavado por esa mirada hacia ellas, las jóvenes blancas que bailan sólo para él y que lo ignoran.

Hélène Lagonelle le habla bajito a la niña:

—¿Harás el amor con el chino?

—Sí, creo que sí.

—¿Cuándo?

—Tal vez dentro de un rato.

—¿Lo deseas mucho?

—Mucho.

—¿Tenéis una cita?

—No, pero da lo mismo.

—¿Estás segura de que vendrá?

—Sí.

—¿Qué te gusta de él?

—No sé. ¿Por qué lloras, preferías antes?

—Sí y no. Desde las vacaciones empecé a pensar en tu hermano pequeño para quererle a él. Su piel, sus manos... Y luego hablaste de tus sueños con él. A veces le llamaba por la noche... Y una vez... quería decírtelo...

La niña terminó la frase de Hélène:

—...Una vez te pasó.

—Sí. Te he mentado. Miento y tú ni te enteras... te da igual...

Silencio. La niña dice:

—Tienes algo más que decir, lo sé.

Hélène abraza a la niña, se esconde la cara con las manos y dice:

—Me gustaría ir una vez con los hombres que van con Alice. Una sola vez. Quería hablarte de esto...

La niña grita bajito:

—No. Tienen sífilis todos.

—¿Se muere una de eso?...

—Sí. Mi hermano mayor la tuvo, lo sé. Lo salvó un médico francés.

—Entonces, ¿qué será de mí...?

—Esperarás a estar en Francia. O vuelves a Dalat sin decir nada. Y te quedas allí. Ya no te mueves de allí.

Silencio.

Se miran.

La niña tiene lágrimas en los ojos. Dice:

—Quisiera decirte algo... es imposible decirlo, pero quisiera que lo supieras. Para mí, el deseo, el primer deseo, fuiste tú. El primer día. Después de tu llegada. Era por la mañana, volvías de la sala de duchas, completamente desnuda... era como para no creérselo, como si te hubieran inventado...

La niña se aleja de Hélène Lagonelle y ellas se miran.

Hélène dice:

—La sabía, esa historia...

—¿Es que realmente no sabes hasta qué punto eres guapa?

—Yo, no lo sé... pero tal vez... Sí, sí lo soy... mi madre también es muy guapa. Entonces sería normal que yo también lo fuera, ¿no? Pero es como si la gente me lo dijera para no decir otra cosa... que no soy muy inteligente... y veo la maldad en sus modales...

La niña ríe. Apoya su boca en la de Hélène. Se besan. Hélène dice bajito:

—Tú sí que eres guapa... ¿Por qué no podré yo mirarme siquiera en un espejo a veces?

—Tal vez porque eres demasiado guapa... te repele...

El pequeño *boy* de las cocinas sigue mirando el baile de las «jóvenes francesas» que vuelven a besarse una vez más.

El disco se ha acabado. Se ha terminado el baile.

El silencio como el sueño en la pensión desierta.

Luego el ruido del coche llega a la entrada. Las jóvenes y el pequeño *boy* van a la ventana y miran. El León Bollée está allí, parado delante de la puerta de la escuela. El chófer del León Bollée es visible. Unas cortinillas blancas ocultan los asientos traseros como si aquel coche transportara a un condenado al que no debe verse.

La niña sale descalza, los zapatos en la mano, y va hacia el coche. El chófer le abre la puerta.

Están sentados el uno cerca del otro.

No se miran. Es un momento difícil. Como para salir huyendo.

El chófer ha recibido órdenes. Arranca sin esperar. Conduce lentamente por la ciudad llena de peatones, bicis, de la multitud indígena de cada día.

Llegan a La Cascade. El coche se detiene. La niña no se mueve. Dice que no quiere ir allí. El chino no pregunta por qué. Le dice al chófer que vuelva.

La niña se ha sentado junto al hombre chino. Dice muy bajo:

—Quiero ir a tu casa. Lo sabes. ¿Por qué me has llevado a La Cascade?

El la atrae junto a él. Dice:

—Por imbécil.

Ella se queda junto a él, el rostro oculto por él. Dice:

—Vuelvo a desearte. Te deseo no puedes imaginar cuánto...

El dice que no debe decir eso.

Ella promete. Nunca más.

Y luego él le dice que él también la desea, de la misma manera.

Vuelta a atravesar la ciudad china.

No miran esa ciudad. Cuando parece que la miran, no miran nada.

Se miran sin quererlo. Entonces bajan los ojos. Luego quedan así viéndose con los ojos cerrados, sin moverse y sin verse, como si se miraran todavía.

La niña dice:

—Le deseo mucho.

El dice que ella lo sabe de ella como también lo sabe de él.

Desvían la mirada hacia afuera.

La ciudad china llega hasta ellos con el estruendo de los viejos tranvías, con el ruido de las viejas guerras, de los viejos ejércitos derrengados, los tranvías van sin dejar de tocar el timbre. Hace un ruido de matraca, como para salir huyendo. Agarrados a los tranvías hay racimos de niños de Cholen. En los techos hay mujeres con bebés embelesados, en los estribos, las cadenas de protección de las puertas, hay cestos de mimbre llenos de aves de corral, de frutas. Los tranvías ya no tienen forma de tranvía, van embotijados, abollados hasta no parecerse a nada conocido.

De pronto clarea la multitud sin que se entienda en absoluto por qué ni cómo.

Ya está. Hay calma. El ruido permanece igual pero se hace lejano. Clarea la multitud. Las mujeres ya no van al galope, están calmadas. Es una calle de compartimentos como las hay por todas partes en Indochina. Hay fuentes. Una galería cubierta la bordea. No tiene tiendas ni tranvías. En el suelo de tierra batida vendedores del campo descansan a la sombra de la galería. El estruendo de Cholen es lejano, tanto, que esto parece un pueblo en el espesor de la ciudad. Es allí en ese pueblo. Es bajo la galería cubierta.

Una puerta.

El abre esa puerta.

Está oscuro.

Es inesperado, es modesto. Trivial. Nada.

El habla. Dice:

—No he elegido los muebles. Estaban ahí, los conservé.

Ella ríe. Dice:

—No hay muebles... Mira...

El mira y dice bajito que es verdad, que no hay más que la cama, el sillón y la mesa.

Se sienta él en el sillón. Ella se queda de pie.

Lo mira una vez más. Sonríe. Dice:

—Me gusta la casa así...

No se miran. En cuanto él cierra la puerta, de pronto, a la vez, pasan por una especie de desinterés aparente. El deseo no asoma, se diluye, luego, brutalmente, vuelve. Ella le mira. No es él quien la mira. Ella es quien lo hace. Ve que él tiene miedo.

Es la dulzura de esa mirada de la niña la que transgrede el miedo. Ella es quien quiere saber, quien lo quiere todo, lo máximo, todo, vivir y morir a la vez. La que está más cerca de la desesperación y del conocimiento de la pasión —debido a ese joven

hermano que creció a la sombra del hermano criminal y que quiere cada día morir y a quien cada día, cada noche, ella, la niña, rescata de la desesperación.

El chino dice bajito como si se viera obligado a decirlo:

—Me he puesto a enamorarme de ti tal vez.

En los ojos de la niña cierto temor. Calla.⁴

Por diversión sin duda, lentamente, sin ruido, ella camina por la garfonnière, mira el lugar amueblado como un hotel de estación. En cuanto a él, él no lo sabe, no ve esas cosas y ella lo adora por eso. El la mira hacer, explorar el lugar, y no comprende por qué. Cree que ella deja pasar el tiempo, que llena la espera infernal, que éste es el por qué. Dice:

—Es mi padre quien me regaló esto. Se llama *garçonnière*. Los jóvenes chinos aquí tienen muchas amantes, es la costumbre.

Ella repite la palabra *garçonnière*. Dice que conoce esta palabra, no sabe cómo, de las novelas tal vez. Ya no camina. Se ha detenido ante él, le mira, le pregunta:

—¿Tienes muchas amantes?

El tuteo de él por parte de ella, de repente, maravilloso.

—Así así... sí... de vez en cuando.

La mirada de ella va hacia él, muy viva, en una chispa de felicidad, sí, eso le gusta. El pregunta:

—¿Te gusta que tenga amantes?

Ella dice que sí. Por qué, no lo dice, no sabe decirlo.

La respuesta le sorprende. Ella le da un poco de miedo. Es un momento difícil para él.

Ella dice que desea a los hombres cuando éstos quieren a una mujer y no son queridos por esta mujer. Dice que su primer deseo fue un hombre así, infeliz, debilitado por una desesperación amorosa.

El chino pregunta: ¿Thanh? Ella dice que no, que él no. El dice:

—Oye... vámonos... vendremos otra vez... Ninguna respuesta de la niña. El chino se levanta, da unos pasos, le da la espalda. Dice:

—Eres tan joven... me da miedo. Tengo miedo de no poder... de no alcanzar a dominar la emoción... ¿Entiendes algo?...

Se gira hacia ella. Su sonrisa tiembla. Ella vacila. Dice no haber entendido. Pero que entiende un poco... que ella también tiene un poco de miedo. El pregunta:

—No sabes nada.

Ella dice que sabe un poco pero que no sabe si es de eso de lo que él quiere hablar. Silencio.

—¿Cómo sabrías?

—Por mi hermano pequeño... teníamos mucho miedo de nuestro hermano mayor. Entonces dormíamos juntos cuando éramos pequeños... Empezó así...

Silencio.

—¿Quieres a tu hermano pequeño?

La niña tarda mucho en contestar: en hablar del secreto de su vida, ese hermano pequeño «diferente».

—Sí.

—¿Más que... nada en el mundo... ?

⁴ En el caso de una película a partir de este libro, la niña no debería ser de una belleza exclusivamente bella. Sería tal vez peligroso para la película. Hay otra cosa en ella, la niña, algo «difícil de evitar», de una curiosidad salvaje, de una falta de educación, de una falta, sí, de timidez. Una especie de Miss Francia en niña haría que toda la película se derrumbara. Más aún: la haría desaparecer. La belleza no hace nada. Lo mira. Es mirada.

—Sí.

El chino está muy conmovido:

—¿El es quien es un poco... diferente de los demás...?

Ella le mira. No contesta.

Las lágrimas le llegan al borde de los ojos. Sigue sin responder. Pregunta:

—¿Cómo sabe usted eso?

—Ya no sé cómo...

Silencio. Ella dice:

—Es verdad que si usted vive en Sadeq debe de saber cosas de nosotros.

—Antes de encontrarte, no, nada. Es después de lo del transbordador, al día siguiente... mi chófer te había reconocido.

—¿Qué te dijo?... Dime las palabras.

—Me dijo: es la hija de la directora de la escuela para chicas. Tiene dos hermanos. Son muy pobres. Arruinaron a la madre.

El está sumido en una timidez repentina. No sabría decir por qué. Tal vez sea la juventud de la niña lo que de pronto aparece, como un hecho brutal, cabal, inabordable, casi indecente. Su violencia también, proveniente de la madre sin duda. En cuanto a ella, ella no puede saber cosas como éstas. El pregunta:

—¿Es así?

—Es así. Así somos... ¿Cómo lo dijo eso, eso de que arruinaron a mi madre?

—Dijo que era una historia terrible, que no había tenido suerte.

Silencio. Ella no contesta. No quiere contestar a eso. Pregunta:

—¿Podemos quedarnos un poco más aquí? Hace tanto calor... afuera.

El se levanta, enciende el ventilador. Vuelve a sentarse. La ve, la mira. Ella, en cambio, ella no le quita los ojos de encima. Pregunta:

—¿No trabajas?

—No. Nada.

—Nunca haces nada, nunca... nunca haces algo...

—Nunca.

Ella le sonrío. Dice:

—Dices «nunca» como si dijeras «siempre».

La infancia que vuelve: ella se quita el sombrero. Deja caer de sus pies los zapatos, no los recoge.

El la mira.

Silencio.

El chino dice bajito:

—Es curioso... hasta tal punto... que me gustes...

Ella se coloca debajo del ventilador. Sonríe al frescor. Está contenta. Ninguno de los dos se da cuenta de que el amor está allí. El deseo se distrae todavía.

Ella va hacia otra puerta que está situada en el lado opuesto a la puerta de entrada. Intenta abrir. Se gira hacia él. Es en la mirada que él sostiene sobre ella en la que se adivinaría que va a amarla, que no se equivoca. El está en una especie de continua emoción, de que ella hable o calle. Para él, el amor habría podido empezar allí. La niña le llena de miedo y alegría. Ella pregunta:

—¿Adonde va esta puerta?

El ríe:

—A otra calle. Para escaparse. ¿Qué te creías?

La niña sonrío al chino. Dice:

—Un jardín. ¿No es eso?...

—No. Es una puerta para nada. ¿Qué habrías preferido?...

Ella vuelve, coge un vaso en el borde del fregadero. Dice:

—Una puerta para escaparse.

Se miran. Ella dice:

—Tengo sed.

—Hay agua destilada en la heladera al lado de la puerta.

Silencio. Luego ella dice:

—Me gusta cómo está esto.

El pregunta cómo ve ella que es aquel lugar.

Se miran. Ella vacila, luego dice:

—Está abandonado —ella le mira fuerte— y además huele a tu olor.

El la mira caminar, beber, volver.

Olvidarle, a él. Y luego recordar.

El se levanta. La mira. Dice:

—Voy a poseerte.

Silencio. La sonrisa ha desaparecido del rostro de la niña.

Ha palidecido.

—Ven.

Ella va hacia él. No dice nada, deja de mirarle.

El está sentado ante ella que está de pie. Ella baja los ojos. El coge su vestido por el bajo, se lo quita. Luego hace deslizar el *slip* de niña de algodón blanco. Tira el vestido y el *slip* encima del sillón. Le quita las manos del cuerpo, lo mira. La mira. Ella, no. Ella tiene los ojos bajos, le deja mirar.

El se levanta. Ella sigue de pie ante él. Espera. El vuelve a sentarse. Acaricia aunque apenas el cuerpo todavía delgado. Los pechos de niña, el vientre. Cierra los ojos como un ciego. Se detiene. Quita las manos. Abre los ojos. Bajito, dice:

—No tienes dieciséis años. No es verdad.

Ninguna respuesta de la niña. Dice: Es un poco temible. No espera respuesta. Sonríe y llora. Y ella, ella le mira y piensa —con una sonrisa que llora— que tal vez se pondrá a quererle para toda la vida.

Con una especie de temor, como si ella fuera frágil, y también con una brutalidad contenida, él se la lleva y la deposita en la cama. Una vez que ella está allí, depositada, entregada, él la mira una vez más y el miedo vuelve a apoderarse de él. Cierra los ojos, calla, ya no quiere saber de ella. Es entonces cuando ella lo hace, ella. Con los ojos cerrados, ella lo desnuda. Botón tras botón, manga tras manga.

El no la ayuda. No se mueve. Cierra los ojos como ella.

La niña. Está sola en la imagen, mira, el desnudo del cuerpo de él tan desconocido como el de un rostro, tan singular, adorable, como el de su mano sobre su cuerpo durante el viaje. Ella le mira una y otra vez, y él se deja, se deja mirar. Ella dice bajito:

—Es bonito un hombre chino.

Lo besa. Ya no está sola en la imagen. El está allí. A su lado. Con los ojos cerrados ella le besa. Las manos, las toma, las apoya en su propio rostro. Sus manos, las del viaje. Ella las toma y las pone sobre su propio cuerpo. Y entonces él se mueve, la toma entre sus brazos y rueda despacio por encima del cuerpo delgado y virgen. Y mientras lentamente él lo cubre con su propio cuerpo, sin tocarla todavía, la cámara dejaría la cama, iría hacia la ventana, se detendría allí, sobre las persianas cerradas. Entonces el ruido de la calle llegaría ensordecido, lejano en la noche de la habitación. Y la voz del chino se volvería tan cercana como sus manos.

El dice:

—Voy a hacerte daño.

Ella dice que lo sabe.

El dice que a veces las mujeres gritan. Que los chinos gritan. Pero que no hace daño más que una vez en la vida, y nunca más.

El dice que la quiere, que no quiere mentirle: que ese dolor, nunca después vuelve, nunca más, que es verdad, que se lo jura.

Le dice que cierre los ojos.

Que va a hacerlo: poseerla.

Que cierre los ojos. Pequeña, dice.

Ella dice: No, los ojos cerrados no.

Que todo lo demás, sí, pero no con los ojos cerrados.

El dice que sí, que debe hacerlo. Por lo de la sangre.

Ella no sabía lo de la sangre.

Hace un gesto para escaparse de la cama.

Con su mano él le impide levantarse.

Ella ya no vuelve a intentarlo.

Ella decía que recordaba el miedo. Como se acordaba de la piel, de su suavidad. De ésta, ahora, asustada.

Con los ojos cerrados ella tocaba esa suavidad, tocaba el color dorado, la voz, el corazón que tenía miedo, todo el cuerpo retenido encima del suyo, a punto de poner fin a la ignorancia de ella convertida en su niña. La niña de él, del hombre de China que calla y llora y que lo hace con un amor temible que le arranca lágrimas.

El dolor llega al cuerpo de la niña. Al principio es vivo. Luego terrible. Luego contradictorio. Como ninguna otra cosa. Ninguna: es en efecto en el momento en que ese dolor se hace insoportable cuando empieza a alejarse. Cuando cambia, cuando se vuelve tan bueno como para gemir, como para gritar, cuando se apodera de todo el cuerpo, de la cabeza, de toda la fuerza del cuerpo y de la cabeza, y también de la del pensamiento, vencido.

El sufrimiento abandona el cuerpo delgado, abandona la cabeza. El cuerpo queda abierto hacia el exterior. Ha sido franqueado, sangra, ya no sufre. Ya no se llama dolor, se llama tal vez morir.

Y luego este sufrimiento abandona el cuerpo, abandona la cabeza. Abandona imperceptiblemente toda la superficie del cuerpo y se pierde en una felicidad todavía desconocida de amar sin saber.

Ella recuerda. Es la última en recordar todavía. Oye todavía el ruido del mar en la habitación. Haber escrito eso, lo recuerda también, al igual que el ruido de la calle china. Recuerda incluso haber escrito que el mar estaba presente aquel día en la habitación de los amantes. Había escrito las palabras: el mar y dos palabras más: la palabra: simplemente, y la palabra: incomparable.

La cama de los amantes.

Duermen tal vez. No se sabe.

Ha vuelto el ruido de la ciudad. Es continuo, de un único flujo. Es el de la inmensidad.

El sol está encima de la cama, dibujado por las persianas.

Hay también máculas de sangre en el cuerpo y las manos de los amantes.

La niña se despierta. Le mira. El duerme en el aire fresco del ventilador.

En el primer libro ella había dicho que el ruido de la ciudad era tan cercano que se oía su roce contra las persianas como si la gente atravesara la habitación. Que ellos estaban en medio de ese ruido público, expuestos allí, *en ese paso de afuera dentro de la habitación*. Lo diría una vez más en el caso de una película, una vez más, o de un libro, una vez más, lo diría siempre. Y una vez más lo dice aquí.

Podría decirse también ahí que se queda uno en lo «abierto» de la habitación hacia los ruidos de afuera que chocan contra los postigos, los muros, hacia el roce de la gente contra la madera de las persianas. Los de las risas. De las carreras y de los gritos infantiles. De las llamadas de los vendedores de helados, de sandía, de té. Luego de repente los de esa música americana mezclados con los enloquecedores mugidos de los trenes de Nuevo México, con los de aquel vals desesperado, aquella triste y añeja suavidad, esa desesperación de la felicidad de la carne.

Ella decía que volvía a ver una vez más el rostro. Que recordaba todavía el nombre de la gente, la de los puestos en la selva, de las canciones de moda.

El nombre de él, ella lo había olvidado. Tú, decía ella.

Se lo habían dicho una vez más. Y de nuevo lo había olvidado. Después, prefirió callar otra vez ese nombre en el libro y dejarlo para siempre en el olvido.

Veía todavía con claridad el lugar de desamparo, naufragado, las plantas muertas, los muros encalados de la habitación.

El toldo de lona encima de aquel horno. La sangre en las sábanas. Lo recordaba. Y la ciudad siempre invisible, siempre exterior.

El se despierta sin moverse. Duerme a medias. Al verle así parece un adolescente. Enciende un cigarrillo.

Silencio.

Se acerca a ella, no le dice nada. Ella señala las plantas, habla bajo, muy bajo, sonrío, y él, él le dice que ella ya no debe pensar en ellas, que están muertas desde hace tiempo. Que siempre olvidó regarlas. Y que siempre las olvidará. Habla bajo como si la calle pudiera oír.

—Estás triste.

Ella sonrío y hace una ligera señal:

—Tal vez.

—Es porque hicimos el amor de día. Con la noche pasará.

El la mira. Ella lo ve. Baja los ojos.

Ella le mira también. Le ve. Toma distancia. Mira el cuerpo delgado y largo, flexible, perfecto, del mismo tipo de milagrosa belleza que las manos. Dice:

—Eres guapo como jamás había visto.

El chino fija la mirada en ella como si no hubiera dicho nada. La mira, está concentrado sólo en eso, mirarla para después retener en él algo de eso que tiene ante él, esa niña blanca. Dice:

—Debes de estar siempre un poco triste, ¿no?...

Silencio. Ella sonrío. Dice:

—¿Siempre un poco triste...? Sí... tal vez... no sé...

—Es por culpa del hermano pequeño...

—No lo sé...

—...¿Qué es?

—No es nada... soy yo... soy así...

—¿Es lo que dice tu madre?

—Sí.

—¿Dice el qué?

—Dice: hay que dejarla tranquila. Es así y lo será siempre.

El ríe. Callan.

El la acaricia una vez más. Ella vuelve a dormirse. El la mira. El mira a ésa que llegó a su casa, a esa visita caída de las manos de Dios, a esa niña blanca de Asia. Su hermana de sangre. Su niña. Su amor. Ya, él lo sabe.

Mira el cuerpo, las manos, el rostro, toca. Husmea el cabello, las manos todavía manchadas de tinta, los pechos de niña.

Ella duerme.

El cierra los ojos y con una dulzura magnífica, china, apoya su cuerpo en el de la niña blanca y bajito dice que ha empezado a quererla.

Ella no oye.

El apaga la luz.

La habitación queda iluminada por la luz de la calle.⁵

La *garçonnière*. Es otra noche, otro día.

El está sentado en el sillón. A su lado la mesa baja. Lleva la bata de seda negra como en las películas, como los protagonistas de provincia. Vemos lo que él mira:

Ella, la niña.

Duerme. Está de cara a la pared, desviada de él, desnuda, esbelta, delgada, encantadora, a la manera de una niña.

Ella despierta.

Se miran.

Y con esa mirada, la reciprocidad muda de esa mirada, el amor retenido hasta entonces llega a la habitación.

El dice:

—Te has dormido. Me he duchado.

El va a buscarle un vaso de agua. La mira hasta las lágrimas.

La mira todo el tiempo, lo mira todo de ella. Ella le devuelve el vaso, él lo deja encima de la mesa. Vuelve a sentarse. La mira una vez más. Ella en cambio tal vez querría que él siguiera hablando, pero no lo dice. No dice nada. Una vez más es difícil saber en qué puede estar pensando. El dice:

—Tienes hambre.

Ella balancea la cabeza: tal vez sí tenga hambre. Sí, tal vez sea eso. No lo sabe muy bien. Dice:

—Es demasiado tarde para salir a cenar.

—Hay restaurantes de noche.

Ella dice:

—Como quieras.

⁵ *En caso de película a título de ejemplo.*

Se rueda en la habitación iluminada por la luz de la calle. Sobre estas imágenes se retiene el sonido, se lo deja a su distancia habitual al igual que los ruidos de la calle: al igual que el *ragtime* y el vals. Se rueda a los amantes dormidos, La Novela Popular del Libro.

Se rueda también la luz pobre, desoladora, de las farolas de la calle.

Se miran, luego desvían la mirada. La escena es extremadamente lenta. Ella baja de la cama. Va a ducharse.

El va. Lo hace por ella, la lava a la manera indígena, con la palma de la mano, sin jabón, muy lentamente. Dice:

—Tienes la piel de la lluvia como las mujeres de Asia. Tienes también las muñecas finas, y también los tobillos como ellas, es divertido, ¿cómo te lo explicas...?

Ella dice:

—No me lo explico.

Se sonríen. Vuelve el deseo. Dejan de sonreírse. El la vuelve a vestir. Y luego la mira una vez más. La mira. Ella, sí ella habita ya en el chino. La niña, sí la niña sabe eso. Ella le mira y, por primera vez, descubre que un otro lugar siempre ha estado entre ella y él. Desde su primera mirada. Un otro lugar protector, de pura inmensidad, inviolable él. Una especie de China lejana, de infancia, ¿por qué no? que los protegería de todo conocimiento ajeno a ella. Y descubre así que ella, sí, ella le protege a él al igual que él a ella, contra acontecimientos como la edad adulta, la muerte, la tristeza de la noche, la soledad de la fortuna, la soledad de la miseria, tanto la del amor como la del deseo.

Ella lo mira todo, inspecciona el lugar, aquella habitación, aquel hombre, aquel amante, aquella noche a través de las persianas. Ella dice que es de noche. Aquella ausencia, la del hermano pequeño, que no sabe nada, que nunca sabrá nada de la felicidad compartida, ella la mira largo tiempo a través de las persianas.

Dice que es de noche, que hace casi frío de repente.

Le mira.

Se encuentra en un desamparo insuperable, dice que quiere ver a su hermano pequeño esa misma noche porque él no sabe nada de lo que le ocurre, que está solo.

El amante se ha acercado a ella, ha apoyado su cuerpo en el suyo. Dice que sabe lo que le pasa en ese momento, esa desesperación, esa pena. Dice que es así, a veces, a determinada hora de la noche, ese desasosiego, que sabe cómo se siente uno perdido. Pero no es nada. Que eso le pasa a todo el mundo por la noche cuando no se duerme. Dice que tal vez se amarán, que no se sabe enseguida.

Y luego la deja llorar.

Y luego ella dice que tal vez tenga hambre.

Ríe con él. Le dice lentamente:

—Hace ya mucho tiempo que te quería. Nunca te olvidaré.

El dice que ya oyó eso en algún lugar —sonríe— ya no sabe dónde. Dice: Tal vez en Francia.

Y luego ella le mira. Mucho tiempo. Su cuerpo adormecido, sus manos, su rostro. Y ella le dice bajito que está loco. Como si le dijera que le quiere.

El abre los ojos. Dice que él también tiene hambre. Se visten. Salen. El lleva las llaves del coche, no despierta al chófer.

Avanzan en un Cholen desierto.

Pasan delante de un espejo de cuerpo entero en la entrada del restaurante.

Ella se mira. Se ve. Ve el sombrero de hombre en fieltro palo de rosa con una ancha cinta negra, los zapatos negros desgastados con los estrás, el pintalabios excesivo del transbordador del encuentro.

Ella se mira a sí misma —se ha acercado a su imagen. Se acerca aún más. No se reconoce muy bien. No entiende qué ha pasado. Lo entenderá años más tarde: tiene ya el rostro destruido de toda su vida.

El chino se detiene. Abraza a la niña y él también la mira. Dice:

—Estás cansada...

—No... no es eso... he envejecido. Mírame.

El ríe. Luego se pone serio. Luego le coge el rostro y la mira muy de cerca. Dice:

—Es verdad... En una noche.

Cierra los ojos. La felicidad tal vez.

De la profundidad del restaurante llega el ruido atroz de los címbalos chinos, inimaginable para alguien que no sabe. El chino pide que los instalen en otra sala.

Les señalan una pequeña sala reservada para las personas poco acostumbradas. Allí, se oye mucho menos la música. Las mesas tienen manteles. Hay bastantes clientes europeos, franceses, turistas ingleses. Los menús están en francés. Los camareros los gritan en chino para los de las cocinas.

El chino pide piel de pato asada con salsa de alubias fermentadas. La niña pide una sopa fría. Ella habla el chino de los restaurantes chinos como una vietnamita de Cholen, no peor.

Ríe bruscamente cerca del rostro del chino. Le acaricia la cara. Dice:

—Es divertido la felicidad, viene de golpe, como la ira.

Comen. Ella devora. El chino dice:

—Es curioso, das ganas de llevársete...

—¿Adonde?

—A China.

Ella sonrío y hace una mueca.

—Los chinos... Me gustan mucho los chinos... ¿Sabes?

—Lo sé.

Ella dice que le gustaría saber cómo su padre se hizo tan rico, de qué manera. El dice que su padre nunca habla de dinero, ni con su mujer ni con su hijo. Pero que sabe cómo empezó todo. Se lo cuenta a la niña:

—Todo empezó con los compartimentos. Hizo construir trescientos. Varias calles de Cholen le pertenecen.

—¿Tu *garçonnière* es eso...?

—Sí. Claro.

Ella le mira. Ríe. El también ríe. Sin duda de felicidad.

—¿Eres hijo único?

—No. Pero soy el único heredero de la fortuna. Porque soy hijo de la primera mujer de mi padre.

Ella no lo entiende muy bien. El dice que nunca se lo explicará, que no vale la pena.

—¿De dónde vienes en China?

—De Manchuria, ya te lo dije.

—¿Está en el norte eso?

—Muy al norte. Hay nieve allá.

—El desierto de Gobi no está muy lejos de Manchuria.

—No lo sé. Tal vez. Debe de ser otra palabra. Nos fuimos de Manchuria cuando Sun Yat-sen decretó la república china. Vendimos todas las tierras y todas las joyas de mi madre. Partimos hacia el sur. Lo recuerdo, tenía cinco años. Mi madre lloraba, gritaba, se había tumbado en la carretera, ya no quería seguir, decía que vivir sin sus joyas, prefería morir...

El chino sonrío a la niña.

—Es un genio para los negocios mi padre. Pero una vez más, cuándo y cómo encontró esa idea de los compartimentos, no lo sé. Es un genio también para las ideas.

La niña ríe. El no le pregunta por qué ríe.

Ella dice:

—Tu padre, después, ¿volvió a comprarle las joyas a tu madre?

—Sí.

—Eran ¿qué? ...

—Jades, diamantes, oro. Son más o menos siempre iguales las dotes de las chicas ricas en China. Ya no sé muy bien... pero también había esmeraldas.

Ella ríe. El dice:

—¿Por qué te ríes de eso?

—Es el tono cuando hablas de China.

Se miran. Y, por primera vez, se sonríen. La sonrisa dura mucho tiempo. El ya no tiene miedo.

No nos conocemos dice él, el chino.

Se sonríen una vez más. El dice:

—Es cierto... no puedo creer muy bien que estás ahí. ¿Qué iba diciendo?

—Hablabas de los compartimentos...

—Los compartimentos, recuerdan las cabañas de África, las chozas de los pueblos. Es mucho menos caro que una casa. Se alquila a precio fijo. No hay sorpresas. Es lo que prefiere la población en Indochina, sobre todo la que viene del campo. La gente, allí, nunca queda abandonada, nunca está sola. Vive en la galería que da a la calle... No hay que destruir las costumbres de los pobres. La mitad de los habitantes duerme en las galerías abiertas. Durante el monzón se está fresco, allí, es maravilloso.

—Es verdad que parece como un sueño quedarse afuera para dormir. Y también estar todos juntos y separados a la vez.

Ella le mira. Ríe. Todo el tiempo se ríen. El se ha vuelto totalmente chino. Está muy feliz, de una felicidad alegre y grave a la vez, demasiado fuerte, frágil. Comen. Beben *shum*. El dice:

—Me alegro de que aprecies los compartimentos.

En caso de película, la cámara enfoca a la niña cuando el chino cuenta la historia de China. Tal vez sea un «maníaco» de esta historia. Hay en este exceso una locura que le gusta a la niña. El dice, pregunta:

—China está cerrada a los extranjeros desde hace siglos, ¿sabes eso?

No, ella no lo sabe, dice que sabe muy poco sobre China. Dice que del nombre de ríos y montañas, sí sabe un poco, pero todo lo demás, no, nada.

El no puede evitar hablar de China.

Cuenta que la primera apertura de la frontera la obtuvieron los ingleses en 1842. El pregunta:

—¿Sabes eso?

Ella no lo sabe. Nada, dice, no sabe nada. El continúa:

—Empezó al final de la guerra del opio. La guerra —entre los ingleses y los japoneses en 1894— desmiembra China, ahuyenta a los reyes manchúes. Y la primera República es decretada en 1911. El emperador abdica en 1912. Y se convierte en el primer presidente de la República. A su muerte en 1916 empieza un período de anarquía que termina con la toma del poder por el Kuomintang y la victoria del heredero espiritual de Sun Yat-sen, Chang Kai-shek, que dirige actualmente China. Chang Kai-shek lucha contra los comunistas chinos. ¿Sabes eso?

Un poco, dice ella. Ella escucha la voz, ese otro idioma francés hablado por China, está maravillada. El continúa:

—Es después de otra guerra, ya no sé cuál, al fin, cuando los chinos comprendieron que no estaban solos en la tierra. Aparte de Japón creían estar solos en todas partes sobre la superficie de la tierra, que por todas partes era China. Olvido decirte: desde hacía siglos todos los reyes de China eran manchúes. Hasta el último. Después ya no fueron reyes, fueron jefes.

—¿Aprendiste todo esto dónde?

—Mi padre, él me ha enseñado. Y también en París leí diccionarios.

Ella sonrío. Dice:

—Me gusta mucho el francés que hablas cuando hablas de China...

—Olvido el francés cuando hablo de China, quiero ir rápido, temo aburrir. No puedo hablar de Manchuria en este país porque aquí los chinos de Indochina vienen todos del Yunán.

Llega la cuenta.

La niña le mira pagar. El dice:

—Vas a llegar tarde a la pensión.

—Puedo volver como quiero.

Sorpresa del chino, discreto. La libertad de la niña le inquieta de pronto. Un sufrimiento intenso, muy joven, surgió en sus ojos cuando sonrió a la niña.

Ella le mira en silencio. Dice:

—Estás desesperado. No lo sabes. No sabes estar desesperado. Yo sí lo sé por ti.

—¿Qué desesperación?

—La del dinero. Mi familia también está desesperada por el dinero. Ocurre lo mismo con tu padre y mi madre.

Ella le pregunta qué hace cuando llega la noche. El dice que va a beber un *shum* con el chófer en la orilla de los *arroyos*.⁶ Charlan juntos. A veces cuando vuelven el sol sale.

¿De qué hablan? pregunta ella.

El dice: De la vida. Y añade:

—Yo se lo digo todo a mi chófer.

—¿Lo tuyo y lo mío también?

—Sí incluso lo de la fortuna de mi padre.

Es la pensión Lyautey de noche.

El patio está desierto. Hacia el refectorio los jóvenes boys juegan a cartas. Uno de ellos canta. La niña se detiene, escucha los cantos. Conoce los cantos del Vietnam. Escucha un momento. Los reconoce todos. El joven *boy* del pasodoble atraviesa el patio, se hacen una señal, se sonrían: Buenas noches.

Todas las ventanas del dormitorio están abiertas debido al calor. Las chicas están encerradas detrás en las jaulas blancas de las mosquiteras. Apenas se las reconoce. Las luces piloto de los pasillos las vuelven pálidas, agonizantes.

Hélène Lagonelle pregunta bajito cómo le ha ido, dice: «Con el chino». Pregunta cómo es. La niña dice que tiene veintisiete años. Que es delgado. Que parece haber estado un poco enfermo cuando era pequeño. Pero nada grave. Que no hace nada. Que si fuera pobre sería terrible, no podría ganarse la vida, que moriría de hambre... Pero que eso él no lo sabe.

⁶ *arroyos*: canales intercomunicados. (N. de la T.)

Hélène Lagonelle pregunta si es guapo. La niña duda. La niña dice que lo es. ¿Muy, muy guapo? pregunta Hélène. Sí. La suavidad de la piel, el color dorado, las manos, todo. Dice que es guapo todo él.

—Su cuerpo, ¿cómo es de guapo?

—Como el de Paulo dentro de unos años.

Esto es lo que cree la niña.

Hélène dice que tal vez sea el opio lo que le quita la fuerza.

—Tal vez. Es muy rico, afortunadamente, no trabaja, nunca. Es también la riqueza lo que le quita la fuerza. No hace más que el amor, fumar opio, jugar a las cartas... Es una especie de golfo millonario... ya ves...

La niña mira a Hélène Lagonelle. Dice:

—Es divertido, así es cómo le deseo.

Hélène dice que cuando habla la niña, ella, Hélène, también lo desea, como ella.

—Cuando hablas de él lo deseo así también.

—¿Lo deseas mucho?

—Sí. Contigo, junto contigo.

Se besan. Indecentes hasta las lágrimas, hasta hacer callar las canciones de los jóvenes boys que se han acercado a la escalera del dormitorio.

Hélène dice:

—Es a él a quien deseo. Es a él. Lo sabes. Tú le querías.

—Sí. Sigo queriéndolo.

—¿Te ha hecho daño?

—Mucho.

Silencio. Hélène pregunta:

—Hasta ese punto... ¿no se puede comparar con nada más, nada?

—Nada. Pasa muy rápido.

Silencio.

—Estás deshonrada ahora.

—Sí. Para siempre. —Ríe—: Hecho está.

—Como por un blanco.

—Sí. Igual.

Silencio. Hélène Lagonelle llora suavemente. La niña no lo ve. Hélène dice llorando:

—¿Tú crees, tú, que yo soportaría a un chino?

—Si te planteas la pregunta, es que no.

Entonces Hélène dice a la niña que no haga caso de lo que dice, que es la emoción.

Pregunta a la niña cómo lo ha hecho. La niña le dice:

—Según tú, ¿cómo?

—A mí me parecía que era porque eras pobre.

La niña dice: Tal vez. Ríe, conmovida. Dice:

—Me gustaría mucho que te ocurriera a ti. Mucho. Sobre todo con un chino.

Hélène, desconfiada, no contesta.

Los jóvenes *boys* siguen cantando en el fondo del patio junto al refectorio. Ellas escuchan los cantos en vietnamita. Tal vez los tarareen bajito con ellos en vietnamita.⁷

⁷ En caso de película, este detalle se reproduciría cada noche cuando volviera la niña. Para señalar una cotidianidad añadida de la que por otra parte carece la película, con excepción de los horarios de clase y los del sueño, de las duchas y de las comidas.

Al día siguiente.

Hélène Lagonelle dice que el jaleo que se oye es de las regadoras municipales. Hélène Lagonelle dice que el perfume que se huele es el olor de las calles lavadas que llega hasta los dormitorios de la pensión.

Despierta a las demás que aúllan que las dejen en paz.

Hélène continúa. Dice que el olor es tan fresco, es también el Mekong. Que aquella pensión, por fin, se vuelve como su casa natal.

Después de su declaración, Hélène canta. Anda como feliz Hélène Lagonelle, aquellos días, como enamorada del chino a su vez, oye hablar de él a la niña de Sadec.

La niña camina por la Rue Lyautey. Lentamente. La calle está vacía. Llega delante del liceo. Se detiene. Mira la calle vacía. Todos los estudiantes han entrado en clase. Ya no hay niños afuera. Se oye el ruido de otros recreos que tienen lugar en un patio interior.

La niña permanece afuera, detrás de un pilar del pasillo.

No espera al chino. Se trata de otra cosa: no quiere entrar en el liceo hasta el final del recreo. De repente el timbre. Ella entra, alcanza lentamente el lugar en el pasillo donde los alumnos esperan la llegada del maestro.

Llega el maestro.

Los alumnos entran.

El maestro le sonrío a la hija de la directora de la escuela indígena de Sadec.

El pasillo del liceo, vacío.

El suelo del pasillo está invadido por el sol hasta una determinada altura del muro.

Retomamos el pasillo vacío en el momento de la campana de la noche.

El sol ha desaparecido del suelo.

La niña vista de espaldas sale del pasillo del liceo.

Delante de ella, a cierta distancia de la puerta del liceo, la limusina china. Sólo está allí el chófer. Cuando ve a la niña baja a abrirle la puerta. Ella comprende. No le hace pregunta alguna. Sabe. Es conducida por el chófer hacia su amante. Entregada a él. Eso le conviene.

Durante todo el trayecto permanecemos sobre ella quien esta noche mira afuera sin verle.

Ciudad a través. Dos o tres puntos de referencia en el inventario: el teatro Charner, la catedral, el Edén Cinema, el restaurante chino para los blancos. El Continental, el hotel más bonito del mundo. Y ese río, ese encanto, siempre, y de día y de noche, vacío o poblado de juncos, de llamadas, de risas, de cantos y de pájaros de mar que remontan hasta el Valle de los Juncos.

El chino abre la puerta antes de que ella llame. Lleva la bata negra de la noche. Se quedan allí donde están. El coge la cartera de ella, la tira al suelo, la desnuda, se acuesta cuan largo es junto al cuerpo de ella en el suelo. Luego espera. Espera. Aún. Dice bajito: —Espera.

Entra en la noche oscura del cuerpo de la niña. Se queda allí. Gime de enloquecido deseo, inmóvil, dice bajito:

—Todavía... espera...

Ella se convierte en su objeto, sólo para él secretamente prostituida. Ya sin nombre. Entregada como una cosa, una cosa sólo por él robada. Por él solo tomada, utilizada, penetrada. Una cosa de pronto desconocida, una niña sin otra identidad que la de pertenecerle a él, de ser su bien, para él solo, sin palabras para nombrarlo, fundida en él, diluida en una generalidad también naciente, la mal nombrada desde el principio de los tiempos con otra palabra, la de indignidad.

Les vemos *después*, acostados en el suelo en el mismo lugar. Convertidos en los amantes del libro.

La cama está vacía. Los amantes siguen acostados. Encima de ellos el ventilador que gira. El tiene los ojos cerrados. Busca la mano de la niña. La encuentra, la conserva en su propia mano. Dice:

—Ayer fui a un burdel para hacer otra vez el amor... contigo, ... no puedo... me fui.

—Si la policía nos encontrara... —ella ríe— soy muy menor...

—Me detendría dos o tres noches tal vez... no lo sé muy bien. Mi padre pagaría, no sería grave.

La calle de Cholen. Las farolas se encienden en la luz del crepúsculo. El cielo tiende ya al azul de la noche, se le puede mirar sin quemarse los ojos.

Al borde de la tierra, el sol está al borde de la muerte.

Muere.

En la *garçonnière*.

La noche ha llegado. El cielo está cada vez más azul, deslumbrante. La niña está lejos del chino, hacia la fuente, tumbada en el agua fresca del estanque. Cuenta la historia de su vida. El chino escucha de lejos, distraído. Está ya en otro lugar, ha entrado en el dolor de amar a aquella niña. El no sabe muy bien qué cuenta. Ella está por entero en esa historia que cuenta. Le dice que cuenta muchas veces esta historia, y que le da igual que no la escuchen. Dice: Incluso él, si no escucha, no importa.

—No importa que no escuches. Puedes incluso dormirte. Contar esta historia es para mí más tarde escribirla. No puedo impedírmelo. Alguna vez escribiré esto: la vida de mi madre.⁸ Cómo fue asesinada. Cómo estuvo años para creer que era posible que pudieran robarle a alguien todos sus ahorros y luego nunca más recibirla, echarla de patitas a la calle, decir que está loca, que nadie la conoce, burlarse de ella, hacer correr el bulo de que se ha extraviado en Indochina. Y que la gente lo crea y que a su vez se avergüence de frecuentarla, eso también lo diré. Ya no vimos a un blanco durante años. Los blancos se avergonzaban de nosotros. Ya no tuvo mi madre sino algunos pocos amigos. De golpe, fue el desierto.

Silencio.

El chino:

—Es eso lo que te da ganas de escribir ese libro...

La niña:

—No es del todo eso. No es el fracaso de mi madre. Es la idea de que éstos del catastro no habrán muerto todos, que quedarán algunos todavía con vida para

⁸ El reto se cumplió: *Un dique contra el Pacífico*.

leer ese libro y que se morirán al leerlo. Mi madre decía: «Todavía veo aquel día, el primer día, creía que era el día más hermoso de mi vida. Llevé todos mis ahorros en una bolsita, me acuerdo, se los di a los funcionarios del catastro. Y les di las gracias. Gracias por haberme vendido ese lote maravilloso entre la montaña y el mar».

Después, cuando subieron las aguas por primera vez, dijeron que nunca la habían visto en el catastro de Kampot, nunca, que nunca había pedido concesión alguna, nunca. A estas alturas de su historia la madre lloraba y decía que sabía que lloraría hasta su muerte y siempre pedía perdón por ello a sus hijos pero que nada podía contra la canallada de esa raza blanca de la colonia. Decía: «Y después escribieron al gobernador de Camboya que me había vuelto loca, que había que devolverme a Francia». Entonces, en lugar de morir, después, ella volvió a tener esperanzas. Eso, nosotros sus hijos, no podíamos entenderlo. Y nosotros también creímos en la locura de nuestra madre, pero sin decírselo nunca. Volvió a comprar troncos de mangle para consolidar los diques. Pidió dinero prestado. También compró piedras para consolidar los taludes a lo largo del sembrado.

En este punto del relato la niña siempre había llorado.

Luego subió el mar.

Y luego ella abandonó.

Eso duró cuatro años tal vez, ya no se sabe muy bien. Y luego ocurrió: se había acabado.

Ella abandonó. Dijo: Se ha acabado. Dijo que abandonaba. Y luego lo hizo. Se fue.

Los arrozales quedaron inundados por las mareas, los diques, barridos.

El arrozal de arriba se lo dio a los sirvientes, con el *bungalow* y los muebles.

La niña sonríe. Se excusa. Se prohíbe llorar pero en vano. Lloro.

—Todavía no puedo acostumbrarme a esa vida de mi madre. Nunca podré.

El chino se ha puesto a escuchar todo lo que la niña cuenta de la historia. La deja sola, lejos. A ella, él la ha olvidado.

El ha escuchado la historia de la madre.

Silencio. La niña dice aún:

—Todavía vamos allí una o dos veces al año, durante las vacaciones, los cuatro. Thanh, mi madre, Paulo y yo. Conducimos toda la noche. Llegamos por la mañana. Creemos que podremos quedarnos, no se puede, volvemos por la noche. Ahora está tranquila mi madre. Se acabó. Está como antes. Salvo que ya no quiere nada. Dice que sus hijos son heroicos por haber soportado esas cosas. Su locura, ella. Dice que ya no espera nada. Sólo la muerte.

La niña calla. Se prohíbe llorar. Lloro pese a todo.⁹

Ella decía que es igual en el mundo entero.

Que así era la vida.

El chino dice:

—¿Y tú también lo crees?

⁹ Toda su vida, incluso ya mayor, ella ha llorado por la terrible injusticia de la que fue víctima su madre. Ni un céntimo le ha sido devuelto nunca. Ni un voto de censura fue pronunciado contra los timadores del catastro francés.

—No. Lo creo sólo para mi madre. Lo creo totalmente para los pobres pero no para todo el mundo.

—Para Thanh, ¿lo crees?

—No. Para Thanh, creo lo contrario.

—¿Qué es lo contrario?

—No lo sé todavía. Sólo Thanh lo sabrá. No sabe todavía que lo sabe, todavía no sabe decirlo, pero un día sabrá decirlo y pensarlo.

De eso la niña está segura.

El chino le pregunta si fue a ver los arrozales después de la tormenta definitiva.

Ella dice, sí, que fueron, Paulo, Thanh y ella. Ya no se reconocía nada tanta espuma había. El lugar se había convertido en una vorágine de espuma. La había en racimos incluso en los mangles de la orilla del mar y también en la montaña, en la selva, hasta en los árboles gigantes la había.

Silencio. Luego la niña dice:

—Hoy no he ido al liceo. Prefiero quedarme contigo. Ayer tampoco fui. Prefiero quedarme contigo para hablar juntos.

El chino está de pie.

Se sienta en el sillón.

Ya no la mira.

De pronto la música americana llega de la galería de los compartimentos: el *ragtime* de Duke Ellington. Después viene ese vals desesperado proveniente de otro lugar, tocado al piano a lo lejos —ese vals será el del final de la película. Así, todavía lejano, el retorno a Francia entra ya en la habitación de los amantes, en el libro también.

La niña y el chino escuchan el vals. La niña dice:

—Toca siempre a la misma hora... cuando vuelve del trabajo sin duda...

—Sin duda. Hace unas semanas que llegó al compartimento. Un mestizo creo.

—Siempre es la misma canción como en una película cuando vuelve la música... y ella se pone triste.

El chino pregunta de dónde viene Thanh.

Ella dice que la madre lo encontró en lo alto de la montaña en la frontera entre Siam y Camboya una noche al volver de los pimentales con sus hijos.

Se miran. Se escuchan. Ella se sienta a su lado. El chino dice:

—Voy a comprar los discos para cuando te hayas ido a Francia.

—Sí.

El chino se esconde la cara y dice bajito:

—Para cuando mueras... da lo mismo.

—Sí.

Callan.

Ella va a ponerse pegada a él.

No pide nada.

Dice:

—Es cierto que nos dejaremos para siempre. Lo olvidábamos, ¿no crees?

—No. Un día volverás a Francia. No puedo soportarlo. Un día me casaré. No puedo y sé que lo haré.

La niña calla. Siente como vergüenza por él.

El chino dice:

—Ven. Mírame.

El le coge el rostro entre sus manos y la fuerza a mirarle.

—¿Volveréis cuándo a Francia? Di la fecha enseguida.

—Antes del final del año escolar. Después de los exámenes pero no es todavía seguro. A mi madre le cuesta mucho irse de la colonia. En cada período de vacaciones cree que va a marcharse y luego se queda. Dice que a la larga se ha vuelto indígena, como nosotros, Paulo y yo. Que hay muchos colonos como ella.

—Y este año se irá... Lo sabes.

—Este año, como pidió que repatriaran a su hijo mayor, se tomará vacaciones para verle. No puede vivir sin él, no puede en absoluto...

Silencio. El chino dice:

—Me quedaré toda la vida en este sitio: Sadec. Incluso si viajara, siempre volvería aquí. Porque la fortuna está aquí. Es imposible para mí que me marche. Salvo si hay guerra.

La niña le mira. No entiende. El dice:

—Desde hace años estoy comprometido con una chica de Manchuria.

La niña sonrío. Dice que lo sabe.

—Lo sabía. Thanh me lo dijo. Todo el mundo lo sabe, por todas partes, son las sirvientas las que cuentan las historias de familia.

Silencio. La niña dice:

—Podría escuchar cien veces tus historias de China...

Ella le coge las manos y las apoya en su propia cara, las besa. Le pide que le cuente.

El chino cuenta, con los ojos fijos sólo en ella, la pequeña Blanche, una historia de la China imperial.

—Fuimos designados por las familias, ella y yo, desde la infancia. Tenía diecisiete años, ella tenía siete. Así es en China, para preservar el patrimonio de las familias contra los reveses de la fortuna, las dos familias deben de tener la misma riqueza... Está de tal manera en las costumbres de China que ya no se puede hacer de otro modo.

El la mira:

—Te aburro.

—No.

—Se tienen hijos en seguida. Responsabilidades. Amantes. Muy pronto ya no se puede cambiar nada en la propia existencia. Los chinos, incluso los no muy ricos, tienen amantes. Las esposas lo saben. Así están tranquilas: cuando tienen mujeres afuera siempre vuelven a casa.

—No sólo en China...

—Sí, sólo en China está así de bien establecido.

—¿Vas a casarte con esa prometida?

—Sí —dice en un sollozo—. Contigo no. Nunca contigo. Nunca. Incluso en la otra vida. Ella llora entre sus manos. Llora de verle llorar.

—Si no nos hubiéramos conocido así, si yo hubiera sido una china rica, no habría ocurrido así. Entonces viene a ser lo mismo tal vez...

El la mira. No contesta. Dice:

—Tal vez sea lo mismo, todavía no puedo saberlo. Acércate a mí.

Ella se acerca a él en la cama, se acuesta. Toca su frente. Dice:

—Estás caliente.

El la mira con todas sus fuerzas. Dice:

—Estoy muy emocionado de contarte estas cosas... es por eso.

Con sus manos, él despeja el rostro de la niña para verlo entero. Ella dice:

—Me habría gustado que nos casáramos. Que fuéramos amantes casados.

—Para hacernos daño.

Ella ya no sonrío.

Llora. Y a la vez dice lo que habría sido la felicidad:

—Sí, por eso, para hacernos daño lo más posible. Y luego volver.

Silencio. Ella dice:

—Por las sirvientas de Sadec, tu mujer sabrá pronto nuestra historia. Y sufrirá. Tal vez ya lo sepa. Es también gracias a ese daño que os hago por lo que vosotros os casaréis.

—Sí.

El dice:

—Las familias esperan el primer hijo, el heredero... desde la primera noche... De eso tengo mucho miedo... de no poder.

Ella no contesta. Dice:

—Después haréis un viaje alrededor del mundo.

—Sí. Es cierto. En ese momento tú estarás todavía en el barco de Francia.

Silencio. Ella pregunta:

—¿Dónde en el barco...?

—En el océano Indico. A la altura de Colombo.

—¿Por qué allí...?

—Lo he dicho al azar.

Silencio. Y el chino dice:

—Vamos a Long-Hai. He alquilado una habitación en el Bungalow de France.

—¿Cuándo?

—Cuando quieras. Esta tarde. Esta noche.

—¿Y el liceo?

El chino de pronto la trata de usted:

—No es grave. Nunca va usted al liceo todos los días, incluso antes. Va al jardín zoológico, y a menudo. Me he informado.

La niña se aparta un poco. Tiene miedo. Pregunta, grita bajito:

—Pero ¿por qué ir allí, a Long-Hai?

El chino la mira muy fuerte y sus ojos se cierran ante el impacto del pensamiento atroz de perder a la niña. Dice:

—He empezado a sufrir por la separación contigo. Me vuelvo loco... No puedo apartarte, es imposible, y voy a hacerlo, lo sé.

El ya no la mira. Con los ojos cerrados acaricia su cabello. Ella se aparta, aún más, se levanta, va hacia la otra puerta. El pregunta:

—¿Por qué no te gusta Long-Hai?

—Ibamos con mi familia y una vez tuve miedo... terrible... los tigres, los tigres van a bañarse por la noche a Long-Hai y una vez, por la mañana, con mi hermano pequeño, vimos las huellas todavía frescas de un tigre, un tigre pequeño pero aun así... huimos... qué miedo. Y además la playa está completamente desierta, no hay nada, ni un pueblo, ni un... nada, nadie... sólo hay locos, mendigos, van a pedir limosna a los bonzos de los monasterios...

La niña cierra los ojos. Está pálida. El chino se acerca a ella.

—¿De qué tienes más miedo? ¿De los tigres o de la gente?

Ella dice, grita:

—De la gente. De ti. De ti, el chino.

Largo silencio de él a quien ella de pronto ya no reconoce. El pregunta:

—¿De dónde viene esa gente?

—De Annam. De las islas de la bahía de Along. De las costas. Muchos de ese penitenciario, ya sabes... Paulo Condore. Hay también chiflados, y locos que pasan. También mujeres, expulsadas de los pueblos. En los monasterios los bonzos les dan arroz caliente y té, a veces esa gente mata un perro errante y se lo asan en la playa y huele muy mal a cien kilómetros a la redonda.

—Esos sitios son también la ruta de las invasiones chinas.

—Tal vez. No estoy muy al corriente. Creía que era por las montañas del Yunán por donde pasaban los chinos.

Ella dice que, de toda la gente, son las mujeres las que más miedo dan. Porque ríen mientras lloran.

—¿De dónde vienen?

Eso, la niña no lo sabe. Y entonces, inventa. Todo. Dice que ésas vienen de la India por mar... Se esconden entre los juncos... Que ya han perdido toda razón, locas de atar por haber tenido tanto miedo, por sus hijos muertos de hambre, por el sol, por la selva, por las nubes de mosquitos, por los perros rabiosos, y también por los tigres. El chino dice que hay una de esas mendigas entre Vinh-Long y Sadec quien, por la noche, grita y ríe a la vez, hace discursos, canta. Y da miedo.

La niña dice que conoce a esa mendiga como todo el mundo entre Sadec y Vinh-Long, que viene de Laos, que lo que canta son nanas de Laos.

El ríe, dice:

—Lo inventas... ¿Cómo sabes esto?

La niña tiene miedo. ¿Miente? Ya no sabe cómo sabe esto, si miente o no ya no lo sabe.

Dice:

—Creo que por Anne-Marie Stretter. Ella sabe el laosiano, viene de Laos, reconoció las palabras laosianas de las canciones. Le habló de eso a mi madre una vez... en el Círculo... eso es.

La niña canta toda la primera estrofa que la mendiga del Ganges canta en la calle del Puesto, por la noche. Dice:

—Ves... la conozco esa nana...

El dice que eso no prueba nada. Ríe. Pregunta:

—¿Quién te cuenta todo eso sobre Long-Hai?

—Mi madre y Do y Thanh también. Desde... desde siempre.

—¿Por qué te cuentan eso?

—Para que yo me interese, ¿por qué quieres...?

—Tu madre no va al Círculo porque tiene vergüenza por culpa de tu hermano mayor. Y a Madame Stretter no la conocéis, ni tu madre ni tú... Cuentas cualquier cosa...

La niña grita de pronto:

—Todo el mundo puede verla a Madame Anne-Marie Stretter. Todas las noches está en las terrazas con sus hijas... ¿Quién te crees que es Madame Stretter?... Primero todo el mundo conoce su historia en Laos, en Vientiane con ese joven, venía en los periódicos... El chino la escucha. La adora. La niña continúa la historia:

—Y yo, un día, la vi en una clase de latín en casa del cura de Vinh-Long. El enseñaba latín a los niños franceses y ella llegó con sus hijas. Le preguntó al cura quién era yo. El dijo: La hija de la directora de la escuela para chicas. Me sonrió. Le dijo al cura que yo tenía una mirada un poco rara. La oí. Se lo repetí a mi madre. Al día siguiente mi madre me llevó a la consulta del doctor Sambuc para saber si más tarde sería bizca o no. La tranquilizaron, no era en absoluto bizca...

—Y el latín, ¿lo has aprendido?

—Un poco así. Y luego lo dejé.

Silencio.

—¿Nadie te ha pedido nunca en matrimonio? Es la moda en Saigón...

—Sí. Primero mi madre dice que sí en seguida, luego lloro, entonces ella dice que no y se arma un lío... El último fue un señor de las Messageries Maritimes, tenía al menos treinta y cinco, treinta y ocho años... Ganaba mucho dinero. Mi madre estuvo a punto de ceder pero yo dije que no, que era demasiado gordo... demasiado rojo... ya sabes...

Silencio. Luego el chino pregunta:

—¿Has tenido miedo hace un rato?
—Sí. Tú también.
—Sí.
—¿Cómo me habrías matado en Long-Hai?
—Como un chino. Con la crueldad añadida de la muerte.

El va a buscarla cerca de la puerta. Ella está como exhausta. El la lleva a la cama. Ella cierra los ojos para dormir, no duerme. El la coge entre sus brazos. Le habla en chino. Eso la hace reír, siempre.

—Cántame también en chino.

El canta en chino. Luego llora. Ella llora con él sin saber por qué.

No se miran. Luego ella suplica. Entonces él se mete en ella con una suavidad que ella todavía desconoce. Luego él permanece allí, inmóvil. El deseo les hace gemir. Ella cierra los ojos. Dice:

—Tómame.

Bajito el chino le pregunta:

—¿Me dirás cuando sepas la fecha de tu partida?

—No.

Ella vuelve a pedírselo. El la toma.

Ella se gira, se acurruca junto a él. El la abraza. Le dice que ella es su niña, su hermana, su amor. No se sonríen. El ha apagado la luz.

—¿Cómo me habrías matado en Long-Hai? Dímelo una vez más.

—Como un chino. Con la crueldad añadida de la muerte.

Ella recita el final de la frase como lo haría con un poema.

El liceo —los pasillos están llenos de alumnos. La niña espera contra un pilar del pasillo. Está vuelta hacia afuera, aislada.

Pasa el subdirector, la toca en el hombro. Dice:

—Tengo que hablarle.

Ella sigue al subdirector hasta su despacho.

—El caso es que por supuesto las madres de las alumnas han prohibido a sus hijas que la frecuenten. Usted lo sabe...

La niña sonrío. Lo sabe.

—Pero hay algo más grave. Las madres de las alumnas han denunciado a la directora de Lyautey que usted no vuelve todas las noches a la pensión. —Ligera indignación del subdirector—. ¿Cómo lo habrán sabido...? Misterio... Está usted acorralada por la red policial de las madres de alumnas —sonríe— de Saigón. Quieren que sus hijas queden entre ellas. Dicen, fíjese bien: «¿Por qué habrá de correr tras un bachillerato esa fulanita? La primaria se ha hecho para este tipo de gente»...

Silencio. Ella pregunta:

—¿Es por mi madre por lo que me avisa?

—Sí. Ya conoce la estima que siento por ella. [Pausa.] ¿Qué podemos hacer según usted?

—Podemos seguir usted y yo. Usted avisándome y yo sin volver a Lyautey... No sé...

¿Y usted?

Silencio.

—Yo, no lo sé.

El subdirector dice:

—La directora de Lyautey ha avisado a su madre...

—Sí. A mi madre le importa un comino nuestra reputación... mi familia no es como las demás familias.

—¿Qué quiere para sus hijos su madre?

—Que sus hijos estén colocados. Para permitirle morir. Pero ella no sabe que es eso lo que quiere.

El subdirector sigue desempeñando su papel:

—Usted también ha faltado al liceo, pero de eso me cuido yo.

—Lo sabía.

El subdirector la mira con amistad.

—Somos amigos, usted y yo...

La niña sonríe. Ella no está tan segura de ello.

—¿Seguro?

El subdirector confirma:

—Seguro.

Ella sonríe.

Silencio.

—Es su último año en Indochina...

—Sí... mis últimas semanas tal vez... Incluso si el director pidiera que me echaran, ya no tendría importancia. Pero sé que no lo hará.

—Nunca lo hará.

El subdirector sonríe a la niña.

—Le agradezco su confianza en nosotros. «El Cuerpo Docente habrá salvado a Indochina de la imbecilidad blanca.» Es lo que me dijo su madre un día. Nunca lo he olvidado.

La joven está como distraída, indiferente a la afrenta a lo largo de la entrevista. Dice:

—Creo que ahora a mi madre todo esto le daría igual. Ha hecho repatriar a su hijo mayor. Nada más cuenta ya para ella.

El subdirector no lo sabía.

—Ah, con que terminó por hacerlo...

—Sí.

—Es una pena... un chico encantador... Pierre. Le conocí de niño, sabe usted...

Ella lo sabía, sí. Lágrimas inundan los ojos de la niña. El lo ve:

—El ha sido terrible con usted y con su hermano pequeño...

El timbre de la entrada en clase. El subdirector y la joven salen juntos del despacho. Ella pregunta:

—¿Usted conoció a mi madre en el Tonkín...?

El se muestra sorprendido —ella nunca le habló de su familia.

—Sí. Usted no había nacido.

—¿Cómo era? No lo sé en absoluto.

El está sorprendido, contesta con gracia:

—Ojos verdes. Y cabellos negros. Guapa. Muy alegre, la risa fácil, muy afectuosa. Perfecta.

—¿Demasiado tal vez...?

—Tal vez...

—¿Y mi padre...?

—Estaba loco por ella. Y además era un... profesor notable.

La niña conoce la vida de la madre. Han hablado muchas veces. Dice:

—Creo que de todos modos fue feliz con él.

—Lo fue sin duda alguna. La tenían por una mujer colmada por la vida. Pero nunca se puede saber —él se gira hacia la niña y repite—: nunca. Por cierto, quería decirle... en la vida siga haciendo lo que desee hacer, sin consejos de nadie.

Ella sonrío. Dice:

—¿Incluso de los suyos? El sonrío con ella. Dice:

—Incluso de los míos.

La *garçonnière*. El chino dice:

—Voy a Sadec esta noche, tengo que ir, vuelvo dentro de dos días. El chófer te traerá la comida. Te llevaremos a la pensión antes de que me vaya.

Se duchan. Ella le comenta la cuarentena a la que la someten en el liceo. Ríe:

—Ya no hablan conmigo en el liceo por tu culpa.

—Es una idea que tienes tú.

—No. Hubo quejas de las madres de las alumnas.

El ríe con ella. Le pregunta de qué tiene miedo esa sociedad.

Ella dice:

—De la sífilis. De la peste. De la sarna. Del cólera. De los chinos.

—¿Por qué de los chinos?

—No están colonizados los chinos, están aquí como estarían en Estados Unidos, viajan.

No se les puede coger y colonizar, y lo lamentamos por cierto.

El chino ríe. Ella ríe con él, le mira, deslumbrada por la evidencia:

—Es cierto. No es nada. Nada.

Silencio.

—Esta noche vuelvo al internado... Han avisado también a mi madre...

El chófer trae la bandeja. La deja encima de la mesa. Parrillada y sopa. Comen. Y hablan. Se hablan. Se miran.

El chino sonrío:

—Estamos cansados. Es agradable.

—Sí. Teníamos hambre también, sin saberlo.

—También es agradable hablar.

—Sí. ¿Hablas a veces con la gente?

El tiene una sonrisa de niño. Ella le mira. Se dice que nunca le olvidará. El dice:

—Hablé mucho con mi madre.

—¿De qué?

—De la vida.

Ríen.

Ella le mira. Pregunta:

—¿Te pareces a ella?...

—Eso dicen, yo no lo sé. Estuvo mi madre en la universidad en Estados Unidos, no te lo había dicho... Estudió derecho. Para ser abogada.

—¿Tu padre no quiso...?

—Eso es... Ella tampoco ya no quería, quería estar con él todo el día. Dieron la vuelta al mundo después de la boda.

Silencio.

La niña está pensativa. Dice:

—Tal vez yo le hubiera gustado a tu madre.

El chino sonrío.

—Tal vez. Era celosa, pero tal vez...

—¿Piensas en ella alguna vez?

—Creo que todos los días.

—¿Cuándo murió?

—Hace diez años, yo tenía diecisiete, de la peste, en dos días, aquí, en Sadec.

El ríe y llora a la vez. Dice:

—Ya ves... no me morí de dolor.

Ella llora con él. El dice que su madre también era divertida, muy alegre.

En el patio de Lyautey Hélène Lagonelle espera a su amiga. Sigue tumbada en el mismo banco frente al portal en la zona oscura del patio.

—¿Dónde estabas...?

—Con él.

Silencio. Hélène Lagonelle estaba inquieta. Siempre ese temor a ser abandonada. Todavía está asustada. Deshace las trenzas de la niña. Huele su cabello. Dice:

—Tampoco has ido al liceo.

—Nos quedamos en la garfonnière. Silencio. Hélène Lagonelle dice con deleite:

—Un día habrá una catástrofe... te echarán del liceo, de la pensión... de todas partes.

La niña dice que se siente feliz ante la idea de que un día eso sea posible.

—¿Y yo entonces?...

—A ti... nunca —dice la niña—, nunca te olvidaré...

Hélène Lagonelle dice que han llamado. Que era de esperar:

—Me han dicho que te dijera que vayas a ver a la vigilante de guardia. Que es urgente.

Es una mestiza china. Es amable, tan joven como nosotras.

La niña había ido a ver a la vigilante.

La vigilante está sonriente, es joven. Dice la niña:

—¿Quería verme?

—Sí...

—Usted sabe por qué vengo... por Hélène...

—Nos vimos obligados a avisar a su madre... Porque habían llamado del liceo... el subdirector...

La niña no se muestra sorprendida. Ríe. Dice que no había pensado en ello. Dice:

—No hacía falta avisarla, mi madre, lo sabe todo y le da igual. Debió de olvidar... Hace como si creyera en la disciplina pero es falso... Le importa todo un comino a mi madre...

La veo como una especie de reina, sabe... una reina... sin patria... de... cómo decirlo... de la pobreza... de la locura, sabe...

La joven vigilante ve que la niña llora sin saberlo. Dice:

—Conozco la historia de su madre. Es usted quien tiene razón. Es también una gran institutriz... La adoran en Indochina porque siente pasión por su profesión... Ha formado a miles de niños...

—¿Qué se dice de ella?

—Se dice que nunca ha abandonado a un niño antes de que sepa leer y escribir. Nunca. Que organizaba cursos nocturnos para los niños que ella sabía serían más tarde obreros, de los «manuales», ella decía: explotados. No los dejaba hasta estar segura de que eran capaces de leer un contrato de trabajo.

La niña dice que cuando esos alumnos vivían demasiado lejos para volver a su casa por la noche, ella les dejaba dormir en su casa encima de unas esteras en el salón, debajo del cobertizo. La niña dice que era maravilloso todos aquellos alumnos por todas partes en la casa...

La joven vigilante mira largo tiempo a la niña. Dice sin ningún miramiento:

—¿Es usted quien tiene un amante chino?...

—...Soy yo, sí.

Sonríen. La joven vigilante dice:

—Se sabe en todas las escuelas, los colegios. Es la primera vez que ocurre.

—¿Cómo es eso?...

—Creo que es por los chinos, los viejos chinos que no querían blancas para sus hijos, ni siquiera como amantes.

—Y en su caso ¿cómo se produjo?

—Era mi padre el blanco... un agente de aduanas... ¿Y el suyo?

—Docente. Profesor de matemáticas.

Ríen las dos como alumnas.

La vigilante dice:

—Su madre tiene que venir a ver a la directora. Si no tendré problemas. Me veo obligada a pedírselo...

La niña promete.

Es muy pronto por la mañana. La madre había tenido que viajar de noche con Thanh.

La madre atraviesa el patio vacío. Se dirige hacia el despacho donde el día anterior estaba la vigilante. Lleva sus viejas medias de algodón gris, sus viejos zapatos negros, su viejo cabello estirado debajo del casco colonial, ese enorme y viejo bolso que sus hijos le han visto desde siempre. Siempre ese luto por el padre que arrastra desde hace trece años —el *crêpe* negro por encima del casco blanco.

Una señora mayor, francesa también, recibe a la madre. Es la directora de Lyautey. Se conocen. Llegaron las dos a Indochina al principio de la escolarización de los niños indígenas, en 1905, con los primeros contingentes de docentes que fueron de la metrópolis. La madre habla de su hija:

—Es una niña que siempre ha sido muy libre, de lo contrario se escapa de todas partes. Yo misma, su madre, no puedo nada contra eso... Si quiero conservarla, tengo que dejarla libre.

Se tutean de pronto, se reconocen. Vienen del norte de Francia, de Pas-de-Calais. La madre habla de su vida.

—Tal vez no lo sepas pero mi pequeña trabaja bien en el liceo a pesar de ser tan libre. Lo que le pasó a mi hijo mayor es tan terrible, tan grave, lo sabes sin duda, todo se sabe aquí... los estudios de la pequeña es la única esperanza que me queda.

La directora había oído hablar de la niña en las reuniones de profesores del liceo Chasseloup-Laubat.

La madre había contado la muerte del padre, los estragos de la disentería protozoaria, el desastre de las familias sin padre, sus fallos, los suyos propios, su profundo desasosiego, su soledad.

La directora había llorado con la madre. Había dejado que la niña viviera en el internado como lo hubiera hecho en un hotel.

La madre salió del despacho de la directora. Había vuelto a atravesar el patio. La niña la había visto. La había mirado, no había ido hacia ella, avergonzada de su madre, había vuelto a subir al dormitorio, se había escondido y había llorado por esa madre impresentable de la que se avergonzaba. Su amor.

Es un pasillo del liceo. Lluve. Todos los alumnos están debajo del chamizo en el segundo patio. La niña está sola debajo del porche del pasillo que separa los dos patios. Es boicoteada. Elle quiere que así sea, estar allí en aquel lugar. Mira la lluvia en el gran patio vacío.

Se oye el ruido del recreo de los demás a lo lejos, al otro extremo del pasillo separado de ella para toda la vida, ella lo presiente. Sabe ya la niña que permanecerán separados unos de otros durante toda la vida, como ya lo están en el presente. No averigua por qué. Sólo sabe que es así.

Aquel día el coche del chino está delante del liceo. El chófer está solo. Baja y habla a la niña en francés:

—El joven amo ha vuelto a Sadec. Su padre está enfermo.

Dice que le ha ordenado que la acompañara al liceo y al internado durante su ausencia.

En Lyautey los jóvenes *boys* cantan en los patios. Y Hélène Lagonelle duerme.

Al día siguiente, en el mismo sitio de la calle del liceo el chófer ya no está solo. El joven amo está allí, en el coche. Es la hora de la salida del liceo. La niña se acerca a él. Sin una palabra, delante de los transeúntes, los alumnos, permanecen abrazados en un beso muy largo, olvidándolo todo.

El chino dice:

—Mi padre vivirá. Se ha negado, dice que preferiría verme muerto.

El chino ha bebido *shum*. La niña no entiende nada de lo que cuenta. La niña no se lo dice. Escucha bien. Ella ignoraba todo de las verdaderas razones de aquel viaje del chino, él le habla en el francés malo de los chinos de la colonia cuando han bebido *shum*. El dice:

—Le suplico. Le digo que él debe de haber vivido alguna vez un amor como éste durante su vida, que es imposible si no. Le pido casarme contigo durante un año y después enviarte a Francia. Porque no es posible para mí dejar ahora ya este amor tuyo.

La niña calla y luego pregunta dónde era esa conversación con el padre. El chino dice que era en la habitación del padre, en esa casa de Sadec. La niña pregunta dónde se encuentra el padre mientras hablan. El chino dice que el padre está ahora todo el día en una litera porque es muy anciano, noble y rico. Pero que él, antes, recibía a la gente en su despacho americano. Que él, el hijo de ese padre, casi todo el tiempo, se prosternaba mientras le escuchaba.

La niña tiene ganas de reír, pero no ríe.

El chino cuenta a la niña, siempre en un francés recurrente. Pero lo que oye la niña es la historia del padre a través de sus palabras, de sus respuestas. El chino cuenta:

—Le dije es demasiado nuevo, demasiado fuerte, le dije es demasiado espantoso para mí apartarte de mí así. Que él, mi padre, debe de saber qué es un amor como ése, tan considerable, que no vuelve a reproducirse nunca más en la vida, nunca.

El chino llora al decir estas palabras: nunca más en la vida nunca. Dice:

—Pero a mi padre, a él todo le importa un comino.

La niña pregunta si el padre conoció alguna vez un amor como el que él dice. El chino no lo sabe. Se lo piensa, intenta acordarse. Y al fin, dice que sin duda, sí. Era cuando era muy joven, esa joven de Cantón, estudiante ella también.

La niña pregunta si él le había hablado de ello. El chino dice:

—Nunca a nadie —y añade—, salvo a mi madre, pero al final de aquel amor. Era ella, mi madre, la que entonces había sufrido.

El chino calla.

La niña cierra los ojos, ve el río delante de la mansión de cerámica azul. Dice que había una escalera con peldaños que bajaban hasta el interior del río. El dice que los peldaños siguen allí para que las mujeres y los niños pobres se bañen y laven la ropa en las aguas del río, que los peldaños bajaban hasta desaparecer. Y que el padre se quedaba en una litera frente a esa escalera para ver a las mujeres desnudarse y entrar en las aguas del río y reír juntas. Y él también, su hijo, el pequeño chino, las había mirado con él cuando había llegado a la edad de ver esas cosas.

El chino dice que el padre le había dado una carta abierta destinada a la madre para que él la leyera. El la había leído y se la había devuelto al padre. Había dicho que había olvidado lo que esa carta decía a la madre. La niña no le había creído. La niña dice que sin duda nunca volvería a ver los peldaños y las mujeres que bajaban al río, pero que ahora, se acordaría toda la vida.

El chino se había acordado a su vez de lo que decía una segunda carta que él, el padre, le había escrito a él, su hijo, y que él, ese hijo, la había perdido y vuelto a encontrar y que él creía que se la había entregado después de la destinada a la madre. El chino la había sacado para leérsela a la niña:

«No puedo aceptar lo que me pides a mí, tu padre. Lo sabes. Después de ese año que me pides, es absolutamente imposible que la dejes. Y entonces pierdes a tu futura esposa y su dote. Imposible para ella quererte después de eso. De modo que conservo las fechas que fueron fijadas por las familias».

El chino sigue traduciendo la carta del padre:

«Conozco la situación de la madre de esa joven. Debes informarte para saber cuánto necesitaría ella para saldar las deudas de sus diques contra el océano. Conozco a esa mujer. Es respetable. Fue robada por los funcionarios del catastro de Camboya. Tiene un hijo malo. [Pausa.] La pequeña, nunca la he visto. No sabía que había una chica en esa familia».

La niña dice que no entiende nada de la carta del padre. Se contiene para no reír, luego ya no puede contenerse y ríe con todas sus fuerzas. Y el chino ríe también de repente.

El chino retoma la carta del padre de las manos de la niña y termina de leer:

«Sabré dentro de unos días la fecha de su partida. Debes ir a ver a la madre hoy mismo por el asunto del dinero. Después será demasiado tarde. Debes ser muy educado con ella. Muy respetuoso para que no se avergüence de recibir el dinero».

Cuando el chino llega a la casa de la madre ya hay dos chinos que esperan, sentados en el suelo apoyados en el muro. Son los dueños de La Fumerie du Mékong. Los tres chinos se reconocen.

El hijo mayor está sentado a la mesa del comedor. No parece entender qué ocurre, un poco como si durmiera. Tiene ya la palidez de los fumadores de opio; sus labios hundidos, de un rojo sangrante.

También está allí el hermano pequeño, Paulo. Está tumbado a lo largo de la pared del comedor. Es un adolescente guapo a la manera de un mestizo. El chino y él se sonríen. La sonrisa del hermano pequeño recuerda la de su joven hermana. Al lado del hermano pequeño hay otro hombre muy guapo, es el chófer de la madre, aquel a quien llaman Thanh. Se parece al hermano pequeño y a la hermana sin que pueda decirse cómo: tal vez el miedo en la mirada, muy pura, inocente.

La escena está inmóvil. Nadie se mueve. Nadie habla. Nadie dice buenos días.

Los tres chinos dicen muy sosegadamente unas frases.

Y luego callan.

El amante chino va hacia el hermano mayor y le explica:

—Dicen que van a denunciarle. Son los propietarios de La Fumerie du Mékong. Usted no les conoce. Sólo conoce a los gerentes que son empleados.

Ninguna respuesta del hermano mayor.

Llega la madre, sale de la ducha, va descalza, con un vestido largo, hecho por Do en un sampot, tiene el pelo mojado, suelto. El hermano pequeño sigue sentado apoyado en la pared, lejos del centro de la escena, interesado por lo que ocurre, al parecer, ese ir y venir de desconocidos por la casa.

El chino mira a la madre con una curiosidad apasionada.

Ella le sonríe. Es en la sonrisa donde ve el parecido con su hija. Esa sonrisa es también la del hermano pequeño.

La madre no le da importancia alguna a la presencia de un tercer chino en la casa, incluso tan *chic*, a la europea. Para ella, todos los chinos salen de los fumadores. Ella pregunta a su hijo mayor:

— Cu nto debes?

—Preg ntaselo. De todos modos son unos crápulas, mentir n.

La madre descubre a un chino a quien nunca ha visto:

— Es cierto, señor, lo que dice mi hijo?

El chino:

—Es cierto, señora —y añade sonriendo—: Perdone, pero no cederán... nunca... Le impedirán subir al barco... Si quiere uno deshacerse de ellos, vale más pagarles.

La madre descubre que «el tercer chino» no es un acreedor. Sonríe.

El chino habla con sus congéneres en chino. Salen de inmediato de la casa cuando reconocen al hijo del chino de la casa azul.

El hermano mayor pregunta al chino desconocido:

—Y usted,  a qué ha venido?

El chino se gira hacia la madre. Y le contesta a ella:

—Usted quiso verme, señora.

La madre busca a ver quién es.

— Qui n es usted?... No me acuerdo...

—Usted no se acuerda... Es a propósito de su hija...

El hermano mayor r e del chiste.

La madre pregunta:

— Qu  le ha pasado a mi hija?

El chino no baja los ojos. Sonríe a la madre. Hay en él aquel día una especie de feliz insolencia, de un aplomo que le viene de estar all , en aquella casa de blancos, por pobres que sean esos blancos, del interés que le manifiesta la madre, de la manera en que le sonríe, le mira. El contesta:

—Creía que usted lo sabía, me he convertido en su amante.

Silencio. La madre está sorprendida aunque moderadamente.

— Desde cuándo?...

—Dos meses. Usted lo sabía, ño?

Ella mira a su hijo. Dice:

—Sí y no... mire usted... en el punto en que estoy...

El hermano mayor:

—Todo el mundo lo sabe.  Qu  quiere?

—No quiero nada. Es usted, señora... usted envi  una carta a mi padre. Usted le dice que quería verme.

Ella mira a su hijo, le pregunta con la mirada. El hermano mayor dice:

—La escribí yo. Es una carta muy clara.  No le ha dicho su padre lo que queríamos?

El chino ignora al hijo. Se dirige a la madre:

—Mi padre no quiere saber de un matrimonio entre un hijo suyo y su hija, señora. Pero está dispuesto a darle el dinero que sea necesario para saldar sus deudas y abandonar Indochina.

El hermano mayor dice:

— Es porque está deshonrada por lo que su padre no quiere saber de matrimonio?

El chino mira al hermano en silencio y dice sonriendo:

—No sólo. También porque no es china.

La madre dice:

—Y porque es pobre...

El chino sonríe, como de un juego:

—Sí. Y un poco joven... un poco demasiado joven también... pero eso es menos grave.

En China los chinos aman también a las chicas muy jóvenes.

Silencio. Luego el chino dice por qué ha ido:

—Señora, mi padre me dice que est  dispuesto a pagar cierta cantidad de dinero para intentar reparar el daño que he hecho a su familia.

El hermano mayor:

— Cu nto?

El chino hace como si no lo hubiera oído. La madre está agobiada, de repente gime. El chino le sonríe. La madre dice:

—Pero, señor... decirlo así, señor,  c mo quiere que llegue a eso?  C mo quiere calcular una cosa así... la deshonra...?

—No debe calcular una cosa así, señora. Debe decir la cantidad que le gustaría tener.

La madre r e, el chino igual. Ella r e fuerte, dice:

—Todo, señor. M reme... parezco una mosquita muerta... pero tengo tantas deudas como un jefe de estado.

Ríen juntos con una simpatía evidente. El hermano mayor está solo.

El chino dice:

—Señora, nunca podr a por supuesto hacer que tuviera el equivalente de lo que usted hubiera tenido si su hija se hubiera convertido en mi esposa...

— Habr a sido cuánto...? Dígalo así, señor... por nada...

—No lo sé muy bien, señora. Habr a sido importante. Entre el mobiliario, el oro, los valores bancarios... Pero puedo pese a todo ayudarla —r e—, perdóneme.

La madre está enloquecida por el chino.

—Pero  c mo, señor?  C mo hacerlo...?

El chino sonriente:

—Puedo mentir. Robar a mi padre.

El hermano, de lejos, en voz casi baja, insulta.

—Canalla... [a su madre]. No te dejes enredar por ese canalla... se burla de ti, ño lo ves?...

Ni la madre ni el chino prestan atención al hermano mayor. La madre est  por entero volcada en descubrir al chino, el amante de su hija. Y es entonces cuando olvida sus dificultades, sus penas, cuando se pone a sonreír, a distraerse con su propio destino, para descubrir la parte exterior de su historia, la existencia de ese chino, de ese aire que tiene, burlón y dulce. Esa visita le encanta. La vida le encanta. Dice, como en un salón elegante:

—Señor...  entonces su padre no tiene a otro heredero que usted?...

—S . Pero soy el primogénito de la primera mujer de mi padre. La ley china quiere que yo sea el único heredero de la fortuna para evitar la dilapidación de la herencia.

La madre indaga, interesada por la ley:

—Ah, supe algo de eso... Sí, antes, s , sí... Es cierto lo que dice...  Usted no puede... burlar la ley... convencer a su padre de...?

El chino r e de buena gana.

—Eso... incluso sólo la idea hace reír, señora, perdóneme...

—Los viejos chinos son terribles, ño es así?

El chino sonríe, dice que en efecto son terribles, pero también muy generosos a veces...

Ella, la madre, le escuchar a mucho tiempo, a ese chino.

El dice:

—Podría matarle, tal vez, pero convencerle de que traicione la ley, no... Pero cuente conmigo, señora, de todos modos la ayudaré.

Se miran. Sonríen. El hermano mayor parece descorazonado. El chino se acerca a la madre. Le sonrío. Le habla, y eso delante de los demás a quienes no conoce. Ella escucha apasionadamente, la madre, como su hija, mira también como ella, muy fuerte. El chino dice:

—No robaré a mi padre, señora, no le mentiré. No le mataré. Le he contado historias porque tenía ganas de conocerla... por ella, por su hija. La verdad es que mi padre ha tenido sobre usted informes favorables y le hará llegar dinero por mediación mía. Tengo una carta de él en la que me lo promete. Es en el caso de que la cantidad no fuera suficiente cuando recurriría a lo que le decía... —sonrisa de la madre—. Pero, en ningún caso para mi padre será una cuestión de dinero, más bien de tiempo, banco... moral... ya sabe...

La madre dice que de eso está segura.

El deja de hablar. Se miran con emoción. Ella ve detrás de la sonrisa, encadenada a esa sonrisa, la desesperación apenas visible del heredero de Sadec.

—Si me casara con su hija, mi padre me desheredaría, y entonces es usted, señora, la que no querría que su hija se casara con un hombre pobre y chino.

La madre ríe.

—Guste o no, es cierto... señor... Eso también... eso es la vida... contradictoria...

Ríen juntos de la vida.

En el silencio que se crea, la madre dice muy bajo:

—¿Tanto quiere usted a esa niña?...

No oye respuesta alguna. En los labios, en los ojos del chino ella adivina la desesperación, el miedo. Ella dice bajito:

—Perdone...

La madre empieza a olvidar la historia del dinero. Es el interés de la madre por todo lo que ocurre por todas partes en su propia existencia —y en otra también— lo que remite al chino a la niña. Es más precisamente en el modo de escuchar de la madre en el que él reencuentra, como por reverberación, la curiosidad de la niña. La madre dice amablemente:

—Usted habla bien el francés, señor.

—Gracias, señora. Y usted, si me permite... es usted... adorable conmigo...

El hermano mayor grita:

—Ahora basta ya... Le haremos saber por la puta de mi hermana cuánto queremos.

El chino hace exactamente como si el hermano mayor no existiera en absoluto. De pronto se pone terrible, de tanta calma y tanta dulzura.

La madre igualmente, sin haberlo decidido, se queda allí, con el chino. Le pregunta:

—¿Sabe todo esto mi hija?

—Sí. Pero no sabe todavía que he venido a su casa.

—Y... según usted, ¿qué diría si lo supiera...?

—No lo sé, señora...

El chino sonrío. Dice:

—Primero se enfadaría... tal vez... y luego de pronto le daría igual... con tal de que usted, usted tenga el dinero —sonríe—. Es toda una reina su hija, señora.

La madre está iluminada, feliz, dice:

—Así es, es verdad lo que usted dice, señor.

Se despiden.

Es la *garçonnière*.

Es de noche.

El chino ha vuelto de Sadec.

La niña está acostada, no duerme.

Se miran sin hablarse. El chino se sienta en el sillón, no va hacia la niña. Dice: He bebido *shum*, estoy borracho.

Llora.

Ella se levanta, va hacia él, le desnuda, lo arrastra hasta el estanque. El se deja. Ella le ducha con el agua de lluvia. Le acaricia, le besa, le habla. El llora con los ojos cerrados, solo.

En la calle el cielo se ilumina, la noche ya deriva hacia el día. En la habitación, está todavía muy oscuro.

El dice:

—Antes de ti no sabía nada del sufrimiento... Creía que sabía, pero nada.

Repite: Nada.

Ella enjuga ligeramente su cuerpo con la toalla. Dice bajito, para sí misma:

—Así tendrás menos calor... Lo bueno sería no secarte en absoluto...

El llora muy suavemente sin quererlo. Entretanto insulta a la niña con mucho amor.

—Una pequeña blanca de cuatro cuartos encontrada por la calle... Esto es lo que es...

Debería de haber desconfiado. El calla y luego la mira y vuelve a empezar:

—Una putita, menos que nada...

Ella se gira para reír. El la ve y ríe también con ella.

Ella le enjabona. Le ducha. El se deja. Los papeles se han invertido.

A ella le gusta hacer eso. Así, ella le protege. Le lleva hacia la cama, él no sabe nada, no dice nada, hace lo que quiere ella. Eso le gusta a ella. Le acuesta a su lado. Se desliza debajo de su cuerpo, se cubre con su cuerpo. Se queda allí, inmóvil, feliz. El dice:

—Ya no puedo hacerte mía. Creía poder todavía. Ya no puedo.

Luego se adormece. Luego vuelve a hablar. Dice:

—Estoy muerto. Estoy desesperado. Tal vez nunca vuelva a hacer el amor. Nunca más pueda.

Ella le mira muy cerca. Lo desea muy fuerte. Sonríe:

—¿Lo querrías eso, no hacer ya el amor?

—En este momento, sí, querría... para guardar todo el amor por ti incluso después de que te vayas y para siempre.

Ella le coge la cara. La estrecha entre sus manos. El llora. Esa cara tiembla a veces, los ojos se cierran y la boca se crispa. El no la mira. Ella dice con dulzura:

—Me has olvidado.

—Es el dolor al que quiero. Ya no te quiero a ti. Es mi cuerpo, ya no quiere saber de la que se va.

—Sí. Cuando hablas, lo entiendo todo.

El abre los ojos. Mira el rostro de la niña. Luego mira su cuerpo. Dice:

—No tienes siquiera pechos...

Coge la mano de la niña y la deja encima del sexo de ella.

—Háztelo tú. Para mí. Para yo ver tu pensamiento.

Ella lo hace. Se miran mientras lo hace. El la llama pequeña mía, niña mía, luego en un flujo de palabras dice cosas en chino, de ira y de desesperación.

Ella le llama. Ha apoyado su boca en la suya y le llama: Especie de chinito de cuatro cuartos, pequeño criminal...

Se separan el uno del otro. Se miran. El dice:

—Es verdad, a veces tengo incluso ganas de matar a mi padre.

Dice también:

—Nada más ocurrirá en mi vida sino este amor por ti.

Están inmóviles en la cama abrazados aunque separados el uno del otro por los ojos cerrados de él, su silencio.

Ella baja de la cama. Se pasea por la *garçonnière*. Se aleja de él, cerca de la segunda puerta, ésa «para escaparse», se esconde de él. Tiene miedo. Se detiene. No mira, se encuentra otra vez en esa especie de miedo que ha empezado hace unos días y que no consigue superar. De que la mate *ese desconocido* del viaje a Long-Hai.

Le habla mientras pasea. Dice:

—No debes arrepentirte. Recuerda, me habías dicho que me iría de todas partes, que nunca sería fiel a nadie.

El dice que incluso eso le da igual ahora. Que todo ha ido más allá —dice. La expresión le gusta a la niña pero no entiende muy bien qué quiere decir con eso. ¿Más allá de qué? Le pregunta. El dice que él tampoco sabe más allá de qué. Que a pesar de todo la dice porque es la expresión verdadera.

Ella se había quedado mirándole, llamándole, hablándole. Y luego se había dormido en el peldaño de la puerta. Entonces él había olvidado todo el horror de su vida «feliz», había ido a buscarla a la otra puerta, la había arrojado encima de la cama y había ido a su encuentro y había hablado y hablado, en chino, y ella, ella dormía y él al final se había dormido él también.

El río. Lejos. Sus meandros entre los arrozales. Ocupa el lugar de los amantes.

Por encima del río, la noche relativa. El cielo blanco de la aparición del día.

Duermen.

Una vez, en sueños, aquella noche, ella había llamado a su hermano pequeño por su nombre. El chino la había oído decirlo. Al despertar se lo había dicho. Ella no había contestado. Había vuelto al peldaño de la puerta. Había vuelto a dormirse.

Duermen. De nuevo ella llama al hermano pequeño abandonado.

El chino se despierta.

Sentada en el peldaño de la otra puerta, apoyada en ella, ella le mira. Está desnuda. Le reconoce mal. Le mira con todas sus fuerzas. Dice:

—Llega el día. Voy a irme con tu coche a Sadec para ver a mi madre. Añoro a Paulo.

El no ha oído. Dice aún más:

—Estoy de acuerdo con tu padre. No quiero quedarme contigo. Quiero irme, estar con mi hermano pequeño.

Lo ha oído. Contesta desde el fondo del sueño.

—Puedes decir lo que quieras, me da igual. —Añade—: No sirve de nada mentir.

El no se mueve. Ella permanece lejos de él. El se ha despertado.

Se miran. Ella deja la puerta, se acerca a la fuente. Se levanta, va a tumbarse debajo de la ducha del estanque.

Ella le habla, le dice que le quiere para siempre jamás. Cree que le querrá toda la vida. Que a él le ocurrirá lo mismo. Que se han perdido los dos para siempre.

El no contesta. Como si no lo hubiera oído.

Entonces ella se pone a cantar en vietnamita. Y entonces, él ríe... ríe... Entonces, ella también ríe.

El ha cogido su viejo neceser del opio. Ha vuelto a acostarse. Fuma. Está tranquilo. Ella sigue escondida en el suelo, ahora con los ojos cerrados, tumbada en el estanque. Es él quien, por primera vez, habla de su historia.

Dice:

—Es verdad... es en el transbordador... cuando pensé eso de ti. Me dije que no te quedarías nunca con ningún hombre.

—¿Nunca... ninguno?

—Nunca.

Silencio.

—¿Por qué has pensado eso?

—Porque en cuanto me miraste te deseé.

Ella tiene los ojos cerrados. El no sabe si es verdad que duerme. La mira. No, no duerme: ha abierto los ojos. El fuma opio delante de ella, es la primera vez. Ella le dice:

—Es la primera vez que fumas delante de mí.

—Es cuando me siento triste. Con el opio, puedo soportarlo todo. Todo el mundo fuma aquí, incluso los culis que tiran de los cochecillos.

—Las mujeres también, lo sé.

—En los ambientes ricos sí... Mi madre fumaba. Nosotros sabemos fumar. Forma parte de nuestra civilización. Los blancos no saben nada de eso, verles fumar opio nos da risa... y después embrutecerse...

Ríe.

Silencio.

Ríen los dos.

La niña le mira. Reencuentra al «desconocido del transbordador».

—Es como una profesión que tuvieras eso de no hacer nada, de tener mujeres, fumar opio. Ir a los clubs, a la piscina... a París... a Nueva York, a Florida...

—No hacer nada es una profesión. Es muy difícil.

—Tal vez sea difícil...

—Tal vez.

Ella se acerca a él. El le acaricia el cabello, la mira, la descubre una vez más. Pregunta:

—¿No has conocido a tu padre?

—Tengo dos imágenes de él. Una en Hanoi, una en Pnom-Penh. Si no, no. El día de su muerte, sí, me acuerdo. Mi madre que lloraba que aullaba... Dime una vez más... Para ser rico, para no hacer nada y soportarlo... hay que tener dinero ¿y qué más?...

—Ser chino —sonríe—, jugar a cartas también. Yo juego mucho. Cuando el chófer dice que he salido, quiere decir que estoy jugando, muchas veces con gamberros en la orilla de los raes por la noche. Sin juego no podríamos aguantar.

Ella ha vuelto hacia él. Está en el sillón de mimbre cerca del estanque.

—El primer día creí que eras... no un ricachón, no, un hombre rico, y también un hombre que hacía mucho el amor y que tenía miedo. De qué, no lo sabía. Todavía no lo sé. No sé muy bien decir eso... miedo a la vez de la muerte... y también miedo de vivir, de vivir una vida que va a morir un día, de saberlo todo el tiempo... Miedo también de no amar tal vez... de nunca olvidar que... no sé decir eso...

—No quieres decirlo...

—Es verdad, no quiero decirlo.

Silencio.

—Nadie sabe decir eso.

—Es verdad.

—Según tú, ¿tengo ese miedo y no lo sé?

Silencio. La niña se lo piensa.

—No. No sabes hasta qué punto tienes miedo...

Silencio. Ella le mira como si acabara de conocerle. Dice:

—Quiero acordarme de ti todo entero, siempre. —Añade—: De ti que no sabes nada de ti... Cuando eras pequeño estuviste enfermo y tú ni siquiera lo sabes...

Ella le mira, le coge el rostro entre las manos, le mira, le cierra los ojos y mira una vez más.

El dice:

—Veo tus ojos detrás de mis párpados.

—Sé un poco lo que dices de mí. ¿Cómo sabes eso?

—Por mi hermano pequeño... En su espalda se ve una huella parecida a la tuya... un poco curva... Está en el dibujo de la columna vertebral, debajo de la piel.

—Mi madre dijo: es raquitismo. Me llevó a ver un gran médico de Tokio.

Ella se acerca a él, se inclina, besa su mano.

—Preferiría que no me quisieras.

—No te quiero. [Pausa.] ¿Eso es lo que quieres?

Ella sonrío, se estremece de pronto, sigue el juego, pregunta:

—Sería una idea que tú te harías... en ese caso...

—Tal vez.

—Es terrible oír... las palabras, reconocer la voz que dice esas palabras...

El la coge entre sus brazos, la besa una y otra vez.

Dice:

—¿Y es lo que tú quieres?

—Sí.

Dice el chino:

—Intenta a ver una vez más por qué tengo miedo...

—¿Es tal vez una idea que tú te harías... de quererme, o algo así?

—Tal vez.

—Porque, si no... si se da todo, ¿es como la muerte?...

Ella no se encuentra respuesta. Continúa.

—Ser como yo, quieres decir... vivir como yo, ¿es como la muerte?...

Ella grita bajito:

—...Esta conversación... va siendo finalmente muy aburrida...

Silencio. El insiste una vez más:

—Una sola pregunta querría hacerte.

Ella no quiere. Dice que no sabe contestar a la gente. Pregunta:

—¿Nunca te has acostado con otra blanca que yo?

—En París naturalmente. Aquí, no.

—¿Es imposible aquí tener blancas?

—Completamente imposible. Pero hay prostitutas francesas.

—¿Es caro?

—Muy caro.

—¿Cuánto?

Mirada del chino sobre ella. Ella ríe, de verle, mucho.

El miente de pronto. Dice:

—Ya no lo sé. ¿Mil piastras?

Ríe con ella.

—Me gustaría que dijeras una sola vez: «He venido a tu casa para que me des dinero».

Lentitud. Ella busca por qué. No puede mentir. No puede decirlo. Dice:

—No. Eso es después. Pero en el transbordador no era por el dinero. En absoluto. Tanto, que era como si eso no existiera.

El «vuelve a ver» el transbordador. Dice:

—Dilo como si fuera verdad.

Ella lo dice como él quiere:

—En el transbordador te vi como cubierto de oro, en un coche negro de oro, con zapatos de oro. Creo que es por eso por lo que te deseé mucho, y en seguida, en el transbordador, pero no sólo por eso, lo sé también. Pero tal vez era el oro lo que deseaba a pesar de todo sin que lo supiera.

El chino ríe. Dice:

—El oro era yo también...

—No lo sé. No hagas caso de lo que digo. No estoy acostumbrada a hablar así.

—Hago caso de todos modos. Pero no a lo que dices. A ti, a cómo hablas.

Ella le coge la mano, mira, besa la mano. Dice:

—Para mí, eran tus manos... —Se corrige—: Era lo que yo creía. Las veía quitarme el vestido, ponerme desnuda delante de ti que me mirabas.

Silencio. El lo sabía. Lo sabe. Mira a otra parte. Sonríe. El juego se vuelve violento de repente. El grita como si la golpeará:

—¿Quieres el anillo?

La niña grita. Lloro. Grita. No coge el anillo.

Largo silencio.

Entonces el chino había sabido que ella había querido el anillo para dárselo a su madre tanto como había querido su mano sobre su cuerpo, que ella debía de saberlo tan sólo ahora con esa pregunta acerca del anillo. El dice:

—Olvídalo.

—Lo he olvidado. Nunca querría una cosa así, un diamante. Nunca se consigue vender un diamante cuando se es pobre. Con sólo mirarnos ellos se creen que lo hemos robado.

—¿Quiénes «ellos»?

—Los diamantistas chinos y de otras razas también. Pero sobre todo los chinos. Mi madre conoció a una joven pobre, un hombre le había dado un diamante, ella había intentado durante dos años venderlo, nada que hacer. Entonces devolvió el diamante al hombre que se lo había dado y él le dio dinero, pero muy poco. Era lo mismo, el hombre creía que el diamante que ella le devolvía era otro diamante que el que él le había dado, que ese nuevo diamante no valía nada y que ella se lo había robado a otro hombre. Mi madre me dijo que nunca aceptara un diamante, sólo dinero.

El chino la coge en sus brazos. Dice:

—Así que tú, ¿tú tienes pinta de pobre?

Silencio. Ella pregunta:

—¿Es caro un anillo así?

—Muy caro.

—¿Muy muy caro o muy caro?

—No lo sé.

Miran el anillo ajeno. Y luego dice el chino:

—Vale tal vez decenas de miles de piastras... Lo que sé es que el anillo era de mi madre. Estaba en el lote de su boda. Mi padre lo hizo montar para mí después de su muerte en un gran joyero de París. El joyero fue a buscar el diamante a Manchuria. Volvió a Manchuria para entregar el anillo.

Ella dice:

—¿Te das cuenta?

El no habla, la deja. La quiere. Ella ríe de repente, fuerte. Dice:

—Es verdad que no se puede enviar por correo un diamante en un paquetito muy pequeñito...

Ríe. Estalla de risa. Dice que ve el diamante sólito en un gran camión blindado. Dice que un diamante es intransportable, que incluso «enorme» es pequeñito —y ríe—, un garbanzo a lo sumo.

El siempre se siente feliz cuando ella ríe. De risa fácil como yo a su edad, dice la madre. El dice:

—Sé que el diamante no lo viste enseguida.

—Sí, lo había visto, pero aparte de ti. A la fuerza. Sabía de todas maneras que era un diamante. Lo sentí, encontraba que olía bien como tú... el incienso, la seda, el agua de colonia. Para mí ni se me ocurrió, para llevarlo yo quiero decir. Creo que se es pobre de nacimiento. Incluso si soy rica un día me quedaré con una maldita mentalidad de pobre, toda la vida tendré aspecto de serlo. Como mi madre. Ella tiene pinta de pobre pero ella, hasta un punto, es increíble.

A él no le parece. Para él ella tiene pinta de campesina —es guapa como una campesina guapa.

Ella le mira una vez más muy fuerte. Dice:

—Pero tú, tú tienes pinta de rico. ¿Tu novia de qué tiene pinta?

—De nada en especial. De rica. Como yo.

La niña coge la mano que lleva el diamante. Mira el anillo, el diamante. Baja los ojos.

El la mira, a ella. Dice:

—Repite lo que me dijiste hace un rato.

Ella repite:

—Te deseé en seguida... muy aprisa muy fuerte en aquel momento... es verdad.

—¿Tanto como a tu hermano pequeño?...

Ella se lo piensa. Dice:

—¿Cómo decir eso?... Mi hermano pequeño es también mi hijo...

—Tu hermano pequeño no te ha tenido nunca.

—No. Era yo la que lo tenía con mis manos.

Siguen abrazados. El dice que él quiere ya al hermano pequeño, con amor.

Encienden palitos de incienso. Cantan. Hablan. La niña acaricia el cuerpo de su amante.

Dice:

—Tú también tienes la piel de la lluvia.

—Tu hermano pequeño también.

—Sí, también, somos tres en tener la piel de la lluvia.

Las noches se vuelven extenuantes. El calor aumenta cada vez más. La gente va a dormir en la orilla de los *arroyos*. Se ve a lo lejos los muelles de las Messageries Maritimes. Ellos también van allí. El chino conduce a veces el coche. Entonces el chófer y la niña tienen miedo.

El chino retiene a la niña junto a él, siempre, en todas partes.

Dice:

—Te quiero también como a mi hija, igual.

La *garçonnière*.

La niña anuncia al chino que la repatriación del hermano mayor que la madre había pedido ha sido finalmente confirmada.

—¿Para cuándo?

—Para pronto. No sé nada preciso.

—Sabía por mi padre que tu hermano estaba en la lista de las próximas salidas.

—Lo sabe todo tu padre...

—Sí. Todo lo que os concierne, lo sabe también.

—¿Todo, realmente?...

—Sí.

—¿Cómo lo hace?...

—Paga. Compra. Incluso cuando no debe nada en absoluto, saca piastras... es muy cómico.

—Es asqueroso... a la larga...

—Sin duda. Me da igual... Cuando no vale la pena en absoluto, saca piastras... Está en la sangre...

Ella llora. El le coge el rostro. Ella se estremece. Dice:

—He ido contigo para que me des dinero, incluso si no lo sé.

El se la acerca aún más. Ese miedo suyo ha ido en aumento. Dice:

—Tengo algo que decirte... es un poco difícil decirlo... Voy a darte dinero para tu madre. De parte de mi padre. Ella ha sido avisada.

Es como si la niña no lo hubiese oído. Luego se desprende violentamente —la niña no sabe nada de la visita que le hizo el chino a la madre. Dice:

—Es imposible, mi madre no sabe siquiera que usted existe.

El usted ha vuelto, muy brutal. El no contesta.

Ella duda de repente, con lágrimas en los ojos. Le mira como a un criminal. Dice:

—Usted ha sido informado sobre mi familia.

El chino se enfrenta a la niña. Dice:

—Sí. Fui a Sadec a ver a tu madre a petición de mi padre. Para hablarle. Informarme sobre la pobreza de vuestra familia.

El está muy dolido y lleno de amor por ella. Dice:

—Es verdad que ya no tienen nada. La única cosa que aún les quedaba por vender eras tú. Y no quieren comprarte. Tu hermano mayor había escrito a mi padre. Tu madre intentaba encontrarse conmigo. Mi padre me pidió que la viera. La vi.

La niña se yergue. Se aparta aún más de él: él se convierte en aquél que ha visto la madre en un estado miserable, en la obscenidad de la desgracia. Ella dice:

—¿Cómo se ha atrevido usted?...

El chino es prudente, muy dulce:

—Ella lo sabe todo desde el inicio de nuestra historia. Al principio le horrorizaba la idea del matrimonio de su hija con un chino. Luego confió en ese matrimonio. Hablamos mucho tiempo. Lo que yo quería era que ella ya no confiara en ese matrimonio. En absoluto. Que borrara esa idea para siempre. Le recordé la ley china. Le hablé de mi padre que preferiría que yo muriera antes que traicionar la ley.

La niña llora. Dice —vuelve a tutearlo—:

—Yo podría haberle dicho que era la que no quería ese matrimonio contigo... nunca... de ninguna manera, que me daba igual el matrimonio... todo eso... Le habría humillado menos.

—Humillada no lo fue, te lo juro. Incluso reímos juntos...

—¿De qué?

—De la ley china. Y de mi padre.

—Le gusta reír a mi madre... Sí, le ha quedado eso...

—Sí. Le dije que sabía por mi padre de la partida de su hija. Le pregunté cuánto necesitaba para esa partida. Me dijo: Doscientas cincuenta piastras.

El chino y la niña ríen. Luego la niña llora mientras sonrío. Y luego el chino deja de reír, mira a la niña, dice:

—Ella da ganas de quererte, tu madre, de querer a su hija.

La niña habla como una persona mayor de repente:

—Hay que darle mucho... Hay gastos en un barco para viajar en buenas condiciones... El viaje está pagado pero eso no es todo... Sólo la ropa de invierno... La pensión, la inscripción en la escuela de electricidad, los cursos Violet.

El va a buscar su chaqueta cerca de la ducha, coge un sobre de un bolsillo encima de la mesa, dice:

—¿Cuánto sería para ahora mismo?... He traído quinientas piastras.

—¿Quinientas piastras para ahora mismo...? De acuerdo... ¿por qué no?

El deja el sobre encima de la mesa.

Ella se desnuda. Se quita el vestido de un solo gesto, por arriba. El aún no puede ver ese gesto sin emocionarse. Dice:

—¿Qué haces?

Ella dice que va a ducharse de nuevo. Añade que finalmente se alegra por la madre. Dice que le dará el sobre a Thanh para que él lo esconda, y que sea el único en saber dónde. Dárselo directamente a la madre, dice que no puede hacer eso porque la totalidad del dinero le sería robado por el hermano mayor a las pocas horas. Y la madre sería desgraciada.

Dice el chino:

—¿Robado por su hijo o dado por ella a su hijo?

—Eso es, da lo mismo.

—Thanh guardará el dinero, ¿me lo juras?...

—Te lo juro.

La niña se ha duchado. Vuelve a vestirse. Dice que va a volver a la pensión.

—¿Por qué?

—Quiero estar sola.

—No. Te quedas conmigo. Iremos a los bares en la orilla de los *arroyos*, beberemos *shum*, comeremos *nem-nuongs*. Allí están los mejores, las mujeres los hacen ellas mismas y el *shum* viene del campo.

—¿Y después podré volver a la pensión?

—No.

Ella ríe. Dice:

—Volveré igual. Después.

El ríe con ella. Los pequeños bares en la orilla de los *arroyos*, el *shum* y los *nems* del campo, nadie puede resistirse a ellos. Tampoco al puerto, por la noche.

Siguen hacia las Messageries en el puerto de embarque marítimo. Se la ha llevado junto a él en el asiento. Intenta besarla. Ella se resiste, luego se deja besar.

El está en pleno amor por la niña delgada, casi sin pechos, imprevisible, cruel.

Se detienen frente a un barco a punto de zarpar.

Hay un *dancing* abierto en la plataforma delantera de ese barco.

Las mujeres blancas bailan con los oficiales. No van maquilladas. Mujeres hechas al trabajo duro, parece, honradas.

Los bailarines no hablan entre sí —como si un reglamento lo prohibiera. Las mujeres sobre todo están serias, son profesionales del baile, sonrían como las monjas, en un contento general, por principio. Llevan vestidos claros, discretamente floreados. La niña mira esas cosas con una especie de fascinación. Cuando alcanzan ese lado del puerto, ella se separa del chino y mira el baile exangüe en la cubierta.

El chino se resiste a ese desvío en su paseo. Pero termina siempre por ir adonde va la niña.

La niña había ignorado mucho tiempo el porqué de esa fascinación, tanto como la había ignorado el chino. Y luego un día ella se acordó: había reencontrado la imagen intacta del baile exangüe y sin palabras de las parejas en la cubierta como ya integrada en un libro que todavía no había abordado pero que había debido de estar a punto de serlo cada mañana, cada día de su vida y eso durante años y años y que reclamaba ser escrito —hasta ese momento preciso de la memoria clara una vez alcanzada en la selva del escrito por venir.¹⁰

Atraviesan toda la extensión de la ciudad insomne, abrumada por el calor de la noche. No hay viento alguno. Ella duerme. El chino escucha cantar al chófer un canto de Manchuria, salvaje y dulce, aullante y murmurado.

El la lleva a la cama.
Apaga la luz.
Fuma el opio en la penumbra de la habitación.
Una música llega como cada noche, cantos chinos, lejos. Y luego tarde por la noche, muy bajo llegan los trenes del tal Duke Ellington que atraviesan la calle, las puertas de las habitaciones. Y luego a continuación otra vez más tarde y más bajo y más solo, ese Vals Desesperado del inicio de la historia de amor.

El Edén Cinema de Saigón.
El chófer delante del liceo.
Espera hasta que se cierren las puertas.
La niña no sale.
El se va. Baja por la Rué Catinat.
Ve a la niña con un joven blanco que debe de ser su hermano y un joven indígena muy guapo, vestido como el hermano. Salen los tres del Edén Cinema.
El chófer vuelve a arrancar hacia Cholen para avisar a su amo.
El chino espera en la *garçonnière*.
El chófer cuenta lo del Edén-Cinéma.
El chino le dice que la niña va muchas veces al cine, que ella se lo había dicho, que los jóvenes que están con ella son Thanh, el chófer de su madre, y su hermano pequeño, Paulo.

Van a reunirse con ellos.

La niña sale del cine con Thanh y su hermano pequeño. Va directa al coche negro, se muestra muy natural. Sonríe al chino, dice:
—Mi familia ha llegado de Vinh-Long... hemos ido al cine con Thanh y Paulo. Les he dicho que tú les invitarías al restaurante de Cholen.
Ríe. El se pone a reír a su vez. Desaparece el miedo. El hermano pequeño y Thanh saludan al chino. El hermano pequeño no parece reconocer al chino, pero también le saluda. Mira al chino como lo haría un niño, no entiende por qué el chino le mira tanto. Ha olvidado haberlo visto ya en las calles de Sadec. Thanh, en cambio, le ha reconocido.
La niña dice que cree que no le ha gustado la película, *El ángel azul*, pero que no es seguro, que todavía no lo sabe muy bien.

¹⁰ Se trata de *Emily L*.

Dice también que la madre y el hermano mayor llegan en el B12.¹¹

El hermano mayor no saluda al chino. La madre sí, le sonrío, buenos días señor. ¿Cómo está usted?...

El chino se muestra emocionado de volver a ver a esa mujer al lado de su hija.

El hermano pequeño, el hermano mayor y la madre suben al B12.

El chino dice sonriendo:

—Cuando están ellos ahí tú no me quieres.

Ella le coge la mano, la besa. Dice:

—No puedo saberlo. He querido que los vieras una vez en tu vida. Es verdad, tal vez, que su presencia me impide verte a ti.

El restaurante chino.

Ese restaurante es aquél al que habían ido la niña y el chino la primera noche de su historia. Es el sitio sin música. El ruido de la sala central no es ensordecedor.

Llega el camarero, pregunta si desean un aperitivo.

Ha tomado nota del pedido. Tres Martel Perrier y una botella de alcohol de arroz.

No tienen nada que decirse. Nadie habla. Reina el silencio. Nadie se sorprende por ello, nadie está molesto.

Llegan las consumiciones. Reina el silencio general. Nadie le presta atención ni ellos ni la niña. Es así.

Hay de repente, por el contrario, como un gusto por la vida, por jugar a eso: vivir.

El hermano mayor pide un segundo Martel Perrier. La madre no toca el suyo, se lo da a su hijo mayor. Nadie se extraña de esa maniobra materna.

Pedido general de los platos. Pato lacado. Sopas chinas de aletas de tiburón, *crêpes* de pasta de gambas. Los únicos criterios de la familia son los «platos recomendados de la casa». Los más caros, claro.

La madre lee el menú, grita bajito: «*Oh, la la*, qué caro es». Nadie contesta.

Y luego la madre, bien educada, convencional, hace un intento de hablar con el chino:

—Parece que ha hecho usted estudios en París, señor.

La madre y el chino se sonríen, burlones. Podría creerse que se conocen bien. El chino toma el tono de la madre para contestar:

—Es decir... por decirlo así, no, señora...

—Como nosotros entonces —dice el hermano mayor.

Silencio.

El hermano mayor ríe. Paulo y Thanh ríen también.

El chino, al hermano mayor:

—¿No hace nada usted tampoco?

—Sí: la desgracia de la familia, algo es algo.

El chino ríe con naturalidad. Todo el mundo ríe, la madre también, feliz de tener un hijo tan «agudo». Y Paulo y Thanh también.

El chino pregunta:

—¿Es difícil...?

—Digamos... que no le está dado a todo el mundo.

El chino insiste:

—¿Qué hay que tener ante todo para eso?

—Maldad. Pero de la muy pura, sabe usted... un verdadero diamante...

Nadie ríe, salvo el chino y la madre.

¹¹ El B12 no es la «ruina» de *Un dique contra el Pacífico*. Aquí, está escacharrado, sí, pero no petardea, no ahuma las calles de los puestos avanzados de la selva, no es objeto de curiosidad.

La niña, en cambio, les mira a ellos, a su madre y a su amante, los recién llegados a su historia, a la de la niña.

El hermano mayor dice en voz alta a su madre:

—No está mal el tipo ése, se defiende.

Llegan los platos, cada uno se sirve. El chino propone a la madre servirla.

Comen todos en silencio. Comen «exageradamente». Comen «igual» los cuatro, incluso la niña.

El chino ve la mirada de la niña sobre ellos, los de esa familia, mirada de amor y de alegría sobre ellos finalmente afuera, fuera de la casa de Sadec, del puesto, por fin sueltos en las calles, expuestos a todas las miradas, relamiéndose con lichis en almíbar.

La madre sonrío a la vida. Habla. Dice:

—Da gusto verles comer.

La madre habla «por hablar». Para no decir nada. Feliz. Dice cualquier cosa. Son las dos de la misma manera habladoras, hasta el infinito. Infinitamente parlanchinas son. Extasiado, el chino la mira, a ella, y a la niña, a ella y su parecido con la niña. La madre dice:

—Es un buen restaurante, este restaurante. Deberíamos de anotar la dirección.

Nadie ríe. Ni el chino. Ni Thanh. Ni el hermano mayor.

El chino coge la pluma, escribe la dirección en un menú que entrega a la madre. La madre dice:

—Gracias, señor. Encuentro que es un restaurante muy bueno, sabe usted, tan bueno como los de la selva que pasan por ser los mejores de Indochina porque no son en absoluto «deshonestos» a la francesa.

Todos devoran. El chino que no comía se pone a devorar él también. Ha pedido él también gambas a la plancha y las devora. Por lo cual los demás piden más gambas a la plancha y las devoran igual. Al final nadie hace esfuerzo alguno por hablar. Miran con pasión cómo se hace el servicio, eso les interesa. Esperan todo el tiempo «lo que viene después». Con la ayuda del alcohol de arroz están contentos. Beben. La madre también, dice que adora eso, el shumsbum. Tiene veinte años. Cuando llegan los postres la madre se ha adormilado. Los niños comen los postres, todavía exageradamente. El hermano mayor bebe esta vez un whisky, los demás no. El chino bebe más que el hermano pequeño. La joven bebe del vaso del chino. La madre ya no sabe muy bien lo que bebe, ríe sola, feliz aquella noche como las demás personas.

En el centro del mundo el chino mira a la niña embarcada en una felicidad que él no le ha dado, él, su amante.

De repente el hermano mayor se levanta. Tiene la voz de un amo. Se dirige a todos. Dice:

—Bueno, esto no es todo... ¿Qué ocurre ahora?

La madre se despierta sobresaltada. Lo que hace reír por última vez a toda la mesa, incluso Thanh. Pregunta qué pasa...

El hermano mayor dice riendo que van todos a La Cascade.

Anda, rápido...

La madre dice riendo al igual que su hijo:

—Estamos de fiesta... entonces... puestos a seguir... es verdad... la vida es hermosa...

La niña, el chino y Thanh y Paulo y todo el mundo está contento. Irán todos a La Cascade.

El chino, discretamente, en un chino «muy puro» ha pedido la cuenta. Se la traen en un platillo. El chino coge billetes de diez piastras y deja ocho en el platillo. El silencio cae encima del importe. La madre y el hermano mayor se miran. Todos calculan mentalmente el importe que debió de pagar el chino, deduciendo las piastras que quedan

en el platillo. La niña sabe lo que ocurre y empieza a reír de nuevo. La madre está al borde del ataque de risa ante la enormidad del importe. Grita en voz baja: «Setenta y siete piastras», y la risa la sofoca, «oh, la la» y le da el ataque inextinguible de los niños.

Salen del restaurante. Caminan hacia los coches.

La niña y el chino ríen.

El chino dice a la niña:

—Son niños... incluso el hermano mayor.

—Son los niños más importantes de mi vida. Los más divertidos también. Los más locos. Los más terribles. Pero, aun así, los que más me hacen reír. A mi hermano mayor, a veces olvido, no puedo creer del todo en lo que hace, salvo cuando tengo miedo de que mate a Paulo. Cuando está en el fumadero toda la noche, a mí me da igual que se muera, me da igual incluso si un día se muere.

La niña pregunta si en las familias, cuando no hay padre, las cosas son distintas.

El chino dice que es igual. Dice:

—En las familias con padre también, incluso cuando el padre es el más poderoso, el más terrible, se deja embarcar en las maldades y las burlas de sus hijos.

La niña de repente se contiene para no llorar. Dice que había olvidado que era la última vez, tal vez para toda la vida, que Pierre iba a Saigón.

Es el chino quien le dice la fecha de partida del hermano, la hora, el número del muelle.

La niña dice que la brutalidad del hermano mayor hacia Paulo era cada vez más frecuente y ello sin pretexto alguno —decía: En cuanto le veo tengo ganas de matarle. Que ya no podía contenerse golpearle, insultarle. Thanh lo había dicho a la madre, que si no se iba a Francia, el hermano pequeño moriría de desesperación o sería asesinado por él, Pierre, su hermano. Incluso él, Thanh, tenía miedo, y por la madre también. ¿Por la hermana pequeña? pregunta el chino. Ella dice: Yo, no.

Una vez el chino había preguntado a Thanh qué pensaba él de eso, Thanh le había dicho: No, ella no, ella no corre ningún riesgo.

La niña se acerca al chino. Para decirlo oculta el rostro con su mano:

—Lo que a pesar de todo hace que le queramos es eso... Es que no sabe que es un criminal nato. Que no lo sabrá nunca, incluso si alguna vez matara a Paulo.

Hablan de Paulo. El lo encuentra muy guapo, a Thanh también, dice que parecen hermanos, Thanh y Paulo.

Ella no escucha. Dice:

—Después de La Cascade iremos a buscar el dinero. Me iré con ellos al Hotel Charner. Siempre que mi madre viene a Saigón, duermo allí, con ella, como cuando era pequeña, hablamos...

—¿De qué?

—De la vida —sonríe—, de su muerte —sonríe—, como tú en Manchuria con tu madre después de la chica de Cantón.

—Debe de saber muchas cosas, tu madre.

No, dice la niña, no, todo lo contrario, a fuerza, ya no sabe nada. Lo sabe todo. Y nada. Es entre los dos cuando sabe todavía muchas cosas, no se sabe qué, ni ella ni nosotros, sus hijos. En el norte de Francia tal vez conozca todavía los nombres de los pueblos como Fruges, Bonnières, Douvens y también de las ciudades, Dunquerque, el de su primer puesto de institutriz y primer matrimonio con un inspector de enseñanza primaria.

La Cascade está situada por encima de un riachuelo alimentado por manantiales —en un parque salvaje en la periferia de Saigón. Están todos en la plataforma del *dancing* por

encima de los manantiales, en el frescor. Todavía no hay nadie salvo dos mestizas detrás de la barra, chicas de alterne a la espera de clientes. En cuanto entra un cliente, ponen discos. Un joven vietnamita se acerca a tomar el pedido. Todo el personal va vestido de blanco.

El chino y la joven bailan juntos.

El hermano mayor los mira. Se ríe sarcástico, se burla.

Vuelve la maldición. Está allí, en su risa obscena, forzada.

El chino pregunta a la niña:

—¿Qué es lo que le hace reír?

—Que baile contigo.

La niña y el chino se ponen a reír a su vez. Y luego todo cambia. La risa del hermano mayor se vuelve una risa falsa, mordaz. Dice, grita:

—Disculpen, es nervioso. No puedo evitarlo... sois tan... pegáis tan poco... no puedo evitar reírme.

El chino suelta a la niña. Atraviesa la pista de baile. Avanza hacia el hermano mayor sentado a la mesa junto a la madre. Se acerca mucho a él. Le mira rasgo a rasgo como si estuviera apasionadamente interesado.

Al hermano mayor le entra miedo.

Entonces el chino dice muy calmada, suavemente, sonriendo:

—Perdóneme, le conozco poco, pero usted me intriga... ¿Por qué se esfuerza usted por reír?... ¿Qué espera?...

El hermano mayor tiene miedo:

—No busco nada pero... para pelearme... siempre estoy dispuesto...

El chino ríe de buena gana:

—...Hice kung-fu. Aviso siempre antes.

A la madre también le entra miedo. Grita:

—No le haga caso, señor, está borracho...

El hermano mayor tiene cada vez más miedo.

—¿No tengo derecho a reír o qué?

El chino ríe:

—No.

—¿Qué tiene esa risa que le disguste? Dígalo...

El chino busca la palabra. No la encuentra, esa palabra. Dice que esa palabra tal vez no exista. Luego la encuentra:

—Falsa, es falsa. Esta es la palabra: falsa. Usted es el único en creer que ríe. Pero no.

El hermano pequeño se levanta, va al bar, invita a una mestiza a bailar. No oye al chino que habla con Pierre.

El hermano mayor permanece de pie junto a su silla sin acercarse al chino. Vuelve a sentarse y dice bajito:

—Por quién se tomará ese tipo...

El chino sigue bailando con la niña.

Bailan.

El baile se acaba.

El hermano mayor va al bar. Pide un Martel Perrier.

El hermano mayor se sienta lejos del chino. El chino se sienta cerca de la madre que todavía tiene miedo. Ella le pregunta, temblorosa:

—¿Es cierto que ha hecho lucha china, señor?

El chino ríe. Dice:

—Oh no... De ninguna manera... nunca, señora, nunca. No puede imaginar hasta qué punto no he hecho eso... Todo lo contrario, señora...

La madre sonrío y dice:

—Gracias, señor, gracias...

Añade:

—¿Es verdad que todos los ricos la hacen en China?

El chino no sabe. Ya no escucha a la madre. Mira al hijo mayor, fascinado. Dice:

—Es curioso cómo a su hijo dan ganas de pegarle... Perdóneme...

La madre se acerca al chino, dice bajito que ella lo sabe, que es una auténtica desgracia.

Añade:

—Mi hija debió de decirle... Perdónele, señor, perdóneme a mí sobre todo, he educado mal a mis hijos, yo soy la más castigada.

La madre. Mira hacia el bar, dice que va a llevárselo de vuelta al hotel, que está borracho.

El chino sonrío. Dice:

—Yo soy quien se excusa, señora... No tendría que haberle contestado... pero me ha resultado difícil de repente. No se vaya por eso...

—Gracias, señor. Lo que usted dice, lo sé, es un crío que atrae los golpes.

—Malo tal vez, ¿no?

La madre duda. Y luego dice:

—Tal vez, sí... pero sobre todo cruel, sabe usted... Sobre todo eso, esa cosa, tan terrible... la crueldad, ese placer que siente de hacer daño, es tan misterioso, y también cómo sabe hacerlo, el conocimiento que tiene de eso: del mal.

La madre se vuelve pensativa. Dice:

—En francés a eso se llama el conocimiento del diablo.

El chino dice:

—En chino decimos: conocimiento de los demonios, de los genios malignos.

—Todo eso se parece mucho, señor.

—Estoy de acuerdo, señora.

Entonces el chino mira largo tiempo a la madre y a ella le entra miedo. Pregunta qué ocurre. El chino dice:

—Quisiera que me dijera la verdad, señora, sobre su hija... ¿La ha pegado su hijo alguna vez...?

La madre gime bajito, asustada. Pero el hijo mayor no ha oído. La madre duda, mira largo tiempo al chino. Contesta:

—No, yo, señor, porque él, yo tenía miedo de que la matara.

El chino sonrío a la madre.

—¿Siguiendo sus órdenes, las de él, las de su hijo mayor?

—...Como quiera... Pero no es tan sencillo... Por amor hacia él, para agradarle... para de vez en cuando darle la razón... sabe usted...

La madre llora. De lejos el hijo se ha dado cuenta de algo. Avanza hacia ellos. Se detiene cuando el chino se pone a mirarle. La madre no presta atención. Le pregunta bajito al chino si «la niña» le ha hablado de eso...

El chino dice que no, nunca, que lo ha adivinado allí, esa noche, que ya lo sospechaba por una especie de miedo infantil que no abandonaba a la niña —una especie de temor constante, de desconfianza... de todo, de las tormentas, de la oscuridad, de los mendigos, del mar... de los chinos —sonrío a la madre—, de mí, de todo.

La madre llora bajito. El chino se ha puesto a mirar al hijo con evidente objetividad, mira la belleza del rostro, el esmero en el vestir, la elegancia. Aun sin dejarle con la mirada pregunta a la madre qué palabra empleaba el hijo. Dice que era la palabra

«amaestrar» de amaestramiento pero sobre todo la palabra «perdida», que si ellos, ella y él, no hicieran nada, la pequeña se perdería... que él estaba seguro, que ella hubiera «ido» con todos los hombres...

—¿Usted le creyó, señora...?

—Todavía lo creo, señor.

Ella le mira.

—¿Y usted, señor...?

—Señora, lo creo desde el primer día. En cuanto la vi en el transbordador y me puse a quererla.

Se sonríen entre lágrimas. El chino dice:

—Incluso perdida la hubiera querido toda la vida.

Pregunta también:

—¿Hasta cuándo duraron los golpes...?

—Hasta el día en que Paulo nos vio a los tres, mi hijo y yo encerrados con mi hija en el cuarto. No lo soportó. Se arrojó sobre él.

La madre añade:

—Fue cuando más miedo tuve en mi vida.

El chino pregunta bajito en un soplo:

—Tenía miedo ¿por cuál de sus dos hijos, señora?

La madre mira al chino, se levanta para irse luego vuelve a sentarse. El chino dice:

—Le pido perdón.

La madre continúa, dice:

—Debería de saberlo, señor, incluso el amor de un perro es sagrado. Y tenemos ese derecho, tan sagrado como el de vivir, de no tener que rendir cuentas a nadie.

El chino baja los ojos y llora. Dice que nunca lo olvidará: «Incluso un perro»...

La niña baila con Thanh. Le habla bajito:

—Dentro de un rato te daré quinientas piastras para la madre. No se las darás a la madre. Primero, las esconderás y cuidado con Pierre cuando lo hagas.

Thanh dice que sabe dónde y cómo.

—Incluso si me mata, no diré lo de las quinientas piastras. Desde que fuma todo el tiempo, soy más fuerte que él.

Mientras baila Thanh husmea el cabello de la niña, la besa como cuando están solos. Nadie hace caso, ni la familia ni el chino. El chino mira a la niña bailar con Thanh, exento de celos. Ha vuelto al lugar ilimitado de la separación con la niña, perdido, inconsolable. La madre ve su dolor. Le dice, adorable:

—Mi hija le hace sufrir mucho, señor.

El hijo mayor ha permanecido allí donde estaba, a un lado de la pista. Ve que el peligro se aleja, que el chino se distrae y dice, en voz alta:

—Chino de mierda.

El chino sonrío a la madre.

—Sí, señora, me hace sufrir más allá de mis fuerzas.

La madre, ebria, adorable, llora por el chino.

—Debe de ser terrible, señor, le creo... Pero qué amable es usted de hablarme a mí, de mi hija, con esta sinceridad... Hablaríamos noches enteras, usted y yo, ¿no le parece?...

—Sí, señora, es verdad. Hablaríamos de ella y de usted. [Pausa.] Su hijo decía pues que era por su bien que la pegaba, ¿y él se lo creía según usted?

—Sí, señor. Sé que es extraño pero es verdad. Y eso puedo jurarlo.

El chino toma la mano de la madre, la besa. Dice:

—Es posible que él también haya visto que ella corría un peligro...

La madre está deslumbrada y llora. Dice:

—La vida es terrible, señor, si usted supiera...

La niña y Thanh han dejado de bailar. La niña dice:

—En el sobre hay otro paquete aparte con doscientas piastras que es para ti.

Thanh está sorprendido:

—¿De él?...

—De él, sí. No intentes entenderlo.

Thanh calla. Y luego dice:

—Lo guardaré. Para mí más tarde... volver al Siam.

El chino ha ido a sentarse a una mesa. Sin duda para estar solo. Está solo en la ciudad, en la vida también. Con, en el corazón, el amor de esa niña que se irá, se alejará para siempre de él, de su cuerpo. Un duelo terrible habita el chino. Y la niña blanca lo sabe.

Ella le mira y, por primera vez, descubre que la soledad siempre estuvo allí, entre ella y él, que ella, esa soledad, china, ella la conservaba, era como su país alrededor de él. Al igual que ella era el lugar de sus cuerpos, de su amor.

La niña ya presentía que esa historia era tal vez la de un amor.

El hermano menor va a bailar con la joven mestiza del bar. Thanh también mira a Paulo bailar con una gracia milagrosa. Paulo nunca ha aprendido a bailar. La niña lo dice a Thanh quien todavía no lo sabía.

Sólo la madre y el hermano mayor están apartados en el conjunto de la escena. Cada uno por su lado mira bailar a Paulo.¹²

El hermano pequeño vuelve de bailar. Invita a su hermana. Siempre han bailado juntos, es maravilloso verlo: el hermano pequeño baila como durmiendo, sin siquiera saber que baila, diríase. No mira a su hermana y su hermano tampoco le mira a él. Bailan juntos sin saber cómo se baila. Nunca más bailarán así en toda su vida. Príncipes cuando bailan esos dos, dice la madre. A veces ríen con una risa muy suya, maliciosa, inimitable, nadie puede saber por qué. No dicen ni una palabra, sólo con mirarse ríen. Y a su alrededor se les mira con alegría. Ellos, allá, no lo saben.

El chino llora al verles. Dice bajito la palabra: adoración.

La madre ha oído. Dice que sí, que es eso... que es la palabra entre esos dos niños.

Se oye la voz del hermano mayor. Se dirige a la madre.

—Paulo debería evitar exhibirse así en público, baila como una rata... Hay que detener eso... que se entere...

Nadie parece haber oído, salvo, pero no es seguro, ella, la niña.

El hermano pequeño y su hermana han acabado de bailar. Ella vuelve al encuentro del chino solo a su mesa. Quiere bailar con él. Bailan.

Ella dice:

—Tuve miedo hace un rato.

—¿De que lo mate?

¹² En caso de película, todo ocurriría así mediante la mirada. El encadenamiento sería la mirada. Los que miran son mirados a su vez por otros. La cámara anula la reciprocidad: no filma sino la gente, es decir la soledad de cada uno (aquí, bailan cada uno a su vez). Los planos de conjunto, aquí, no valen la pena porque el conjunto, aquí, no existe. Se trata de gente sola, de «soledades» al azar. La pasión es el encadenamiento de la película.

—Sí.

La niña vuelve a sonreír al chino. Dice:

—Es imposible que entiendas.

—Entiendo un poco.

—Tal vez tengas razón, que nunca te querré. Lo digo ahora. No digo nada más. Ahora, esta noche, no te quiero y nunca te querré.

El chino no contesta nada.

La niña dice aún:

—Habría preferido que no me quisieras. Que hicieras como de costumbre con las demás mujeres, igual. Era eso lo que yo quería. No valía la pena quererme, además.

Silencio.

—Nos iremos todos, incluso Paulo. Salvo Thanh. Estarás solo con tu mujer en la casa azul.

El dice que lo sabe tan fuerte como es posible saberlo.

Siguen bailando.

El momento queda encubierto.

Dejan de bailar.

—Quisiera que bailaras con una de las chicas del *dancing*. Para verte yo una vez, con otra.

El chino duda. Luego va a invitar a la más guapa de las chicas de alterne, la que ha bailado con Paulo.

Es un tango.

La niña está apoyada en la balaustrada del *dancing*, frente a ellos: él, ese hombre del transbordador en seda clara, esa elegancia ágil, estiva, aquí sobrante, desplazada. Humillada.

Ella mira.

El está perdido en el dolor. El de saber que no tiene suficiente fuerza para robarla a la ley. De saber que nada cambiará, también eso lo sabe, al igual que sabe de sí mismo que nunca matará a su padre, que nunca le robará, que nunca llevará a la niña en barcos, trenes, para esconderse con ella, lejos, muy lejos. De la misma manera que conoce la ley, se conoce a sí mismo frente a esa ley.

El chino vuelve de bailar.

La niña habla del dinero, del horror de eso sin lo cual nada puede hacerse, ni quedarse ni irse. Dice:

—Lo que hay son las deudas. Es verdad que tú, eso, no puedes saberlo... Vuelve loca a la gente. Los salarios de mi madre sirven para eso ante todo, para pagar los intereses de las deudas. Este es el gasto mayor. Para pagar los arrozales muertos, incultivables, robados, que no pueden siquiera regalarse a los pobres.

El chino dice:

—Quiero hablarte de tu hermano Pierre. La semana pasada, le vi delante de un fumadero del río. Me pidió cien piastras. Se las di. Creo que seguirá drogándose hasta la muerte y también que hará cosas terribles. Lo hará todo, lo peor lo hará.

El chino dice aún:

—Lo peor será en Francia cuando se quede sin opio. Entonces tomará cocaína y entonces será muy desgraciado. Es realmente necesario que tu madre quite a Paulo de su lado y muy rápido... Tú también, puede prostituirte y lo haría sin dudar para comprar droga. De ti, de ti todavía tiene miedo... pero no por mucho tiempo. Para mí es como si vivierais con un asesino.

La niña cuenta:

—Ya intentó prostituirme. Era un médico de Saigón que estaba de paso en Sadec. Thanh lo supo por el propio médico... Thanh quería matarlo.

La niña deja de bailar. Pregunta al chino:

—Dar cien piastras ¿lo habrías hecho con cualquiera?...

—Sí.

La niña ríe. Dice:

—¿Por qué?

—No lo sé muy bien. Tal vez para que fuera más soportable para tu madre. Pero no. Es porque me gusta el opio. Es eso, nada más. Le entiendo.

—Hemos pensado todos en matarle, incluso mi madre. Cien piastras es el precio que yo valía para él. Era también el precio que él había pedido al médico de paso...

Silencio. El sonrío. Pregunta:

—¿No te gustaba?...

—No. Antes que tú era Thanh quien me gustaba.

El chino lo sabía.

Dice que se va, que va a jugar a cartas a Cholen. Que el chófer volverá a La Cascade para buscarla e ir a la *garçonnière* a buscar el dinero. Ella dice:

—Le daré esta noche el dinero a Thanh. El se lo dará a mi madre en Sadec.

Fin del baile. El chino va a saludar a la madre. Olvida pagar, luego se acuerda: va a dejar cien piastras en el platillo colocado con este fin encima de la mesa que era la de ellos. El camarero coge el dinero, va en busca de cambio, vuelve, pone la moneda en el platillo. El chino se ha ido, ha olvidado la moneda.

Entonces, lentamente el hermano mayor se levanta y va al bar. Luego vuelve hacia el platillo, deja deslizar su mano por encima de la mesa.

Sólo la niña y Thanh han visto cuando el hermano mayor ha cogido el dinero. Ríen. No hablan de ello. Ríen. A veces la niña y Thanh ríen al ver al hermano mayor robar dinero. Ya está: lo puso en su bolsillo.

Aquella noche él estaba asustado por el camarero que había ido a la mesa a buscar la propina y que gritaba contra los clientes que «olvidaban el servicio». En cuanto el hermano mayor lo había visto, había salido a esperar a los demás en el B12, declarando que él se iba. La niña lo había olvidado: el hermano mayor es miedoso. Ella todavía tiene miedo. Thanh también tiene miedo por el hermano mayor.

El hermano menor sigue bailando como si tal cosa, no ha visto la escena.

El hermano mayor vuelve y grita: Anda, vamos, vámonos de esta *boîte* espantosa. Enloquece, ordena a su hermano pequeño que salga inmediatamente. La niña se interpone entre los dos hermanos. Le dice que él esperará a que termine el baile.

El hermano mayor espera.

La madre está borracha. Ríe de todo, del robo del dinero por su hijo, del miedo de su hijo, de su enloquecimiento como si se tratara de una comedia muy cómica, muy chispeante, muy deportiva, que conoce de memoria y que la llena de gusto —como lo haría la inconsecuencia de una niña.

El hermano mayor se va de nuevo al patio de La Cascade.

Alguien en La Cascade va a avisar: el *dancing* va a cerrar. Cesa la música. Cierra el bar.

La niña dice a Thanh:

—Somos realmente una familia de gamberros.

Thanh dice que no importa, ríe.

La niña dice a Thanh que va con él a buscar el dinero a la *garçonnière*, que se encontrarán en la Rué Lyautey hacia las zanjas de la prostitución de Alice. El sabe

dónde está. Se acuerda de la historia que le ha contado la niña, la de Alice y de los desconocidos en coche que se detienen allí donde ella les dice.

La niña hablaba de todo con Thanh, salvo de la historia con el chino de Sadec. Y ella, de Thanh, sólo hablaba con ese mismo chino de Sadec.

Todo el mundo ha salido del *dancing*.

La limusina está encendida en el interior, como una cárcel.

Está vacía. El chófer espera a la niña.

El hermano mayor se ha dormido en el B12.

La familia entera mira y no entiende dónde se ha metido el chino. Salvo Thanh y la niña que se mueren de risa.

La madre y el hijo mayor suben a los asientos traseros del B12.

El hermano menor se sienta cerca de Thanh como siempre.

La puerta del León Bollée ha sido abierta por el chófer.

La niña sube detrás.

La familia mira, asombrada. Espera todavía al chino, luego renuncia a comprender cuando ve a la hermana pequeña irse solita en el León Bollée.

Ella ríe. El chófer también.

El chófer dice en francés:

—Mi amo ha dicho: vamos a Cholen.

El chófer se detiene delante de la *garçonnière*. Va a abrir la puerta. La joven baja, entra despacio en la *garçonnière*. Hace como si alguien estuviera durmiendo, vuelve a cerrar la puerta igual. Mira: nadie. Es la primera vez. Se toma su tiempo.

Un sobre de formato grande está encima de la mesa, entreabierto.

No lo coge en seguida. Se sienta en el sillón cerca de la mesa. Permanece así, encerrada con el dinero.

Afuera el chófer ha apagado el motor del León Bollée.

El silencio es casi total, salvo los perros que siempre gritan a lo lejos, hacia los *racs*. En el gran sobre, hay dos más, el de la madre y el de Thanh. Los fajos llevan todavía las grapas del banco. La niña no los saca de los sobres, por el contrario los empuja hacia el fondo del gran sobre amarillo que lo contiene todo.

Permanece todavía allí. En el sillón está la bata negra del amante, fúnebre, aterradora. Aquel lugar ha sido ya abandonado para siempre. Ella llora. Siempre sentada. Está a solas con el dinero, se conmueve consigo misma ante el dinero que consiguió sacar. Con la madre han hecho eso: han sacado: dinero. Suavemente, bajito, ella llora. De inteligencia. De indecible tristeza. Ningún dolor, no, nada de eso. Coge su cartera. Pone el sobre en la cartera. Se levanta. Apaga la luz. Sale.

Nos quedamos allí donde estaba ella.

La luz se apaga en la *garçonnière*.

Oímos la llave en la cerradura. Luego el motor del León Bollée. Luego su alejamiento, su disolución en la ciudad.

La pensión Lyautey.

El patio está vacío.

Como todas las noches, hacia los refectorios, los jóvenes boys cantan y juegan a cartas.

La niña se quita los zapatos, sube al dormitorio. Las ventanas están abiertas hacia el lado de la calle detrás de la pensión.

Algunas jóvenes están en las ventanas para mirar la prostitución de Alice que se entrega en la zanja de esa calle, no iluminada. Con las internas están también las vigilantes que

miran. Es una de las últimas calles de Saigón, la del internado de las jóvenes mestizas abandonadas por su padre de raza blanca.¹³

La niña se acerca y mira la calle. La gesticulación de un hombre encima de una mujer. El hombre y las mujeres van vestidos de blanco.

La prostitución ha tenido lugar. Alice y su amante se levantan.

Hélène Lagonelle está entre las jóvenes que miran.

La niña va a acostarse. Hélène Lagonelle y las demás jóvenes van también a acostarse.

Vuelve Alice. Atraviesa el dormitorio, apaga la luz, se acuesta.

La niña se levanta. Atraviesa el pasillo, el patio, sale. Va hasta la calle de su cita con Thanh.

Llama muy bajito el nombre cantado de Thanh.

La niña y Thanh.

De detrás de la pensión sale Thanh de la sombra. Ella va hacia él. Se abrazan. Sin una palabra. Ella dice que tiene el dinero.

Van a buscar el B12 detrás de la pensión.

Ella va detrás, se tumba. Se miran. El sabe.

No dice nada, va hacia el jardín zoológico. No hay nadie. Detiene el coche cerca de la valla, detrás del parque de las fieras. Ella dice:

—Antes venía aquí solita el jueves. Y luego después vine contigo.

Se miran. Thanh dice:

—Eres su amante.

—Sí... ¿Tú esperabas que no?

—Sí.

El pequeño chófer gime. Habla en vietnamita. Ya no la mira. Ella dice:

—Ven, Thanh.

—No.

—Lo queremos desde siempre tú y yo... Ven... no debes tener miedo... Ven conmigo, Thanh.

—No. No quiero. Eres mi hermana.

El va. Se besan, se husmean. Lloran. Se duermen sin haberse poseído.

La niña despierta. Es todavía noche oscura. Llama a Thanh, le dice que hay que ir al hotel Charner antes de que amanezca.

Ella vuelve a caer en el sueño.

Thanh la mira dormir largo tiempo y luego va en dirección del hotel Charner.

Hotel Charner. La habitación.

El hermano pequeño está allí. Duerme.

Thanh desdobra la segunda cama. Se acuesta encima del somier.

Hablan de la madre, bajito. El ha hablado con la madre de Pierre. Cuenta a la niña:

—La semana pasada, Pierre ha vuelto a robar a la gente de La Fumerie du Mékong. Ella me dijo que si no les devolvía el dinero él iría a la cárcel. La idea de la cárcel es terrible para ella. Incluso si él se va pronto a Francia, ella será quien deberá pagar el fumadero. Se acabará cuando se vaya. Tiene que guardar el dinero para eso también, devolver el dinero al fumadero. No sé cómo no se vuelve loca, la madre.

La niña dice:

¹³ En el gran arrozal de Camau, el final de la ciénaga de Cochinchina, los funcionarios blancos estaban forzosamente obligados a estar sin su esposa debido al paludismo y a la peste que seguían en estado endémico en el Valle de los Pájaros recientemente ganado al mar.

—Se vuelve loca. Lo sabes.

—Sí. Lo sé.

La niña dice aún:

—Sí. No digas nada a la madre de este dinero. Se lo dejaría robar a Pierre esa misma noche.

—Sé todo eso. Iré a pagar yo mismo el fumadero. Después pondré el resto en el escondite.

Silencio. La niña mira a Thanh. Le dice:

—Toda mi vida te desearé.

Ella entrega el gran sobre con el dinero a Thanh quien lo envuelve en un pequeño pañuelo con nudos, lo ata a su cinturón, aprieta los nudos del pañuelo. Después dice:

—Que intente cogerlo.

La niña dice:

—Incluso a mí no debes decirme dónde has escondido el dinero.

Thanh dice que incluso a Paulo que no tiene memoria, no lo dirá.

La niña mira a Thanh que se duerme.

Cuando iban al dique en el B12, Thanh cantaba para adormecer a la niña. Y decía: Para ahuyentar el miedo de los demonios, ahuyentar el miedo de la selva, el de los tigres también, de los piratas y de todas las demás calamidades de las fronteras asiáticas de Camboya.

Thanh se duerme. La niña acaricia el cuerpo de Thanh. Piensa en la selva del Siam y llora.

Entonces Thanh deja hacer a la niña, él canta todavía para ella —ella llora, le pregunta por qué la rechaza. El ríe. Dice que lleva en él el miedo de matar a los hombres y mujeres de piel blanca, que debe ser cauteloso consigo mismo.

Es de nuevo Cholen.

A veces el chófer llega solo a la *garçonnière*. Y a veces el chino todavía no está allí. Llega no se sabe de dónde, el chino, como un visitante, para visitar a la niña.

La *garçonnière* casi nunca está cerrada incluso de noche. El chino no cierra. Dice que los vecinos se conocen. Muchas veces, antes de ella, hacían fiestas juntos, con los vecinos de la calle y también con los de otras calles. Después, él la había conocido y las fiestas habían desaparecido. La niña había preguntado si él añoraba aquellas fiestas. El había dicho que no lo sabía.

Una noche, una de las últimas noches, el coche negro no está en la calle del liceo. Ella tiene mucho miedo. Va a Cholen en un carrito tirado por un chino. El está allí. Solo. Duerme. Está en una posición muy joven, acurrucado en su sueño. Ella sabe que él no duerme. Le mira largo tiempo sin acercarse. El hace como si despertara. Le sonrío. La mira largo tiempo sin decir palabra. Y luego extiende los brazos y ella va y él la acuesta junto a su cuerpo. Y luego la suelta. Dice que no puede. Es después de eso cuando la idea de la separación entra en la habitación y permanece allí, como un hedor, como para salir huyendo.

El dice que su cuerpo ya no quería saber de la que partía y la que abandonaba ese cuerpo a su propia solitaria suerte y para siempre. Siempre.

El no hablaba del dolor. Lo dejaba hacer. Decía que su cuerpo se había puesto a amar ese dolor y que éste había reemplazado el cuerpo de la niña.

Era algo que había quedado oscuro para ella. El lo explicaba mal.

Podría haberse dicho, sí, que él la había amado hasta el punto de perder la vida. Y que ahora ya no amaba sino el conocimiento estéril de ese amor, el que hacía sufrir.

Pero cada noche el chófer esperaba a la niña en el León Bollée.

El la coge entre sus brazos. Pregunta si no hay una hora a la que cierre la puerta de la pensión. Ella dice que sí —por supuesto— pero que se puede pasar por la puerta del guarda. Dice:

—Nos conoce. Y si no oye, vamos detrás de las cocinas, llamamos a un *boy* y nos abre la puerta igual.

El sonríe, dice:

—¿Os conocen a todas las *boys*?

—Sí. Entramos, salimos cuando queremos. Somos como hermanos y hermanas. Con ellos hablo en anamita, no ven la diferencia.

La ira se apodera de la niña, parece de repente y apenas contenida. Dice:

—Si me obligaran a volver todas las noches, mi madre lo sabe, cogería a mi hermano pequeño y a Thanh y me escaparía a Prey-Nop. Al dique.

El chino pregunta dónde está exactamente. Ella dice que da igual que él lo sepa. El repite:

—Al dique. Con Paulo y Thanh. Ella dice que es como el paraíso.

Ella dice que sí, que es eso, el paraíso.¹⁴

El pregunta:

—¿Te sucede no volver en absoluto a la pensión?

—No. Salvo cuando viene mi madre, te lo dije, voy con ella al hotel Charner. Al cine es raro cuando estoy sola. Mi hermano pequeño viene muchas veces con Thanh, vamos juntos.

—¿A veces ibas sola con Thanh al dique?

—A veces a menudo. Para las siembras o para pagar a los obreros, después de las lluvias.

Ella cuenta que dormían juntos en el mismo camastro, que ella era aún demasiado pequeña para que él la poseyera. Que jugaban a eso, a sufrir por no poder. A llorar por ese deseo —añade—: Después se dedicó a la política, y me amó.

El chino ya no interviene. La deja hablar. La mira. Ella sabe: no es a ella a quien mira sino a las primeras filas del Edén Cinema donde van todas las noches las jóvenes mestizas que se han escapado de los dormitorios de Lyautey.

Ella dice:

—Con Hélène voy pocas veces al cine, ella se aburre, no entiende nada de cine. Lo que pasa, entiendes, es que nosotros no pagamos nada en el Edén. Antes, cuando mi madre estaba en Saigón a la espera de su nombramiento a un puesto, tocaba el piano en el Edén. Por eso ahora la dirección nos deja entrar gratis... Olvido, voy también con mi profesor de matemáticas al cine.

—¿Por qué con él?

—Porque me lo pide. Es joven. Se aburre en Saigón.

—¿Te gusta...?

La niña, dudosa:

—A medias...

¹⁴ Este sueño duró años después de la partida de la niña: volver a ver PreyNop, la pista de Ream. De noche. La carretera de Kampot también hasta el mar. Y los bailes de la cantina del puerto de Ream y los bailes, *Noches de China*, *Ramona*, con los jóvenes extranjeros que hacían contrabando por la costa.

—¿Y Thanh?

Parece pensárselo. Dice:

—Cómo decirlo... Me gusta mil veces más que el profesor de matemáticas. Mucho, mucho me gusta. Tú lo sabes.

—Sí.

—¿Por qué me preguntas entonces...?

—Para sufrir por ti.

Ella se muestra dulce de repente. Dice que le gusta mucho hablar de Thanh.

El dice que él también quiere mucho a Thanh, que es imposible no quererle.

Ella dice también que un día Thanh volverá a su pueblo en la montaña de la Cadena del Elefante que está hacia Siam. Estará muy cerca de las tierras del dique.

Van hacia el *arroyo* de las Messageries Maritimes donde van cada noche desde el gran calor.

El chófer se detiene delante de una especie de barra cubierta de hierbajos. Beben *shum*.

El chino mira a la niña, la adora, le dice:

—Te adoro, no hay nada que hacer —sonríe—, incluso con el sufrimiento.

El chófer bebe con ellos. En esos sitios beben *shum* los tres, ríen juntos salvo que nunca, por sí mismo, el chófer le habla a la niña.

Ella mira al chino, quiere decirle algo. El lo sabe:

—¿Qué pasa?

Ella dice que aquella noche quisiera volver a la pensión.

—Por Hélène —dice— sin que me espere, y si no voy, ella se pone triste. No duerme.

El chino la mira:

—No es verdad.

—Tienes razón, no es verdad en absoluto.

Ella dice:

—Lo que es verdad es que tengo ganas de estar sola, por una vez. Para pensar en ti y en mí. En lo que ha ocurrido.

—Y también en nada.

—Sí, y también en nada.

—En lo que pasará contigo, no, estoy seguro de que nunca piensas en eso, en lo que pasará contigo.

—Nunca, es verdad.

El dice que lo sabía.

Ella sonrío a su amante, lo reencuentra, se esconde junto a su cuerpo. Dice:

—Con nuestra historia, creo que mi vida ha empezado. La primera de mi vida.

El chino acaricia el cabello de la niña. Dice:

—¿Cómo lo sabes...?

—Por eso, porque a veces tengo ganas de morir, de sufrir, tengo ganas de estar sola, sin tí, para amarte y sufrir por tí y pensar en las cosas que haré.

Levanta los ojos hacia él y dice:

—Como tú también tienes ganas de estar solo.

—Sí —añade—, es cuando duermes por la noche cuando yo te deajo.

Ella ríe. Dice:

—Yo también es por la noche pero tú, yo creía que era cuando hablabas en chino.

Ella desvía el rostro. Cuenta:

—El mes pasado creí que esperaba un hijo. Se me atrasaba la regla casi una semana. Al principio tuve miedo, se tiene miedo no se sabe bien por qué, y luego cuando volvió la sangre... me supo mal...

Calla. El la estrecha contra él. Ella se estremece. No llora. Siente frío por haber dicho eso.

—Había empezado a imaginar cómo sería. Lo vi. Era una especie de chino como tú. Estabas ahí conmigo, jugabas con sus manos.

El no dice nada. Ella pregunta si su padre hubiera cedido en el caso de ese hijo.

El chino calla.

Luego contesta. Dice que no, que hubiera sido dramático pero que no hubiera cedido.

La niña lo mira llorar. Ella llora a su vez ocultándose a él. Ella dice que volverán a verse, que, si no, no es posible... El no contesta.

La niña atraviesa el gran patio de la pensión Lyautey.

En el fondo del pasillo hacia las cocinas, la lámpara de los boys está encendida. El *boy* que canta es el del pasodoble. Esa noche canta una canción que ella, la niña, no conoce de memoria, la que Thanh cantaba al alba al salir de la selva, antes de Kampot.

A la niña le gustaban aquellas travesías del gran patio de la pensión Lyautey, los cobertizos, los dormitorios, también el miedo en plena noche le gustaba. Y el deseo de los jóvenes boys por las chicas blancas que volvían tarde por la noche, también le gustaba de la misma manera.

En la cama al lado de la suya, Héléne Lagonelle duerme.

La niña no la despierta. Ella también, la niña, en cuanto cierra los ojos, cae igualmente en el sueño común, vertiginoso, de los niños.

La *garçonnière*.

Están en la cama, el uno junto al otro. No se miran. El dolor del chino es terrible. Para la niña el miedo de Long-Hai empieza a producirse casi todas las noches en la *garçonnière*. El miedo de morir por ello.

Esa noche es de Héléne Lagonelle de quien ella le habla. Dice que le gustaría llevarla allí. Que él la posea. Si ella es quien se lo pide Héléne Lagonelle irá.

—Me gustaría mucho eso, que la poseyeras como si yo te la regalara... Me gustaría eso antes de que nos dejemos.

El no entiende. Como si las palabras lo dejaran indiferente. No la mira. Ella llora mientras habla. El mira a otra parte, la calle, la noche.

Ella dice:

—Sería un poco como si yo fuera tu mujer... como si fuera china... y que ella me perteneciera y que yo te la regalara. Me gusta quererte con ese sufrimiento por mí. Estoy aquí con vosotros dos. Miro. Os doy permiso para engañarme. Héléne tiene diecisiete años. Pero no sabe nada. Es guapa como nunca he visto igual. Es virgen. Como para volverse loco... Ella no lo sabe. Nada, no sabe nada.

El chino calla. La niña grita:

—La deseo por ti, mucho... y te la regalo... ¿entiendes o qué?...

Ha gritado. El chino habla solo. No habla de Héléne sino de su dolor.

—Ya no entiendo nada, no entiendo cómo ocurrió... cómo acepté eso de mi padre, dejar que asesinara a su hijo como lo ha hecho.

Silencio. La niña se acuesta encima del cuerpo de su amante. Le golpea. Grita:

—Ella también está muy triste, Héléne... No sabe siquiera que está triste... Todas las internas están enamoradas de ella, de Héléne. Las vigilantes, la directora, los profesores. Todo el mundo. A ella le da igual. Tal vez no lo vea, no lo sepa. Pero verte puede. La poseerías como me posees a mí, con las mismas palabras. Cuando estáis a punto de

olvidarme, os miro y lloro. Quedan diez días para que me marche. No puedo pensar en eso tan fuerte es la imagen de ti y de ella...

El chino grita:

—No quiero a Hélène Lagonelle. No quiero nada más.

Ella lo sabe. El se duerme. Duerme en el aire caliente del ventilador. Ella dice su nombre bajito: la única vez. Ella se duerme. El no ha oído.

En la noche oscura de repente la lluvia ha llegado. La niña dormía.

El chino había dicho calmadamente como desde el fondo del tiempo, de la desesperación:

—El monzón ha empezado.

Ella se había despertado. Había oído.

Esa lluvia se derramaba sobre la ciudad. Era un río entero que cubría Cholen.

La niña había vuelto a dormirse.

El chino suavemente le había dicho a la niña que fuera a ver la lluvia del monzón, cuan hermosa y deseable era, sobre todo de noche durante el bochorno que la precedía. Ella había abierto los ojos, no quería ver nada, vuelve a cerrarlos. No quiere ver nada. No, dice.

Se había girado de cara a la pared.¹⁵

El está muy ensimismado, muy solo.

Ellos están muy solos. Ya privados el uno del otro. Alejados ya.

Silencio.

Y luego él plantea la pregunta ritual. Hablan ya por hablar. Tiemblan. Sus manos tiemblan.

—¿Qué va a ser de ti en Francia?

—Tengo una beca, estudiaré.

—¿Qué quiere tu madre para ti?

—Nada. Lo quería todo para sus hijos. Entonces para mí ya no quiere nada. Paulo... tal vez se lo quede ella... Yo lo que hubiera querido es que se quedara con Thanh, allá, en el *bungalow* del dique.

El chino pregunta cosas sobre Thanh.

—¿Su familia de dónde viene?

—El no lo sabe. Era demasiado pequeño cuando mi madre se lo llevó. Es curioso, no se acuerda de sus padres, de nada, sólo de sus hermanos y hermanas pequeños. Y de la selva.

—¿No intentó saber algo de sus hermanos y hermanas?

—No. Dice que es imposible que hayan vivido.

Silencio.

Con brutalidad ella se pone encima de él. Se queda allí, pegada a su cuerpo.

Lloran.

¹⁵ Ella ya no sabe aquella noche de la primera lluvia del monzón dónde estaban. Tal vez todavía en el café del *rac* o bebiendo *shum* o en el parque de las fieras del jardín zoológico escuchando panteras negras añorar la selva, o allí, en la *garçonnière*. Recuerda la resonancia de la lluvia en la galería que aplastaba el cuerpo sin alcanzarlo, ese bienestar repentino del cuerpo liberado del dolor.

Ella dice, pregunta:

—¿No nos volveremos a ver nunca, nunca?

—Nunca.

—A menos que...

—No.

—Olvidaremos.

—No.

—Haremos el amor con otra gente.

—Sí.

El llanto. Lloran, muy bajo.

—Y luego un día querremos a otra gente.

—Es verdad.

Silencio. Lloran.

—Luego un día hablaremos de nosotros, con personas nuevas, diremos cómo era.

—Y luego un día, más tarde, mucho más tarde, escribiremos la historia.

—No lo sé.

Lloran.

—Y un día moriremos.

—Sí. El amor estará en el ataúd con los cuerpos.

—Sí. Habrá los libros fuera del ataúd.

—Tal vez. Todavía no se puede saber.

El chino dice:

—Sí, se sabe. Que habrá libros, se sabe.

No sería posible de otro modo.

El ruido de la lluvia de nuevo en plena noche.

Sus cuerpos en la cama. Siguen en el mismo abrazo, esta vez dormidos.

Les vemos, están muy sombríos debido al cielo negro del monzón —lo que hace también que les reconozcamos es la pequeña estatura de la niña acostada junto a la otra, larga, del chino del norte.

Un despertador suena en la *garçonnière* apagada.

La niña se levanta. Mira afuera. La luz no es todavía la del día. Recuerda. Llorar.

Se ducha. Se da prisa mientras llora. Mira el despertador. Es muy pronto, todavía no son las seis. El debió de acordarse y decir al chófer que pusiera el despertador.

El cielo arrastra todavía la noche, sombría.

El chófer abre la puerta. Le da una taza de café y un pastel chino.

Ella recuerda. Había olvidado la partida del hermano mayor.

El chófer debe llevarla al puerto de las Messageries Maritimes.

El chófer toma el camino de los *arroyos*. Va rápido.

Los reencontramos delante de las rejas exteriores de las Messageries.

Allí están Thanh y el hermano pequeño, frente a la gran plataforma del muelle de embarque.

El sol se levanta en un cielo indiferente, gris.

En el muelle, está el barco a punto de zarpar: un trasatlántico de tres clases. Es éste.

Detrás de la gran reja, están el niño y Thanh «cerrados afuera». La niña va junto a ellos.

Delante de la reja, sola, está la madre con su hijo mayor. Pierre, el que se va.
No hay allí sino unas cuantas personas de raza blanca.
Parece la partida de unos forzados.
Entre los «pasajeros de cubierta», hay policías indígenas en uniforme caqui, descalzos.
Siempre los hay cerca de los trasatlánticos a punto de zarpar. Debido a los traficantes de opio, a los evadidos de las cárceles, a los rateros, a la escoria de todas las razas, de todos los tráficos.
Las cubiertas de primera y segunda clase están ocupadas por hindúes que desembarcarán en Colombo y otros pasajeros de color indeciso que deberán de desembarcar en Singapur.
Es una partida como otra cualquiera.
En la cubierta inferior del barco está el hermano mayor. Ha bajado de la cubierta de primera para estar más cerca de la madre.
Ella hace como si no le viera. El intenta reír como lo haría de una broma. No ve a su hermana y a su hermano. Mira a esa mujer que se avergüenza, a su madre, y se pone a sollozar.
Es su primera separación de ella. Tiene diecinueve años.
La niña y el hermano pequeño lloran el uno junto al otro, sellados por una desesperación de sangre que no pueden compartir con nadie. Thanh los mantiene abrazados, acaricia sus rostros, sus manos. Lloro por sus llantos, llora también por el llanto de la madre. Por amor a la niña.
La madre. Se ha girado hacia el barco. No le vemos la cara. Da media vuelta. Va hacia las rejas, se apoya en la reja al lado de los hijos que le quedan. Lloro sin ruido, bajito, ya no tiene fuerzas. Ya está muerta. Al igual que Thanh acaricia el cuerpo de sus dos hijos separados del otro, su hermano mayor, ese hijo perdido por el amor de su madre, un error de Dios.

La sirena del barco ha sonado.
La madre enloquece.
La madre se pone a correr. Se escapa hacia el barco.
Thanh abre la reja y le da alcance. La coge entre sus brazos. Ella no se resiste. Dice:
—No lloro porque se va... lloro porque está perdido, eso es lo que veo, que ya está muerto... que no quiero volver a verle, ya no vale la pena.
Mientras el barco se aleja, Thanh la impide ver. El hermano mayor se aleja, la cabeza gacha, abandona la cubierta, ya no mirará a su madre.
Desaparece en el interior del barco.
Habían permanecido allí mucho tiempo, abrazados los tres.
Y luego Thanh soltó a la madre. Ella ya no miró. Sabe que ya no vale la pena. Que ya no se distingue nada, ni los cuerpos ni los rostros. Thanh es el único que todavía llora. Lloro por el conjunto. Por sí mismo también, huérfano devuelto a su único estado de niño abandonado.

La puerta de la *garçonnière* está abierta. Ella entra. El chino fuma opio. Se muestra indiferente a la niña.
Ella se acerca a él, se acuesta allí, junto a él, pero apenas, sin casi tocarle.
Lloro por rachas. El la deja. Ella está dulce, como distraída de él. El lo sabe.
Silencio. El dice:
—Se ha acabado.
—Sí.
—He oído las sirenas.

Dice también:

—Tan sólo es triste. No hay que llorar. Nadie se ha muerto.

La niña no contesta, a partir de entonces indiferente, diríase.

Y luego dice algo que ha sabido por Thanh esa misma mañana. Y es que la madre había colocado a su hijo en casa de su antiguo tutor, lejos, en Dordogne. Que no volverá a verle cuando vaya a Francia. Que era por eso también por lo que estaba tan desesperada al dejarle. Dice:

—Tiene remordimientos, muchos, por habernos abandonado durante años, a Paulo y a mí. Ella cree que es grave.

El chino habla de su boda para que la niña olvide la partida del hermano mayor. Dice:

—Mi mujer viene a Sade. Es la última visita antes de la boda. Tengo que ir a Sade para visitarla.

La niña ha oído. Está de repente allí, frente a él, dispuesta a escuchar la historia, ésa aún más fuerte que la suya, más cautivadora, ésa de todas las novelas, ésa de la víctima de ella, de la niña: *la otra mujer* de la historia, todavía invisible, la de todos los amores.

El chino ve que la niña ha vuelto a él, que escucha. Continúa contando mientras la acaricia. Dice aún: Ya sabes, ocurre como ha ocurrido desde hace diez mil años en China.

Ella le pide que lo cuente pese a todo otra vez.

—Cuando vi a mi mujer por primera vez ella tenía diez años. Yo tenía veinte. Fuimos designados por las familias cuando ella tenía seis. Nunca he hablado con ella. Es rica, como yo. Nuestras familias nos han designado ante todo por eso, la equivalencia de nuestras fortunas. Va cubierta de oro —sonríe—, de jade, de diamantes, como mi madre.

La niña escucha como él lo desea. Pregunta:

—¿Y por qué más la han designado a ella?

—Por la gran moralidad de su familia.

La niña sonríe, un poco burlona. El chino sonríe a su vez. Dice:

—Olvido a veces que eres todavía muy pequeña, una niña... Es cuando escuchas las historias cuando me acuerdo...

Ella sigue siempre junto a él encima del camastro. Esconde su rostro en su pecho. Es desgraciada.

No llora. Ya no llora. El chino dice bajito:

—Amor mío... niña mía...

La niña toca la frente del chino:

—Estás caliente como si tuvieras fiebre.

El chino la mira a distancia de brazo para verla mejor. La mira «para siempre de una sola vez» antes del final de la historia de amor.

Dice:

—Tú quieres decirme algo...

—Sí. Te mentí. Cumplí quince años hace diez días.

—No importa.

El duda y luego dice:

—Mi padre lo sabía. Me lo dijo.

La niña grita:

—Qué asco a fin de cuentas tu padre.

El sonríe a la niña, añade:

—A los chinos también les gustan las jovencitas, no llores. Lo sabía.

Ella dice:

—No lloro.

Llora.

El dice:

—Yo también quería decirte algo... Hice que le llevaran opio a tu hermano. Estaba sin opio, como muerto... Podrá fumar un poco en el barco... He ordenado que le dieran un poco de dinero para él solo.

Ella se aparta de él, enfurruñada, de repente. No contesta nada. El dice:

—Hubiera querido poseerte. Pero ya no siento ningún deseo por ti. Estoy muerto por ti.

Silencio. Ella dice:

—Vale más así.

—Sí. No sufro en absoluto. Háztelo tú para que yo lo mire.

Ella lo hace. Dice, en el goce, su nombre en chino. Lo ha hecho. Se miran, se miran hasta las lágrimas. Y por primera vez en su vida dice las palabras convenidas para decirlo —las palabras de los libros, de los trenes, del cine, de la vida, de todos los amantes.

—Te quiero.

El chino se oculta el rostro, fulminado por la soberana trivialidad de las palabras dichas por la niña. El dice que sí, que es verdad. Cierra los ojos. Dice bajito:

—Creo que es eso lo que nos ha ocurrido.

Silencio.

El vuelve a llamarla.

—Hija mía... niña mía...

Le besa la boca. Su rostro, su cuerpo. Sus ojos.

Un largo silencio ha caído.

El ya no la mira. Ha quitado sus brazos de su cuerpo.

Se ha apartado de ella. Ya no se ha movido. A ella le entra miedo, como el de Long-Hai. Se levanta, se viste, coge sus zapatos, su cartera y se queda allí en medio de la *garçonnière*.

El abre los ojos. Gira la cara hacia la pared para dejar de verla y dice con una dulzura que ella ya no reconoce:

—No vuelvas.

Ella no se va. Dice:

—¿Cómo lo haremos...?

—No lo sé. No vengas nunca más.

Ella pregunta, dice:

—Nunca más. Incluso si llamas.

El no ha contestado. Luego lo había hecho. Había dicho:

—Incluso si te llamo. Nunca más.

Ella sale. Cierra la puerta.

Espera.

El no la llama.

Cuando ella había llegado al coche es cuando él había gritado.

Era un grito sombrío, largo, de impotencia, de ira y de asco como si hubiera sido vomitado. Era un grito hablado de la China antigua.

Y luego de repente ese grito se había aflautado, se había convertido en la queja discreta de un amante, de una mujer. Es al final, cuando ya no fue sino suavidad y olvido cuando la enajenación había vuelto a ese grito, terrible, obsceno, impúdico, ilegible, como la locura, la muerte, como una locura ilegible.

La niña ya no había reconocido nada. Ninguna palabra. Ni la voz. Era un aullido a muerte, de quién, de qué, de qué animal, no se sabía muy bien, de un perro, sí, tal vez, y al mismo tiempo de un hombre. Los dos confundidos en el dolor del amor.

Un autobús en una carretera: reconocemos el del transbordador.

La niña va en ese autobús.

Va a Sadec. Va a ver a su madre.

La puerta está abierta. Parece no haber nadie. La madre está allí, en la sala de estar, duerme, recostada en una tumbona. Está en la corriente de la puerta. Tiene el cabello despeinado. A su lado, en cuclillas, apoyado en la pared, está Thanh. La niña entra. La madre despierta. Ve a su hija. Su sonrisa es dulce, ligeramente burlona. Dice:

—Sabía que vendrías. ¿De qué tenías miedo?

—De que te murieras.

—Todo lo contrario. Descanso. Es como si estuviera de vacaciones. Ya no tengo miedo de que se maten... Soy feliz.

La voz se rompe. Ella llora. Silencio. Se pone a mirar a su hija. Ríe mientras llora como si la descubriera.

—¿Qué es este sombrero...?

La joven llorando sonríe a su madre.

La madre sonríe también, se lo piensa, no ve el llanto de su hija, ve el sombrero.

—La verdad... no te sienta mal. Es un cambio. ¿Te lo he comprado yo?

—¿Qué más quieres? —Sonríe—. Hay días en que se te puede hacer comprar lo que una quiere.

—¿Dónde fue?

—Rue Catinat, eran saldos en liquidación.

La madre parece haber bebido. Cambia de conversación bruscamente. Pregunta:

—¿Qué hará Paulo...?

La niña no contesta, la madre insiste:

—Hay cosas que él podría hacer pese a todo... Ahora ya no tendrá miedo.

La niña dice que tendrá miedo toda su vida. La madre plantea la pregunta a Thanh:

—Según tú ¿qué podría hacer Paulo más tarde...?

Thanh contesta a la niña:

—Puede ser contable. Cuenta bien. La mecánica también puede. Es muy dotado para los coches... Pero es verdad que siempre tendrá miedo toda la vida.

La madre no quiere hablar de ese miedo. Dice:

—Muchas veces es así... es verdad... que niños que son como él, atrasados, sean más dotados para el cálculo... a veces unos genios —las lágrimas otra vez—. No he querido lo suficiente a Paulo... todo viene de ahí tal vez...

Thanh dice:

—No. No hay que pensar así. Está en la sangre, en la familia.

—¿Tú crees...?

—Estoy seguro.

Silencio. La madre dice a su hija:

—Sabes, he abandonado. El catastro ha terminado por aceptar comprarme otra vez las tierras de arriba con el *bungalow*. Con ese dinero, pagaré mis deudas.

Thanh mira a la joven y le hace la señal de que no, de que lo que dice la madre no es verdad. La madre no ve a Thanh. Si le viera le daría igual.

Silencio. La niña mira las paredes desnudas. Dice:

—Se han llevado los muebles.

—Sí. La plata también. Las quinientas piastras que quedan, las guardo para Francia.
La niña sonrío. Grita:
—Ya no las daremos a los chinos, a los *chettys*.¹⁶ Ya no pagaremos nada más.
A su vez la madre sonrío y grita:
—Sí. Se ha acabado todo esto. Basta. —De repente habla como sus hijos—. Que se pudran... Nada.
Ríen los tres.
Paulo ha oído la risa y ha ido. Se sienta cerca de Thanh, como él, apoyado en la pared. El también ríe de la risa de la madre, todavía inigualada, inmensa. Una «risa del norte» decía el hermano mayor.
La niña dice:
—Por mí, tampoco hay por qué preocuparse, alguien habrá alguna vez que se case conmigo.
La madre acaricia la cabeza de la niña. Paulo sonrío a su hermana.
Luego Thanh y Paulo salen. Van a buscar el té frío —sin azúcar— que la madre toma todos los días por consejo de Thanh —para «refrescar la sangre».
La madre y la hija quedan a solas.
La madre «sueña» con esa hija que está a su lado, la suya.
—Es verdad... gustas a los hombres. Debes saberlo. Y también de que si les gustas es gracias a lo que eres, tú. Y no por tu fortuna porque tu fortuna es cero de principio a fin...
Dejan de reír.

Y luego hay un silencio. Y la madre hace preguntas a la niña.
—¿Le ves todavía...?
—Sí. —Añade—: El me dijo que no volviera pero voy de todas maneras. No se puede evitar.
—Entonces... ¿no es sólo por el dinero por lo que le ves?
—No... —La niña duda—. No sólo.
La madre sorprendida, dolorosa de repente, dice bajito:
—¿Te habrás encariñado con él...?
—Tal vez, sí.
—Un chino... es divertido...
—Sí.
—¿Eres desgraciada entonces...?
—Un poco...
—Qué desgracia... Dios mío qué desgracia...
Silencio. La madre pregunta:
—¿Has venido con él?
—No. Cogí el autobús.
Silencio. Luego la madre dice:
—Me habría gustado volver a ver a ese hombre, ves...
—El no habría querido.
—No habría sido por el dinero sino por él... El dinero —ríe—, nunca he ganado tanto.
Ríen. Su risa es la misma, joven.
La niña mira el lugar de los muebles de palo de rosa cogidos por los usureros.
Pregunta si eran realmente avellanos y ardillas lo que había esculpido en las puertas del mueble de la sala de estar.

¹⁶ Usureros, prestamistas de la región. (N. de la T.)

Ella dice: Ya lo he olvidado.

La madre mira las huellas del mueble en la pared. Ella tampoco sabe ya lo que había. Dice:

—A mi juicio eran nenúfares, siempre es igual aquí, nenúfares y dragones. Qué felicidad marcharse sin nada, sin muebles, nada.

La niña pregunta:

—¿Cuándo nos vamos exactamente?

—Lo más tarde dentro de seis días a menos que haya algún atraso imprevisto.

—Silencio—. Por cierto he vendido mis camas a los *chettys*. Caro. Estaban en muy buen estado. Añoraré las camas coloniales... En Francia las camas son demasiado blandas... Duermo mal en Francia pero qué más da...

Silencio.

La madre dice:

—No me llevo nada. Qué alivio... Mis maletas están listas. Sólo me quedan los papeles por separar, las cartas de vuestro padre, tus deberes de francés. Y además no debo olvidar, los bonos de compra de la Samaritaine¹⁷ para las cosas de invierno. No lo sabes pero pronto será otoño cuando estemos en Francia.

La madre se ha dormido. La niña sale, visita, mira, reconoce cosas.

Thanh está en la cocina, lava el arroz para la noche. Paulo está a su lado.

Parece un día cualquiera de antes de todas esas novedades que ocurrieron después de las pasadas vacaciones —hace ocho meses.

La niña visita la casa. Faltan muebles. En el cuarto de Dô, se llevaron la vieja máquina de coser.

Las camas de las habitaciones están todavía allí, llevan las etiquetas escritas en chino.

La niña va al baño. Se mira. El espejo ovalado no ha sido quitado.

En el espejo pasa la imagen del hermano pequeño que atraviesa el patio. La niña lo llama bajito: Paulo.

Paulo había ido al baño por la pequeña puerta del lado del río. Se habían abrazado mucho. Y luego ella se había desnudado y se había tumbado a su lado y ella le había enseñado que él tenía que ponerse encima de su cuerpo, el de ella. El había hecho lo que ella le había dicho. Ella le había besado otra vez y le había ayudado.

Cuando él había gritado ella se había acostado encima de su cara para que la madre no oyera el grito trágico de su felicidad.

Había sido allí donde se habían poseído la única vez en su vida.

El goce había sido el que todavía no conocía el hermano pequeño. Lágrimas habían brotado de sus ojos cerrados. Habían llorado juntos, sin una palabra, como desde siempre.

Había sido aquella tarde, en aquella desazón repentina de la felicidad, en aquella sonrisa burlona y dulce de su hermano cuando la niña había descubierto que había vivido un único amor entre el chino de Sadec y el hermano pequeño de toda la eternidad.

El hermano pequeño se había dormido en las baldosas frescas del baño.

La niña lo había dejado allí.

¹⁷ Nombre de unos conocidos grandes almacenes en Francia. (N. de la T.)

Había vuelto hacia la madre en la sala de estar.

Thanh está allí otra vez.

La madre bebe el té helado y amargo. Sonríe a Thanh, dice que jamás beberá té como el suyo en Francia.

Pregunta dónde está Paulo. Thanh dice que no lo sabe muy bien, que debe sin duda de haber ido a la nueva piscina municipal. La niña y Thanh no se miran desde que ella ha vuelto a la sala de estar.

La madre pregunta a la niña si todavía va al liceo. La niña dice que no. Salvo a las clases de francés, por placer.

—¿Qué esperas?

—No espero nada.

La madre se lo piensa. Dice:

—Sí... es la palabra... No esperamos nada más.

La niña acaricia el rostro de su madre, le sonrío.

Es aquí cuando la madre dice a su hija lo que las separa, lo que las ha separado siempre.

—No te lo he dicho nunca... pero debes saberlo... No tenía tu facilidad para los estudios... Y además yo era demasiado seria, lo fui demasiado tiempo... Así es como perdí el gusto por mi placer...

La madre dice aún a su hija:

—Sigue como eres. No me escuches nunca más. Prométemelo. Nunca.

La niña llora. La niña promete:

—Lo prometo.

La madre para distraer la atención, hipócrita de repente, habla del chino:

—Dicen que va a casarse...

Ninguna respuesta de la niña. La madre dice con dulzura:

—Contéstame. Nunca me contestas.

—Creo que sí. Que va a casarse. Aquí, en Sadec... precisamente en estos días... A menos que lo rompa todo al último minuto... ese compromiso, esas órdenes de su padre...

La madre queda estupefacta. Grita:

—¿Le crees capaz, de eso...?

—No.

La madre está abrumada pero calma. Dice:

—Entonces ya no hay ninguna esperanza...

—Ninguna esperanza.

La madre, divagante, sola, pero siempre calma:

—No... tienes razón... Los niños chinos son educados en el respeto de los padres... Son como dioses para ellos... Es incluso asqueroso... Pero yo podría tal vez hablarle una última vez, una última, última vez... ¿no? Le explicaría... ¿Qué me juego...? Le explicaré nuestra situación muy claramente. Que al menos no te abandone.

—El no me abandonará. Nunca.

La madre cierra los ojos como si fuera a dormir.

Con los ojos cerrados, dice:

—¿Cómo puedes saberlo?...

—Lo sé... como sabemos que algún día moriremos.

La madre llora bajito. Dice entre llantos:¹⁸

—Pero vaya historia... Dios mío... qué historia... Y tú... ¿tú le olvidarás?

¹⁸ La autora le da mucha importancia a estas conversaciones «caóticas» pero de un natural *reencontrado*. Puede hablarse aquí de «*capas*» de conversación *yuxtapuestas*.

La niña contesta contra su voluntad:

—Yo... no lo sé, y aun así, no podría decírtelo a ti.

La madre tiene una mirada viva, joven. Dice, liberada por no esperar ya nada más:

—Entonces no digas nada.

La madre pregunta a la hija:

—¿Hay cosas que no me dices... o no las hay?

La niña baja los ojos. Se recompone... Dice que las hay pero que da igual. La madre dice que es verdad. Que da completamente igual.

Paulo ha vuelto. La madre le pregunta dónde estaba. Paulo dice: En la piscina municipal. Es la primera mentira del hermano pequeño.

La niña y Thanh sonrían. La madre no sabe nada. El hermano pequeño se ha sentado junto a Thanh.

Thanh «denuncia» naturalmente la conducta de la madre con su hijo mayor. La madre escucha eso como otra cosa, parece encontrar eso interesante, natural. Thanh la señala con el dedo. Dice:

—Ella le ha dado quinientas piastras de más. La obligaron. Dijo que, si no, él la mataba, mataba a su madre. Y era verdad, ella lo sabe.

La niña mira a su madre. Está indiferente. Hipócrita, abiertamente.

La niña pregunta a Thanh lo que ha hecho:

—¿Qué has hecho?

La madre escucha, interesada. Thanh contesta:

—Escribí a su padre que el hijo mayor había robado el dinero que quedaba. Entonces su padre me contesta que vaya a verle. Fui. Me dio quinientas piastras más para ella. Ella se las quedó. Así se ha arreglado. Y Pierre se ha ido, ya no puede robarla.

Se diría que la madre se ha dormido, harta de sí misma, por todas esas historias, la suya incluida, a las que se ve mezclada sin saber claramente cómo, de qué manera.

Paulo ríe, malicioso, como se reiría de una broma. Dice, pregunta:

—Su padre, lo ha pagado todo.

La niña mira a su madre. Va a besarla. La madre se pone a reír en silencio. Unos grititos salen de su cuerpo. Y luego ríen todos. Es una carcajada familiar. Están todos contentos porque el hermano pequeño ha hablado sin que se lo solicitaran.

La niña pregunta si el padre lo ha pagado todo... así... sin condiciones...

Thanh ríe y dice que la única condición requerida por el padre es que se largaran de la colonia.

Ríen todos hasta las lágrimas, sobre todo Paulo. Thanh continúa:

—Su padre escribe a nuestra madre para decirle que su hijo ha dejado deudas en todos los fumadores de Sadec e incluso de Vinh-Long. Y como es menor de edad, dieciocho años, la madre es responsable de las deudas de su hijo. Si el padre del chino no paga, es nuestra madre la que pierde su trabajo y luego ya no tiene sueldo y luego al final va a la cárcel.

La madre ha escuchado atentamente. Y de repente se pone otra vez a reír, a gritar de risa. Da miedo. Dice:

—¿Y si yo ya no quisiera volver a Francia?

Nadie contesta a la madre. Como si no hubiera dicho nada.

Y en efecto ya no dice nada.

La niña dice a Thanh —en el «lenguaje Thanh»:

—El padre paga todas las deudas a condición de que nos larguemos de la colonia, ¿es eso?

—Eso es.

El hermano pequeño ríe. Repite él también, lentamente:

—A condición de que nos larguemos.

Thanh ríe como un niño. Dice:

—Eso es... Las quinientas piastras también que Pierre ha robado, el padre las ha devuelto por él, Pierre, porque, si no, Pierre ya no puede fumar y la falta es terrible. Está acostado el día entero. Puede matarse. Entonces el padre le da quinientas piastras. [Pausa.] Después el padre ha escrito a la madre una segunda carta en lengua francesa para decir que tiene que largarse, que basta ya de esa historia, del hermano, del opio, y una y otra vez del hermano, y del dinero más y más... y lo demás.

Carcajada general de la madre y de Thanh y del hermano pequeño y de la niña.

—Y en la carta —sigue Thanh— hay quinientas piastras más para ella. En su carta el padre dice de no decir nada de eso a la madre. Porque su hijo, el de él, no sabe nada. No quiere que su hijo conozca la historia del dinero que él da a la madre.

La niña, sonriendo, pregunta a Thanh:

—¿Cómo sabes todo esto?

—Porque sí. La gente habla. Y yo tengo memoria... tengo memoria por todos vosotros... incluso Pierre... incluso por el padre del chino... A veces me cuenta la historia de su familia cuando se escapan de China, yo me duermo, él continúa.

Y todos se ríen con Thanh.

Y luego la madre ha dejado de escuchar. Todo el mundo habla más bajo. El pasado aburre a la madre.

Y luego la niña va hacia el patio. Se apoya en el muro del jardín. Y Thanh va a reunirse con ella. Se besan, se husmean la cara, los ojos, el cabello. Ella dice su nombre:

—Thanh.

Ella le dice que irá al Siam y también a otros lugares, a Europa, a Francia, a París. Por mí, dice.

—Sí. Por ti. Sí, cuando os vayáis, yo vuelvo a Prey-Nop y luego al Siam.

—Sí. Lo sé. ¿Se lo has dicho también a Paulo?

—No. Lo he dicho sólo al chino y a ti. A nadie más.

—¿Por qué al chino...?

A la niña le entra miedo. Pregunta a Thanh si no intentará encontrar a sus padres, si no es un cuento... Thanh dice que él ya no volvió a pensar en ellos desde que hablaron él y ella, salvo en los hermanos y hermanas pequeños, pero que no se puede encontrar a unos niños en la selva del Siam. Nunca.

La niña insiste en su pregunta:

—¿Por qué has hablado con el chino de eso?

—Para volver a verle cuando te vayas. Que seamos amigos. Para hablar de ti, de Paulo, de nuestra madre —sonríe—, para llorar juntos por el amor por ti.

El B12 va por la carretera. Es Thanh quien conduce. La niña va a su lado. El la lleva de vuelta a Saigón. Deben pasar por la *garçonnière* antes de ir a Lyautey. La niña tiene miedo. Lo dice a Thanh. Thanh dice que él también tiene miedo por el chino.

En Cholen.

El León Bollée está allí con el chófer. El chófer se acerca a la niña, le sonrío. Dice que el amo se fue a jugar al *mah-jong*, que volverá. El chófer dice a la niña que la *garçonnière* está abierta. Que es el amo quien se lo ha pedido en el caso de que ella llegara antes que él.

Thanh ha vuelto a Sadec.

La niña entra en la *garçonnière*. Mira. Tal vez para no olvidar. Luego se desnuda, se ducha, va a la cama en el sitio de él, contra la pared, allí donde ella reencuentra el olor chino a té y miel. Abraza el lugar del cuerpo. Se duerme.

Cuando entra el chino, ha llegado el alba.

Se desnuda. Se acuesta a lo largo de ella. La mira. Luego dice con dulzura:

—Qué pequeña eres en la cama.

Ella no contesta.

Con los ojos cerrados, ella pregunta:

—¿La has visto?

El dice que sí.

Ella dice:

—¿Es guapa?

—No lo sé todavía. Pero creo que sí. Es grande, robusta, mucho más que tú. [Pausa.]

Debe de saber lo tuyo y lo mío.

—¿Cómo lo sabría?

—Por las sirvientas de Sadec tal vez, tú me habías dicho: Son muy jóvenes, tienen su edad, quince, dieciséis años, son curiosas. Saben todo lo que ocurre en todas las casas de todos los puestos.

—¿Y tú cómo lo sabrías?...

—Por nada. Por todo. No lo sé.

La niña dice que es el principio de la boda el preguntarse cosas así.

El chino duda y dice:

—Sin duda, sí. No hablé con ella.

—¿Siempre es así en China?

—Siempre. Desde hace siglos.

Ella dice:

—Nosotros no podemos entenderlo en absoluto... tú lo sabes, eso...

—Sí. Nosotros, sí podemos entender. Entonces no podemos entenderos al mismo tiempo cuando decís que no entendéis.

El chino calla y continúa:

—Estamos ante lo desconocido por entero el uno del otro, y eso también puede hablarse, y entenderse, la manera de callar, de mirar, también.

—¿Ha vuelto a Manchuria?

—No. Ella ha dejado Manchuria para siempre. Vive en casa de mi tía en Sadec. Sus padres van a llegar mañana para preparar la habitación de los casados, nupcial decís vosotros.

—Sí.

La niña ha ido a recostarse en el sillón. El chino fuma opio. Está como indiferente.

Ella dice que ya no se oye el disco americano ni el vals que el joven tocaba al piano. El chino dice que tal vez se ha ido de la calle.

Luego el chino dice a la niña que se acerque, allí, a su lado.

Ella va tal como él lo desea, pegada a su cuerpo. Apoya su boca en su boca. Permanecen allí. Ella dice:

—Has fumado mucho.

—Ya no sé más que eso: ya no tengo deseo. Ya no tengo amor. Es maravilloso, increíble.

—Como si no nos hubiéramos conocido nunca.

—Sí. Como si estuvieras muerta desde hace mil años.

Silencio.

Ella pregunta:

—¿Qué día es la boda?

—Ya os habréis ido a Francia. Mi padre se ha informado en las Messageries Maritimes. Estáis los tres en las listas de embarque de la primera semana antes de la boda.

—El ha adelantado la fecha de la boda.

—Si hubiera tenido lugar mientras tú todavía estabas aquí, no hubiera aceptado.

La niña pregunta si sabe por su padre todos los robos de dinero del hermano mayor, todas esas complicaciones con la madre.

El dice que no sabe, que no le interesa. Que no son nada para su padre, nada en absoluto... esos pequeños robos, ni se habla de eso.

Ella dice que quizás alguna vez vuelvan a verse. Más tarde. Dentro de unos años. Una sola vez o muchas veces. El pregunta por qué volver a verse.

Ella dice:

—Para saber.

—¿Qué?

—Todo lo que nos haya pasado en nuestra vida a ti y a mí...

Silencio.

Y luego ella le pregunta una y otra vez dónde ha visto a su novia por primera vez. El dice:

—En el salón de mi padre. Y también en la calle cuando llegó a casa de mi padre para dejarse ver por mí en presencia de él.

—Tú me has dicho: Es guapa.

—Sí, guapa. Guapa para mirar, creo... La piel es blanca y muy fina como la piel de las mujeres del norte. Es más blanca que tú. Pero es muy robusta y tú tan pequeña y delgada... Tengo miedo de no poder.

—No puedes levantarla...

—Tal vez sí... pero tú pesas como una maleta... puedo arrojarte encima de la cama... como un maletín...

La niña dice que la palabra «robusta» la hará reír a partir de entonces.

—Todavía no tiene derecho a mirarme. Pero me ha visto, eso se sabe. Ella es muy seria con la costumbre china. Las mujeres chinas entran en el papel de esposa cuando han tenido el derecho de vernos, casi al final del compromiso.

El la mira con todas sus fuerzas. Con las manos le desnuda el rostro para verla hasta el sinsentido, hasta dejar de reconocerla. Ella dice:

—Me habría gustado que nos casáramos. Que fuéramos amantes casados.

—Para hacernos sufrir.

—Sí. Para hacernos sufrir lo más posible.

—Tal vez hasta la muerte.

—Sí. Tu mujer también tal vez hasta la muerte. Como nosotros.

—Tal vez.

—Gracias a ese sufrimiento que yo os doy a ella y a ti, estaréis casados gracias a mí.

—Ya estamos eso, casados gracias a ti.

Muy bajo, muy suavemente, ella llora, dice que no puede impedirse llorar, que no puede...

Callan. Hay un largo silencio. Ya no se miran. Y ella dice:

—Y después vendrán los hijos.

Lloran. El dice:

—Nunca conocerás a esos niños. Conocerás a todos los niños de la tierra, y a éstos, no, nunca.

—Nunca.

Ella se apoya en él. Con un gesto ligero él le deja un sitio contra su pecho. Ella llora pegada a su piel. El dice:

—En toda mi vida eres tú la que habré querido.

Ella se incorpora.

Grita.

Dice que él será feliz, que así lo quiere ella, que lo sabe, que amará a esa mujer china.

Dice: Te lo juro.

Y luego dice que habrá esos niños y que los niños, todos, son la felicidad, que la verdadera primavera de la vida son eso, los niños.

Como si él no hubiera oído, la mira, la mira. Y dice:

—Tú eres el amor mío.

Llora sobre esa primavera de niños que nunca verá ella.

Lloran.

Ella dice que su olor, ella nunca lo olvidará. El dice que para él, es su cuerpo de niña, esa violación cada noche del cuerpo delgado. Todavía sagrado, dice. Que nunca más conocerá la felicidad —dice: Desesperado, enloquecido, para matarse.

El largo silencio del final de la noche ha llegado. Y de nuevo una lluvia recta aplasta la ciudad, anega las calles, el corazón.

El dice:

—El monzón.

Ella pregunta si es bueno para los arrozales esas lluvias tan fuertes.

El dice que es lo mejor.

Ella alza los ojos hacia ese hombre. Entre lágrimas le mira una vez más. Dice:

—Y mi amor habrás sido tú.

—Sí. El único. De tu vida.

La lluvia.

Su perfume llega hasta la habitación.

Un deseo muy fuerte, sin memoria, hace que los amantes se posean una vez más.

Se duermen.

Se despiertan.

Vuelven a dormirse.

El chino dice:

—La lluvia, aquí, contigo, una vez más... hija mía... niña mía...

Ella dice que es verdad, que la lluvia, desde que se conocían, era la primera vez. Y dos veces durante la noche.

Ella le pregunta si tiene arrozales, él. No, nunca los chinos, dice. Ella pregunta qué comercio hacen, los chinos. El dice: El del oro, del opio mucho, el del té también, mucho, de las porcelanas también, de la laca, del azul, de los «azules de China». Dice que están también los «compartimentos» y las operaciones bursátiles. Que la Bolsa china está presente en todas partes en el mundo entero. Que por todas partes también, en el mundo entero ahora se come la cocina china, incluso los nidos de golondrina y los centenarios huevos incubados.

Ella dice:

—El jade, también.

—Sí. También la seda.

Y luego callan.

Y luego se miran.

Y luego ella lo estrecha contra sí.

El pregunta: ¿Qué pasa?

—Te miro.

Mucho tiempo ella le mira. Luego le dice que alguna vez él tendrá que contarle a su mujer todo lo que ha ocurrido, entre tú y yo dice, entre su marido y la chica del colegio de Sadec. Todo, tendrá que contar, tanto la felicidad como el sufrimiento, tanto la desesperación como la alegría. Ella dice: Para que sea una y otra vez contado por la gente, quienquiera que sea, para que el conjunto de la historia no sea olvidado, que quede algo muy preciso, incluso los nombres de las personas, las calles, los nombres de los colegios, de los cines habría que decir, incluso los cantos de los *boys* por la noche en Lyautey e incluso los nombres de Hélène Lagonelle y el de Thanh, el huérfano de la selva de Siam.

El chino había preguntado por qué a su mujer. ¿Por qué contarle a ella en lugar de a otras?

Ella había dicho: Porque ella, es gracias a su sufrimiento cómo entenderá la historia.

El había preguntado aún:

—¿Y si no hay dolor?

—Entonces todo quedará olvidado.

El estaba en el asiento trasero del gran coche negro aparcado a lo largo del muro de un depósito del puerto. Vestido como siempre. Con el traje de seda cruda. En la posición del sueño.

No se miran.

Se ven.

Siempre la misma multitud en los muelles a la salida de los trasatlánticos de línea.

Aúllan una orden por los altavoces de los remolcadores.

Las hélices se ponen en marcha. Trituran, agitan las aguas del río.

El ruido es terrible.

Se tiene miedo. Siempre en ese momento se tiene miedo. De todo. De nunca volver a ver esa tierra ingrata. Y ese cielo de monzón, de olvidarlo.

El tuvo que moverse en el asiento trasero, hacia la izquierda. Para ganar unos segundos y verla una vez más para el resto de su vida.

Ella no le mira. Nada.

Y luego hete aquí la canción de moda, ese Vals Desesperado de la calle. Siempre esas músicas en el momento de zarpar, nostálgicas y lentas para mecer el dolor de la separación.

Entonces, incluso los que están solos, los que no acompañan a nadie, comparten la extraña tragedia de «abandonar», de «dejar» para siempre, de haber traicionado el destino que descubren que es el suyo en el momento de perderlo, y que aun así han traicionado, ellos solos.

A las cubiertas de primera clase, es hacia donde debe mirar. Pero ella no está allí, está un poco más lejos en esa misma cubierta, hacia Paulo que está feliz, ya ido en ese viaje. Libre por fin mi adorado hermano pequeño, mi tesoro, fuera ya del horror por primera vez en su vida.

El estrépito inmóvil de las máquinas va en aumento, se vuelve ensordecedor.

Ella sigue sin mirarle. Nada.

Cuando abre los ojos para verle una vez más, ya no está allí. No está en parte alguna. Se ha ido.

Ella cierra los ojos.

No le habrá visto pasar otra vez.

En la oscuridad de los ojos cerrados reencuentra el olor de la seda, de la tela de seda, de la piel, del té, del opio.

La idea del olor. La de la habitación. La de sus ojos cautivos que pestañeaban bajo sus besos, los de ella, la niña.

En los muelles, siempre renovados, los gritos, los nombres, la tragedia de la partida en la mar.

El debió de desaparecer muy pronto después de que el barco atravesara la línea del muelle. Cuando ella buscaba a su hermano pequeño por las cubiertas.

Han quitado la pasarela.

El ancla ha sido izada con un estrépito de fin de mundo. El barco está a punto, imponente. Flota en el río.

Creeríase que es imposible, que no.

Pero ya está. El barco ha abandonado la tierra.

Alguien grita.

El barco flota sobre las aguas de la cuenca.

Hay que ayudarlo una vez más, ponerlo recto en el canal, en el ángulo preciso del mar y del río.

Muy lentamente, adorable, el barco obedece las órdenes. Se pone recto en determinada dirección, ilegible y secreta, la del mar.

El cielo con los mugidos de las sirenas había vuelto a llenarse de humo negro, en broma, habríase podido creer, pero no.

Y luego, toda la duración de la vida de la niña, a esa misma hora del día, se había invertido la dirección del sol.

Ella recuerda.

Ante ella, los codos en la borda, había esa joven morena que también miraba el mar y que, como ella, lloraba por todo, por nada.

Recuerda eso que había olvidado.

De la parte posterior del barco había salido un joven vestido con una chaqueta oscura como en Francia. Llevaba colgada del hombro una máquina de hacer fotos. Fotografiaba las cubiertas. Se inclinaba por encima de la borda y fotografiaba también la proa del trasatlántico. Luego fotografiaba sólo el mar. Luego nada más. Miraba la alta joven morena que ya no lloraba. Ella se había acostado en una tumbona y le miraba, se sonreían. La joven esperaba. Cerraba los ojos, hacía la que duerme. El joven no fue hacia ella. Había reemprendido su paseo por la cubierta. Entonces se había levantado de la tumbona y se había acercado a él, al joven. Se habían hablado. A continuación los dos habían mirado el mar. Y luego empezaron a caminar juntos por la cubierta de las primeras clases.

La niña nunca les había visto.

Ella se ha acostado en una tumbona. Podría creerse que se ha dormido. No. Mira.

En los suelos de la cubierta, en las paredes del barco, en el mar, con el recorrido del sol en el cielo y el del barco, se dibuja, se dibuja y se diluye con la misma lentitud, una escritura ilegible y desgarradora de sombras, de aristas, de trazos de luz rasgada remendada en los ángulos, triángulos de una geometría fugitiva que se desmorona al capricho de la sombra de las olas del mar. Para después, otra vez, incansablemente, volver a existir.

La niña despierta con la llegada de la alta mar cuando el barco va a tomar la dirección del oeste, la del golfo del Siam.

Por el tiempo despejado se ve el barco muy lentamente perder altura y muy lentamente zozobrar de la misma manera en la curvatura de la tierra.

La niña se había dormido en la tumbona. No había despertado hasta delante de la mar libre. Había llorado.

A su lado había dos pasajeros que habían vuelto y miraban el mar. Y que, al igual que ella, lloraban.

El calor es todavía fuerte. No hemos alcanzado todavía la zona del viento frío, del viento salado y áspero de alta mar. Llegaremos a ella después de las primeras olas, después de contornear la extremidad del delta, una vez superados los últimos arrozales del Valle de los Juncos, y luego la Punta de Camau, el extremo fin del continente Asia.

Las cubiertas se han apagado. Están todavía llenas de gente despierta o todavía adormilada en las tumbonas. Salvo en el bar de las primeras donde siempre, día y noche y hasta muy tarde por la noche, casi todo el tiempo hasta la mañana, hay gente despierta que juega a las cartas y a los dados y habla fuerte, que ríe, que de igual modo se enfada, y que, sin excepción, bebe whiskies con soda y Martel Perrier y también Pernod, y eso cualquiera que sea la naturaleza del viaje, ya sea de negocios o de placer, y cualquiera que sea la nacionalidad de esos viajeros, los del juego.

Ese bar de las primeras clases era el lugar reconfortante del viaje. Lo no va más del olvido infantil.

La niña va a ver hacia el bar, no entra por supuesto, va a la otra cubierta. Allí no hay nadie. Los pasajeros están en babor para acechar la llegada del viento de alta mar. A este lado del buque sólo hay un chico muy joven. Está solo. Está apoyado con los codos en la borda. Ella pasa por detrás de él. El no se gira hacia ella. Sin duda no la ha visto. Es curioso hasta qué punto no la ha visto.

Ella tampoco ha podido ver su rostro, pero recuerda ese pesar de no haber visto su rostro como un pesar nacido del propio viaje.

Sí, eso es, él llevaba una especie de *blazer*. Azul. A rayas blancas. Un pantalón del mismo azul también, pero único.

La niña se había acercado a la borda. Porque estaban tan solos los dos a este lado del barco en esta cubierta desierta le habría gustado tanto que hablaran. Pero no. Había esperado unos minutos. El no se había girado. Deseaba estar solo, más que nada en el mundo él deseaba eso, estar solo. La niña se había ido.

La niña nunca había olvidado ese desconocido, sin duda porque ella le habría contado la historia de su amor con un chino de Cholen.

Al final de la cubierta, cuando ella se había girado, él ya no estaba allí.

Baja a las crujías. Busca una vez más el camarote doble donde tienen sus literas, la madre y ella.

Y deja de buscar de repente. Sabe que no sirve de nada, la madre seguirá inencontrable.

Vuelve a subir a la cubierta de paseo.

En la otra cubierta la niña tampoco encuentra ya a su madre.

Y luego la ve, está más allá esta vez, duerme todavía, en otra tumbona, ligeramente inclinada hacia delante. La niña no la despierta. Vuelve una vez más a las crujías.

Vuelve a esperar. Luego vuelve a irse. Busca a su hermano pequeño Paulo. Y luego deja de buscar. Y luego vuelve a ir a las crujías. Y se acuesta allí, delante del camarote doble cuya segunda llave su madre ha olvidado darle, y recuerda. Y llora.

Se duerme.

Un altavoz había anunciado que la tierra había desaparecido. Que hemos llegado a alta mar. La niña duda y luego vuelve a subir a cubierta. Una marejada muy suave ha llegado con el viento del mar.

En el barco ha llegado la noche. Todo está iluminado, las cubiertas, los salones, las crujías. Pero no el mar, el mar está en la noche. El cielo es azul en la noche negra, pero el azul del cielo no se refleja en el mar por calmo que esté y por negro.

Los pasajeros están de nuevo apoyados en la borda. Miran hacia lo que no ven. No quieren faltar a la llegada de las primeras olas de alta mar y con ellas a la del frescor del viento que de golpe cae sobre el mar.

La niña sigue buscando a su madre. La encuentra esta vez todavía dormida en ese sueño de inmigrada en busca de una tierra de asilo. La deja dormir.

La noche ha llegado por fin. En pocos minutos ha estado ahí.

Un altavoz anuncia que el servicio de comedor empezará dentro de diez minutos.

El cielo está tan azul, el viento está tan fresco, la gente duda un momento y finalmente va a regañadientes hacia el comedor.

La madre está allí, a una mesa. Adelantada como siempre. Espera a sus hijos. Ha tenido que ir a su camarote, vuelve de allí. Se ha cambiado. Se ha puesto el vestido que Dô le ha hecho, de seda rojo oscuro con pequeños pliegues, demasiado grandes esos pliegues y que hacen que el vestido cuelgue un poco por todas partes. Se ha peinado la madre, se ha puesto un poco de polvo en la cara y un poco de carmín en los labios. Para no ser vista la madre ha elegido una mesa rinconera de tres cubiertos.

A la madre siempre le habían impresionado esos viajes en trasatlánticos de línea. Es allí decía donde se daba cuenta de que nunca recuperaría la educación que había faltado a la joven campesina del norte que había sido antes de vagar por esos mares para ver en otro lugar cómo era la vida.

La niña nunca había olvidado esa primera noche en el barco.

La madre se había quejado bajito y había dicho que si Paulo no llegaba para cenar iba a desorganizar todo el servicio. Luego la madre había pedido al camarero que no les sirviera en seguida. El camarero había dicho que el servicio terminaba a las nueve pero que esperaba todavía un poco más. La madre le había agradecido como si le hubiera salvado la vida.

Habían esperado más de un cuarto de hora, en silencio.

El comedor se había llenado. Y aun así, una vez más, detrás de la madre se había abierto la puerta, y había sido Paulo, el hermano pequeño. Había llegado con la joven alta que estaba con el fotógrafo en cubierta cuando el barco había zarpado. Paulo había visto a su hermana sin mirarla. La madre había hecho como si estuviera interesada por toda esa gente del comedor y sólo por ella.

Paulo deja caer una mirada suplicante sobre su hermana. Comprende que no debe reconocerle. La joven la mira también, reconoce a la jovencita de cubierta tan sola y que lloraba, le sonrío. La madre sigue mirando hacia el comedor que está lleno. Está como de costumbre, sin entender muy bien, alelada, cómica, siempre.

La niña había mirado a la madre mientras Paulo había pasado y le había sonreído.

Callan mientras les sirven la cena.

Había sido en ese momento de la noche, con la prontitud de la desgracia, cuando había surgido el horror. Hubo quien aulló. Ni una palabra, sino aullidos de horror, sollozos, gritos que estallaban en llantos. Tal era la desgracia que nadie podía enunciarla, decirla. Crecía. Gritaban por todas partes. Venía de las cubiertas, de la sala de máquinas, también, del mar, de la noche, del barco entero, de todas partes. Primero aislados, los gritos se juntan, se convierten en un único clamor, brutal, ensordecedor, aterrador.

La gente corre, reclama saber.

Y luego llora.

Y luego el barco disminuye la marcha. Con todas sus fuerzas el barco disminuye aún más la marcha.

Alguien grita que la gente se calle.

El silencio se extiende por todo el buque. Luego hay el silencio.

Es en ese silencio cuando se oye las primeras palabras, vuelven los gritos, casi bajos, sordos. De espanto. De horror.

Nadie se atreve a preguntar qué ha pasado.

Se oye claramente, en el silencio:

—El barco se ha parado... escuchen... ya no se oyen las máquinas...

Y luego vuelve el silencio. Llega el capitán. Habla por un altavoz. Dice:

—Un terrible accidente acaba de tener lugar en el bar... un joven se ha tirado al mar.

Una pareja entra en el comedor. El de blanco, ella con un vestido negro de seda. Ella llora. Dice a todo el mundo:

—Es alguien que se ha tirado al mar... ha pasado corriendo delante del bar y se tiró por la borda... Tenía diecisiete años.

Vuelven a las cubiertas. El comedor está vacío. Todos los pasajeros están en las cubiertas. Los gritos dejan lugar a los llantos muy bajo. El horror lo ha invadido todo, más profundo, más terrible que los gritos.

La madre y la niña lloran, han dejado de comer.

Todo el mundo ha salido del comedor. La gente va al azar. Las mujeres lloran.

Algunos jóvenes también. Han subido a todos los niños de los camarotes. Las mujeres los tienen apretados contra su cuerpo.

Sólo quedan en el comedor unas cuantas personas, siempre las mismas, por todas partes en el mundo: son los que *pese a todo* tienen hambre, que quieren cenar, que llaman a los camareros groseramente, que dicen *que tienen derecho a cenar, a ser servidos, que han pagado*. Son aquellos a quienes nadie contesta ya hoy en día.

Los niños han abandonado el comedor.

A lo lejos, una voz de hombre dice que bajen los botes salvavidas, que se alejen de la borda.

La gente sigue queriendo ver.¹⁹

—Diecisiete años... el hijo del administrador de Bienhoa... Una amiga de la familia en segunda clase ha hablado con el capitán: no se ha encontrado nada en el camarote del chico... ni un billete para los padres, nada... volvía a Francia. Con brillantes estudios. Un chico encantador...

Silencio. Luego vuelven a empezar los rumores:

—Ya no lo encontrarán...

—Está demasiado lejos ahora...

—Un trasatlántico necesita muchos kilómetros para detenerse...

¹⁹ Las voces se mezclan como en los salones vacíos de *India Song*.

La niña se esconde el rostro, dice bajito a su madre:

—Por suerte Paulo ha venido antes. Habríamos tenido miedo... qué horror...

La madre también se esconde el rostro, dice bajito, se santigua:

—Hay que agradecer a Dios y pedirle perdón por semejante pensamiento.

De nuevo las voces mezcladas:

—...Volveremos a arrancar al alba... lo más terrible es eso... ese momento preciso... el abandono de toda esperanza...

—...Los barcos deben esperar doce horas antes de volver a arrancar, o entonces al levantarse el sol... ya no sé...

—...El mar vacío... la mañana... es terrible...

—...Abominable... un crío que se niega a vivir. No hay nada peor.

—Nada, es verdad.

Un silencio casi total reina en el barco parado.

La gente confía todavía en los botes salvavidas. Sigue con la mirada las antorchas que barren la superficie del mar.

La esperanza sigue allí, pero la palabra es pronunciada:

—...Hay que seguir esperando. Es preciso. El mar está caliente en estos parajes... Y él puede nadar mucho tiempo... es joven...

—...Seguirá caliente toda la noche, ¿cree usted...?

—...Sí. Y el viento no es fuerte, eso cuenta...

—...Y Dios está ahí... no hay que olvidarlo...

—Es verdad...

Los llantos todavía. Cesan.

—Lo peor sería que él nos viera y ya no quisiera nada más.

—Ni vivir. Ni morir...

—Eso es, sí.

—Que esperara todavía para intentar saber qué le haría volver hacia la forma del barco.

De repente con la misma prontitud que el accidente, la música había invadido las cubiertas, los salones, el mar. Venía del salón de música. «Alguien que no sabe», se dice.

Alguien dice haber oído ya ese piano antes del accidente pero muy lejos, como en otro barco.

Una voz grita que es alguien que no sabe... que no ha oído los gritos. Que hay que avisarle...

La música está en todas partes, invade los camarotes, las máquinas, los salones. Fuerte.

Hay que ir a avisarle.

Una voz más clara, joven, dice que no:

—Avisar ¿por qué?

Otra voz. Esa, llora:

—Al contrario, pedirle que sobre todo no deje de tocar... sobre todo no... que es para un chico... hay que decirle eso... sobre todo ese tipo de música... que debe de reconocer... que se oye por todas partes...

Esa música de la calle, a la moda de los jóvenes en ese momento preciso, que habla de la felicidad enloquecida del primer amor y la pena inmoderada, inconsolable por haberlo perdido.

El ruido se extiende al dejar que continúe la música que viene del salón.

El barco entero escucha y llora por el joven desconocido.

La niña ha dejado a su madre. Busca el salón de música.

Todo el barco está apagado.

El salón de música está en el extremo delantero del barco. Está iluminado por la luz reflejada de los antorchas en el mar. La puerta está abierta. La niña siente de repente en el corazón como una esperanza. No vaya a ser que se hayan equivocado. No vaya a ser que sea verdad el que nunca se sabe, que nunca se puede saber del todo, nunca, todo el mundo lo dice.

Ella va hacia la puerta. Mira.

Ese que está allí tiene el pelo negro. Lleva un traje blanco de fabricación artesanal.

Tiene sin duda más años.

Ella espera todavía. Mira otra vez. No.

No es eso. Nunca será eso, eso que había querido morir durante los pocos segundos que habían precedido su gesto hacia la borda.

Se ha acabado.

La niña se ha acostado en el suelo debajo de una mesa contra el muro. El que tocaba el piano no la había oído, ni visto. Tocaba sin partitura, de memoria, en el salón apagado, ese vals popular y desesperado de la calle.

La luz que entra en el salón sigue siendo la luz, reverberada, de las antorchas.

La música había invadido el trasatlántico parado, el mar, la niña, tanto al chico vivo que tocaba el piano como al que se mantenía con los ojos cerrados, inmóvil, suspendido en las aguas pesadas de las zonas profundas del mar.

Muchos años después de la guerra, el hambre, los muertos, los campos, los matrimonios, las separaciones, los divorcios, los libros, la política, el comunismo, él había llamado. Soy yo. Por la voz, ella lo había reconocido. Soy yo. Sólo quería oír su voz. Ella había dicho: Buenos días. El tenía miedo como antes, de todo. Su voz había temblado, es entonces cuando ella reconoció el acento de la China del Norte.

El había dicho algo sobre el hermano pequeño que ella no sabía: que nunca habían encontrado su cuerpo, que había quedado sin sepultura. Ella no había contestado. El había preguntado si ella estaba todavía allí, ella había dicho que sí, que esperaba a que él hablara. El había dicho que había abandonado Sadec por los estudios de sus hijos, pero que volvería más tarde porque era sólo allí donde tenía ganas de volver.

Es ella quien había preguntado por Thanh, qué se había hecho de él. El había dicho que nunca había tenido noticias de Thanh. Ella había preguntado: ¿nunca ninguna? El había dicho, nunca. Ella había preguntado qué pensaba él de eso. El había dicho que, según él, Thanh había querido reencontrar a su familia en la selva del Siam y que había debido de perderse y morir allá, en aquella selva.

El había dicho que para él, era curioso hasta qué punto, su historia había quedado como era antes, que todavía la quería, que nunca podría en toda su vida dejar de quererla. Que la querría hasta la muerte.

El había oído su llanto al teléfono.

Y luego desde más lejos, desde su habitación sin duda, ella no había colgado, él había seguido escuchándolo. Y luego había intentado oír más. Ella ya no estaba allí. Se había vuelto invisible, inalcanzable. Y él había llorado. Muy fuerte. Con lo más fuerte de sus fuerzas.

Las imágenes propuestas a continuación podrían servir para puntuar una película sacada de este libro. En ningún caso estas imágenes —llamadas planos de transición— deberían «dar cuenta» del relato, o prolongarlo o ilustrarlo. Estarían distribuidas en la película al capricho del director y no decidirían nada de la historia. Las imágenes propuestas podrían tomarse en cualquier momento, de noche, de día, durante la estación seca, durante la estación de las lluvias, etc.

Veo estas imágenes como un afuera que tuviera la película, un «país», el de la gente del libro, la comarca de la película. Y sólo de ella, de la película, sin referencia alguna de conformidad.

Ejemplos de imágenes de los planos.

Un cielo azul acribillado de brillos.

Un río vacío en su inmensidad en una noche indecisa, relativa.

El día que se levanta en el río. En un arrozal. En las carreteras rectas y blancas que atraviesan la inmensidad sedosa del arroz.

Una vez más un río en toda su anchura, inmenso. Sólo el dibujo inmóvil de sus orillas está inmóvil. Entre sus orillas avanza hacia el mar. Entero. ENORME.

Las carreteras de la Cochinchina francesa en 1930.

Las carreteras rectas y blancas en toda su extensión con la procesión de carretas de búfalos conducidas por niños.

Un río visto desde arriba. Que atraviesa la inmensidad del Valle de Camau. El lodo.

El día que apaga los brillos del cielo.

Un día de otro azul que muere.

Entre el cielo y el río un trasatlántico de línea. Bordea las orillas de la inmensidad verde del arroz.

La lluvia recta del monzón y sólo eso, esa lluvia recta en toda la imagen. Recta como en ningún otro lugar.

El río sombrío, muy cerca. Su superficie. Su piel. En la desnudez de una noche clara (noche relativa).

La lluvia. Sobre los arrozales. Sobre el río. Sobre los pueblos de chozas. Sobre las selvas milenarias. Sobre las cadenas de montañas que bordean el Siam. Sobre los rostros al aire de los niños que la sorben.

Los golfos del Annam, del Tonquín, del Siam, vistos desde arriba.

La lluvia que cesa y se retira del cielo. La transparencia que la reemplaza, pura como un cielo desnudo.

Del cielo desnudo.

De los niños y los perros amarillos que guardan, que duermen en pleno sol delante de las chozas vacías.

Los coches norteamericanos de los millonarios que disminuyen la marcha en esos pueblos debido a los niños.

Niños, parados, que miran, sin comprender.

Los pueblos de juncos. De noche.

De día. Por la mañana. Debajo de la lluvia.

De los campesinos que caminan descalzos en fila india encima de los taludes. Desde hace miles de años.

El juego de los niños y de los perros amarillos. Su mezcla. La gracia adorable de su comunidad.

La gracia también, turbadora, de las niñas de diez años que mendigan sapees en los mercados de los pueblos.

Y los planos orales también intervendrían:

Frases de orden general sin consecuencias sobre la película, el olor del delta, la peste endémica, la alegría de los niños, de los perros, de la gente del campo.

Se cantarían cantos vietnamitas (varias veces cada uno para que se los retengan), no serían traducidos. Ningún canto sería utilizado como acompañamiento (las *boîtes* serían a la moda occidental).